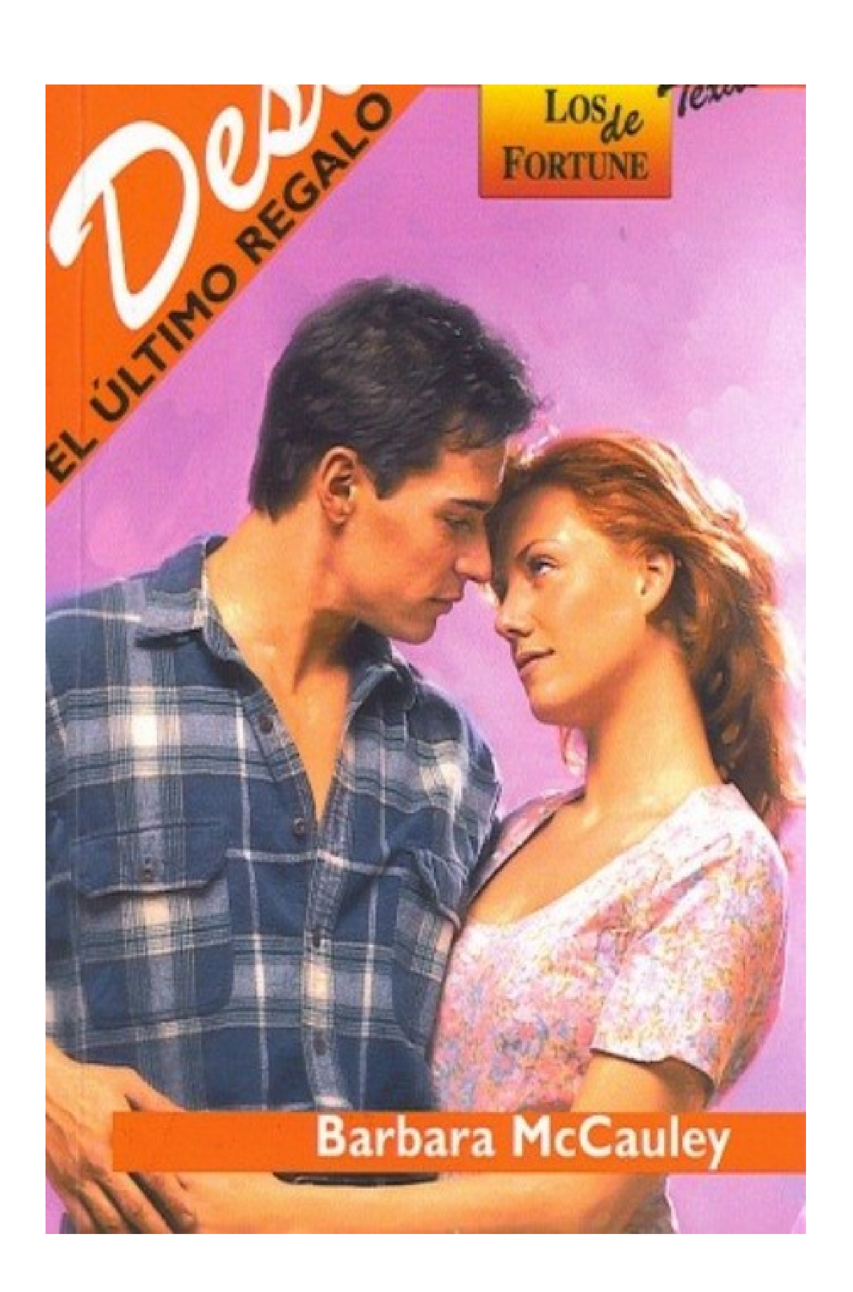

EL ÚLTIMO REGALO
LOS de FORTUNE
Barbara McCauley

El último regalo

El piloto Guy Blackwolf creía estar haciendo lo correcto cuando se aventuró en las salvajes tierras de Alaska a cambiarle la vida a Holly Douglas... Hasta que ella lo rescató de su avión siniestrado y su mirada despertó en él un sinfín de deseos, entre los que estaba el de hacerla suya para siempre. Pero cuando reuniera a la heredera perdida con la familia que tanto había deseado tener, sería muy difícil convencerla de que nunca podría ser completamente feliz sin su amor...

THE TEXAS TATTLER
Lluvia de hombres...

Señoritas, hagan su equipaje y no olviden los abrigos. Siempre hemos oído que los hombres de Alaska se mueren por un poco de compañía femenina que les caliente las largas y frías noches invernales. Pues parece que ahora esos hombres están cayendo del cielo... ¡literalmente!

Al menos es así como Holly Douglas, la heredera de los Fortune, conoció al piloto Guy Blackwolf. Parece que la familia Fortune contrató a este piloto para que fuera en busca de la reacia heredera y la trajera a Red Rock. Pero su hidroavión se metió en una tormenta y se estrelló en un lago. Por suerte, Holly estaba cerca para ayudarlo y, a juzgar por el aspecto de Guy, tuvo que dedicarle cariñosos cuidados durante su larga recuperación. Guy insiste en que todas sus heridas han sanado, pero aún parecía un poco aturdido cuando The Tattler lo entrevistó.

¿Fue la Madre Naturaleza... o fue una fuerza mucho más poderosa la que sacudió a este piloto?

Capítulo 1

La tormenta azotaba al pequeño hidroavión como si fuera un insignificante mosquito. Los truenos retumbaban sin cesar y el viento hacía balancear peligrosamente las alas. En una violenta sacudida, el morro del avión se inclinó hacia abajo, y el aparato empezó a descender casi en picado mientras el piloto maldecía e intentaba mantener el control.

—Vamos, pequeña, quédate conmigo —masculló Guy Blackwolf entre dientes—. Hemos pasado por situaciones peores.

Un relámpago estalló a menos de diez metros del ala izquierda del avión, cegando a Guy por unos segundos. Parpadeó furioso y, agarrando con fuerza los mandos, consiguió enderezar el morro.

—Eso es, tranquila... —dijo, como si le estuviera hablando a una amante—. Esta es mi chica.

Sabía que estaba cerca de su destino. Podía ver las copas de los árboles a unos treinta pies, y según sus instrumentos de vuelo, Twin Pines Lake estaba a cien metros. Dos minutos más y estaría sano y salvo.

Podía hacerlo. Tenía que hacerlo. Le debía un favor a un amigo, y no iba a permitir que nada, ni siquiera una horrible tormenta en Alaska, lo apartara de su objetivo. Las fuerzas de la naturaleza podían ser un duro obstáculo, pero Guy Blackwolf tenía una mujer que conocer.

Las nubes se abrieron como las garras de una bestia gigante y engulleron al avión y al piloto. El aparato volvió a sufrir una brusca sacudida y los mandos vibraron violentamente, pero Guy los mantuvo firmes. Sólo cincuenta metros más...

Soltó un grito de victoria cuando salió de los negros nubarrones y vio el lago a sus pies. Vio también el Land Rover azul aparcado junto a la orilla norte, y supo que la mujer lo estaba esperando. Bueno, en realidad Holly Douglas no lo estaba esperando a él, pensó Guy con una sonrisa. Ella creía que únicamente le llevaba la mercancía, y él había dejado que pensara eso hasta poder evaluar la situación. A ella no iba a gustarle, pero, cuando fuera el momento, tendría que decirle quién era él y por qué había ido a buscarla.

Vio a la mujer de pie en la orilla, pero no consiguió distinguir

sus rasgos ni ver su pelo bajo el impermeable que llevaba. Bueno, pronto la vería bien, pensó mientras descendía.

De repente, una explosión sacudió la cola del avión. La cabina se llenó de humo y del insoportable hedor a metal quemado. Guy lanzó una maldición y luchó frenéticamente con los mandos, pero el aparato estaba cayendo sin remedio.

Iba a estrellarse y no había nada que pudiera hacer.

Holly Douglas escudriñó el cielo por encima de las copas de los árboles intentando ver el avión al que oía acercarse, pero no vio nada. La tormenta había estallado de repente, una de esas tormentas veraniegas lo bastante frecuentes para mantener el verdor de la tierra y el nivel del lago, pero que no podían retrasar a nadie que viviera allí. Ninguno de los mil doscientos habitantes de Twin Pines Lake necesitaba ir más despacio. La vida transcurría allí a su propio ritmo, lento y constante.

Al oír el avión aproximándose, Holly frunció el ceño. La lluvia arreciaba con fuerza, calando su reluciente impermeable amarillo. Puso una mueca al ver el relámpago que iluminó el cielo por el sur y volvió a fruncir el ceño. Definitivamente, aquél no era un día para volar. Los pedidos especiales llegaban cada dos semanas a bordo de los hidroaviones de Pelican Pilots, una empresa con sede en Seattle que Holly había estado usando desde que compró la tienda tres años antes. Conocía a todos los pilotos por sus nombres.

De repente el avión salió de las nubes cayendo en espiral. El motor renqueaba y por la cola salía humo. El aparato se elevó un poco y luego volvió a descender, dirigiéndose hacia el lago. Horrorizada, Holly observó cómo el piloto conseguía elevar el morro en el último momento, pero no lo bastante como para evitar la colisión. Un chirrido metálico cortó el aire cuando el avión rebotó en la superficie del lago y se detuvo a seis metros de la orilla.

Con el corazón desbocado, Holly se quitó a toda prisa el impermeable y las botas y se zambulló en el lago. Ahogó un gemido al sentir el agua helada, pero consiguió alcanzar el avión en diez poderosas brazadas. Abrió la puerta de la cabina al tiempo que el aparato se escoraba peligrosamente a un costado, amenazando con hundirse y tragarse de paso al piloto.

Su pelo era negro como el carbón, y un mechón le caía sobre la frente, manchada de la sangre que brotaba de un corte en la

sien. Aturdido, intentó desabrocharse el cinturón de seguridad, pero sus manos no parecían responder.

—Ya lo tengo —gritó ella. Era difícil hacerse oír entre el ruido del motor y de los truenos.

Él la miró, con unos ojos tan grises como las nubes que cubrían el cielo, mientras ella le desabrochaba el cinturón. Sin mucha delicadeza, lo agarró del cuello de la camisa y lo sacó de la humeante cabina.

—No te muevas —le ordenó cuando él cayó al agua y empezó a agitar débilmente los brazos. Con una mano lo mantuvo fuertemente agarrado por la camisa mientras con la otra nadaba de vuelta a la orilla. El hombre era alto y robusto como un leñador, pero en el agua flotaba como un pedazo de madera.

Unos segundos después, Holly llegó a la orilla y lo arrastró a la ribera cubierta de hierba. Fue una tarea bastante difícil, pues con su ropa mojada y sus pesadas botas, el piloto debía de pesar más de noventa kilos. Jadeando en busca de aire, Holly se arrodilló a su lado.

—¿Está herido? —le preguntó en voz alta.

El tenía los ojos abiertos, pero tenía la mirada perdida. La sangre le seguía manando del corte en la sien, mezclándose con las gotas de lluvia que le salpicaban el rostro. Holly le pasó las manos por todo el cuerpo, asegurándose de que no tuviera ningún hueso roto o alguna herida grave. Un relámpago rasgó el cielo, a unos veinte metros de distancia.

—Tenemos que meternos en mi coche —le gritó—. ¿Puede andar?

Él asintió débilmente. Intentó apoyarse en un codo. Falló y estuvo a punto de volver a caer, pero ella lo agarró por debajo del brazo y apretó su cuerpo contra el suyo. Entonces él consiguió ponerse de pie y le pasó un brazo por los hombros juntos recorrieron los escasos metros que los separaban del coche. Holly abrió la puerta del asiento trasero, lo hizo entrar y lo cubrió con una manta de lana. Ambos estaban tiritando por el frío y la humedad.

—Aguante —le dijo—. Voy a llevarlo al médico.

—Mi avión… —murmuró él. Hizo un esfuerzo por levantarse pero ella se lo impidió.

—Más tarde. Ahora vamos a ocuparnos de usted.

Él murmuró algo ininteligible y se dejó caer en el asiento.

Inclinó la cabeza hacia un lado y cerró los ojos.

Holly se puso al volante, rezando porque las heridas del hombre no precisaran hospitalización urgente. El hospital más cercano estaba a ochenta kilómetros, y con esa tormenta tardarían casi dos horas en llegar.

Arrancó el motor y piso el acelerador, levantando tras sí una lluvia de barro mientras se dirigía de vuelta al pueblo.

El primer pensamiento que tuvo Guy al despertar fue que había tomado demasiadas copas de Quervo Gold en la cantina de Manny's la noche anterior. Un martilleo incesante en la cabeza, palpitaciones abrasadoras en los ojos, falta de cooperación de sus extremidades al intentar enderezarse... Todos los síntomas de una noche más en su bar preferido.

Ciertamente, tenía que encontrar una solución para los viernes por la noche. Algo que no requiriese un frasco de aspirinas y tres tazas de café a la mañana siguiente.

—Eh... —se quedó helado al oír el susurro femenino junto a su oreja—, ¿está despierto?

Oh, oh... Nunca había mezclado la bebida del viernes por la noche con las mujeres. Era muy importante tener la cabeza despejada en todo lo que concernía al género femenino. Las palabras podían malinterpretarse y confundirse, y una noche de placer podía convertirse de repente en algo extremadamente complicado. Por eso él siempre tenía cuidado cuando pasaba la noche con una mujer. O, al menos, siempre lo había tenido.

Lenta y cuidadosamente, abrió los ojos.

Le llevó un momento aclarar la visión y distinguir los rasgos de la mujer. Unas cejas delicadas se arqueaban sobre unos ojos del color de la miel, con los iris rodeados por un círculo marrón oscuro. Las pestañas eran largas y espesas, de la misma tonalidad castaña oscura que los cabellos ondulados que le llegaban hasta los hombros. Posó la mirada en su boca y, a pesar del martilleo en la cabeza, no pudo sino admirar aquellos labios anchos y suaves a tan sólo unos centímetros de los suyos. La piel era lisa y pálida, únicamente salpicada de pecas en la perfecta nariz.

Y olía a... ¿desinfectante?

Extrañado, frunció el ceño. Pero, ¿quién era él para discutir con una mujer a la que le gustaba la limpieza? Con suerte, quizá le gustara cocinar también...

No tenía ni idea de quién era ni de dónde había salido, pero,

qué demonios, podía haber sido peor. El siempre había creído que había que sacar lo mejor de cualquier situación, ¿no? Todo lo que tenía que hacer era conseguir que su brazo respondiera las órdenes de su cerebro y agarrarla...

—Señor Blackwolf —dijo ella suavemente, con aquellos bonitos ojos llenos de preocupación—. ¿Cómo se encuentra?

¿Señor Blackwolf? ¿Cómo podía ser tan formal una mujer con la que se hubiera...?

Entonces pasó la vista por la habitación y se dio cuenta de que no estaba en su dormitorio. Ni en el de nadie más. Ni siquiera estaba en una cama. Estaba sobre una especie de mesa acolchada de vinilo. Una camilla. En la consulta de un médico. Entonces lo recordó todo. Con su fantasía hecha añicos, cerró los ojos y soltó un gemido.

—Avisaré a Doc.

—No —consiguió pronunciar a través de sus labios resecos—. Espere —volvió a abrir los ojos y la vio dudar—. Mi avión —dijo con voz ronca.

—Quincy lo ha sacado del lago —se acercó a él y lo miró con el ceño fruncido—. De momento, vamos a preocuparnos sólo por usted, ¿de acuerdo?

—Bueno, puesto que estoy vivo y de una sola pieza, no creo que haya mucho de qué preocuparse, ¿no le parece? —se apoyó sobre un codo, poniendo una mueca de dolor, y consiguió sentarse. La habitación empezó a dar vueltas y tuvo que agarrarse al borde de la camilla.

—Habla como un verdadero hombre —dijo ella con una sonrisa, negando con la cabeza—. Cuidado con aporrearse el pecho, Tarzán. Con dos costillas magulladas, puede dolerle un poco.

Maldición. Se frotó el pecho y lo sintió como si un elefante le hubiera bailado un claque encima. Cuando volvió a enfocar la vista, clavó su mirada en la mujer. La imagen de una mano esbelta desabrochándole el cinturón de seguridad le cruzó la cabeza, la voz de alguien gritándole por encima de los truenos, el contacto de un cuerpo femenino obligándolo a caminar...

Holly Douglas.

Por lo visto, el destino tenía un curioso sentido del humor. Él había ido a cambiar la vida de esa mujer, y ella había acabado salvándole la suya. De no dolerle tanto el pecho, se hubiera

echado a reír.

Vio que los extremos de sus cabellos seguían húmedos, aunque su ropa estaba seca. Obviamente, se había cambiado. Entonces bajó la mirada para verlo que él llevaba puesto. O, mejor dicho, lo que no llevaba puesto. El camisón azul de algodón apenas le cubría los muslos. Y debajo no llevaba nada... Genial. No sólo estaba débil como un gatito indefenso, sino que además estaba prácticamente desnudo. No era el escenario que había imaginado para su primer encuentro.

—Bueno, señorita Douglas, parece que estoy en desventaja. Si es tan amable de traerme mi...

—¿Cómo sabe mi nombre? —fue como si todos sus sentidos se hubieran puesto en alerta. Sus ojos se entrecerraron cortantemente y la sonrisa se desvaneció de sus labios.

Demonios, pensó Guy. No estaba preparado para decirle quién era o por qué estaba allí. Y mucho menos en aquellas circunstancias.

—¿Quién más iba a estar esperando un envío bajo una tormenta sino la persona que lo había encargado? —preguntó, ignorando el dolor que le atravesó los músculos al encogerse de hombros—. Ahora, si no le importa, me gustaría vestirme.

Ella pareció relajarse un poco y se movió hacia una silla que había en un rincón. Guy no pudo dejar de fijarse en cómo los vaqueros se le ceñían al trasero y a sus bien contorneadas piernas, como tampoco había pasado por alto la suave curva de sus pechos bajo el jersey azul marino de cuello alto.

—Su camisa se ha manchado de sangre, y sus pantalones están rasgados —agarró una bolsa de la compra que había debajo de la silla y se la llevó a Guy—. Le he traído algo de ropa de mi tienda. Creo que le estará bien. Pero tendrá que esperar a que Doc le permita volver a hacer ejercicio físico.

—Gracias, correré el riesgo —dijo él, mirando los vaqueros y la camisa azul de franela.

—Le he traído también unos calzoncillos bóxer.

Al ver un esbozo de sonrisa en aquellos labios exuberantes, Guy se preguntó si Holly Douglas había supuesto que él vestía calzoncillos bóxer o si lo había descubierto de primera mano. Era obvio que alguien lo había desnudado, y puesto que había sido ella quien lo llevó hasta allí...

Decidió que no quería saberlo. Lo único que de momento le

interesaba saber era cuándo podría largarse.

—Señorita Douglas... —hizo ademán de ponerse en pie, decidido a vestirse con o sin testigos, pero en cuanto sus pies tocaron las baldosas grises del suelo, las piernas se le torcieron. Ella se apresuró a abrazarlo por la cintura para impedir que cayera.

—Holly... —corrigió, manteniéndolo firme Tengo una regla. Todos los hombres a los que saco de aviones en llamas y a los que les llevo ropa interior deben llamarme por mi nombre de pila.

El tacto de sus brazos le pareció delicioso a Guy. Firme, pero cálido y suave, al igual que el tacto de sus pechos. Y ese sutil olor a fresas y a menta que emanaba de sus húmedos cabellos... No pudo menos que deleitarse con aquel momento.

Holly sabía que debía soltarlo, pero ella no estaba segura de que pudiera mantenerse en pie. Y, además, si se caía, le costaría mucho trabajo levantarlo del suelo por sí misma. Medía más de un metro noventa, casi veinte centímetros más que ella

Recio y fuerte como un roble... De modo que lo sostuvo, sólo unos segundos más, hasta asegurarse de que estaba bien.

Notó que aún despedía el olor de la tormenta, y sintió un intenso hormigueo en la piel. Hacía mucho que no abrazaba a un hombre... a un hombre casi desnudo como aquél, y, en contra de su intención, su cuerpo reaccionó al contacto masculino como si tuviera voluntad propia.

—Parece que debo darte las gracias... otra vez —dijo él tranquilamente.

—De nada —al oír su propia voz sin aliento sintió que las mejillas se le ruborizaban. Se recordó a sí misma que sólo se sentía responsable por aquel hombre, nada más. Había estado a punto de morir, por Dios Bendito. Las emociones estaban a flor de piel.

Y sin embargo no se movió.

Ni él tampoco.

Holly tenía la mejilla presionada contra los sólidos músculos del pecho, y pedía oír los amortiguados latidos de su corazón. El le extendió sus grandes manos por la espalda, y de repente ella no supo quién estaba sujetando a quién.

—¿Te encuentras bien ya?

—Estupendamente —respondió él.

—De acuerdo, entonces supongo que deberíamos...

En ese momento se abrió la puerta de la consulta y el doctor Eaton, «Doc» para los habitantes de Twin Pines Lake, entró en la sala. Era el único médico del pueblo, y su aspecto era como el de una versión imberbe de San Nicolás. Tenía unos ojos azules y brillantes rodeados por unas lentes redondas, unas mejillas sonrosadas y una melena espesa y blanca que llevaba atada en una cola. También tenía una risa alegre y jovial. Cuando levantó la vista del informe que llevaba en la mano y vio a Holly en los brazos de su paciente, arqueó una de sus pobladas cejas.

—Vaya, vaya... —dijo—. Parece que alguien se está recuperando.

Holly se apartó de Guy, sin saber a quién se refería exactamente Doc. Guy soltó un gruñido de dolor por el brusco movimiento y se agarró al borde de la camilla.

—Insiste en levantarse y vestirse —explicó ella rápidamente —. Tal vez lo escuche a usted, Doc.

—Si tú no has podido convencerlo, no creo que escuche a un viejo como yo —el doctor le sonrió a Guy—. ¿Cómo siente la cabeza?

—Como si el cable de resorte de mi avión se hubiera partido en dos —respondió Guy sentándose en la camilla.

—Es usted un hombre con suerte, señor Blackwolf —dijo el doctor Eaton riendo—. Muy pocos sobreviven a un accidente de avión con algo más que unos cuantos puntos de sutura y un par de costillas magulladas —sacó una pequeña linterna del bolsillo de su bata y la encendió—. Por supuesto, mañana tendrá más de un cardenal. Mire la luz, por favor, y sígala sólo con los ojos.

Mientras el doctor Eaton examinaba a Guy, Holly se quedó de pie, con las manos en los bolsillos traseros, obligándose a sí misma a mantener la mirada fija en la bolsa de algodón y en los guantes de látex que había en la mesa de la esquina. Pero su mirada no hacía más que desviarse hacia un par de piernas desnudas que se —balanceaban sobre el borde de la camilla.

¿Cómo podía una mujer ignorar semejante masculinidad? No era la primera vez que veía las piernas de un hombre, pero las piernas de Blackwolf eran extraordinarias. Largas y poderosas, con unos muslos y unas pantorrillas cincelados en músculo y fibra y tenuemente cubiertas por una capa de vello oscuro. Sobre la rodilla derecha se le veía una cicatriz, que se le elevaba hasta

perderse por debajo del camisón. Y mientras el médico le comprobaba los reflejos, Holly se encontró a sí misma preguntándose hasta dónde llegaría esa cicatriz y qué clase de daño habría causado.

Se reprendió a sí misma por aquel pensamiento, pero, por amor de Dios, ¿qué daño había en fantasear un poco? Se Fijó en que también tenía unos pies bonitos. Grandes, con dedos rectos y suaves y uñas pulcramente cortadas.

—¿Holly?

—¿Qué? —la palabra le salió como un chillido de culpa. Alzó la vista y vio que tanto Blackwolf como Doc la estaban mirando —. Lo siento. ¿Has dicho algo?

—Te he preguntado si te importaría llamar a Russ al refugio. El señor Blackwolf necesita un lugar en el que pueda descansar unos días antes de volver a Seattle, y todas las habitaciones de la clínica están ocupadas,

—Ah, por supuesto.

Cerró la puerta tras ella, pero no antes de ver cómo Blackwolf se quitaba el camisón para que Doc pudiera examinarle las costillas. Al ver el musculoso pecho del piloto, cubierto por el mismo vello áspero y oscuro que había visto en sus piernas, el pulso se le aceleró.

No había duda, pensó mientras marcaba el número en el teléfono, Guy Blackwolf era todo un espécimen masculino.

Habló con Russ, con Ned, el dueño de la tienda de informática, con Clay, el sheriff, con Quincy ,propietario de un taller de coches y por ultimo con Mitch Walker, dueño de una pequeña empresa de construcción a las afueras de Twin Pines Lake.

No hubo suerte.

Dejó escapar un suspiro y miró hacia la puerta cerrada de la sala de reconocimiento.

Le gustara o no, salvar a Guy Blackwolf había convertido a aquel apuesto piloto en responsabilidad suya.

Capítulo 2

¿Cómo demonios podía una mujer de cincuenta y cuatro kilos y un metro setenta y cinco subir por las escaleras a un hombre herido de un metro noventa y noventa kilos?

Sin duda muy lentamente, pensó Holly mientras aparcaba detrás de la tienda. A través del parabrisas salpicado por la lluvia, miró con el ceño fruncido los veinte escalones de madera de secuoya que conducían a su apartamento.

—Ya hemos llegado —apagó el motor y miró a su pasajero. Guy tenía una venda sobre los puntos de la sien y el ojo derecho como si hubiera recibido un puñetazo. Parecía dolorido, y aun así duro, atractivo e incluso peligroso—. ¿Crees que podrás subir esos escalones?

—Desde luego —respondió él.

—Bien —Holly salió del coche, agradecida de que el aguacero anterior se hubiera quedado en una pesada llovizna.

Rodeó el Land Rover para abrirle la puerta, pero él lo hizo por sí mismo y se dispuso a salir. Holly ahogó una exclamación cuando vio que sus rodillas empezaban a flaquear y cómo se agarraba a la puerta para no caer.

—Quizá debería ir a buscar ayuda —dijo con cautela.

—Dame sólo un momento —dijo él negando con la cabeza—. Estoy bien.

No estaba bien en absoluto, pensó ella, pero tenía que admitir que la ropa que le había llevado le quedaba de maravilla. Los vaqueros se le ceñían a sus esbeltas caderas, y la camisa de franela azul parecía haber sido hecha a medida para él. También le había llevado unas botas, pero resultaron ser demasiado pequeñas, de modo que tuvo que calzar las mismas que llevaba puestas cuando lo sacó del avión.

Y ahora, sin otro sitio al que poder llevarlo, se lo había traído a casa.

Resignada a su destino, le rodeó la cintura con un brazo y sintió el calor de su cuerpo.

—¿Listo?

Él asintió y le pasó un brazo por los hombros.

—No tienes por qué hacer esto, de verdad. Tiene que haber una cama o un sofá en algún lugar de este pueblo, algún sitio donde pueda quedarme un par de días.

—Como ya te dije en la consulta de Doc, el refugio está lleno a causa de la temporada de pesca y de los excursionistas que la tormenta ha hecho venir de Anchorage —se detuvo al pie de la escalera—. En estos momentos, no hay ninguna cama libre en el pueblo. Así que vamos allá. Despacio y con calma. Un escalón cada vez.

Hicieron un alto a la mitad cuando ella sintió que Guy se balanceaba ligeramente. No podría sostenerlo si rodaba escaleras abajo.

—Ni se te ocurra abandonar ahora —le dijo, agarrándolo con más fuerza—. Una cama caliente y una botella de Jack Daniel's te esperan en lo alto de estas escaleras, así que muévete.

—Ésas son palabras para calentarle la sangre a un hombre, cielo —murmuró él, pero su mandíbula apretada y la frialdad con la que se agarraba a los hombros de Holly le dijeron a ésta que el sexo era lo último que se le pasaba a Guy Blackwolf por la cabeza.

Los dos estaban calados hasta los huesos cuando llegaron a lo alto de la escalera. Holly abrió la puerta y entraron en la habitación, derramando agua sobre las baldosas marrones de la entrada. Llevó a Guy hasta el pequeño sofá que había en el centro de la habitación y lo dejó caer allí. Ambos respiraban con dificultad.

—Estoy empapado —dijo él. Empezó a levantarse, pero ella lo empujó suavemente en los hombros.

—El sofá es de piel —le explicó—. Un poco de agua no lo estropeará.

Su apartamento era pequeño y acogedor, con el suelo y las paredes de madera y una gran chimenea de piedra. La había maravillado desde el primer momento que lo vio, aunque sus últimos residentes, una familia de ardillas grises, habían protestado furiosamente contra su intrusión. Tuvo una ardua tarea para limpiar el polvo y la suciedad que cubría todo, pero consiguió dejar el lugar impecable. Aprendió cómo reemplazar las tuberías rotas y las baldosas agrietadas, a tapar las goteras del techo y a reparar los cajones. En unos meses hizo completamente suya la casa: en el mercadillo local consiguió un viejo aparador,

una pequeña mesa de cocina, dos sillas y una caja de madera que una vez sirvió para contener latas de salmón y que ahora hacía las veces de mesita junto al sofá.

Estaba todo lo lejos que podía de la polvorienta Texas donde su madre la había criado. Y, aunque para ella no era lo bastante lejos, en Twin Pines se sentía mejor que en ninguna otra parte. Por primera vez en su vida, era feliz.

Le encantaba vivir allí, donde nadie tenía que demostrarle nada a nadie, a salvo de las críticas y las opiniones ajenas.

Naturalmente, el pueblo no era inmune a los cotilleos. De hecho, ése era el pasatiempo favorito de los habitantes de Twin Pines, algunos de los cuales lo habían convertido en un arte. Cuando las mujeres se reunían los miércoles por la tarde en la tienda de Holly, más que una reunión era una representación teatral, con cada una de ellas intentando superar a las otras con su correspondiente dosis de habladurías. Los chismorreos se adornaban con un entusiasmo dramático, pero aunque la verdad pudiera ser más que exagerada, las historias nunca eran crueles ni dolorosas. Y Holly sabía que, a pesar de los cotilleos, no había nadie en Twin Pines que no acudiera en ayuda de sus vecinos.

Tres años atrás no hubiera creído que existiera un lugar semejante. Ni que ella podría formar parte de él. Pero así era. Twin Pines era ahora su vida. El pueblo, la gente, la tienda, los niños de la escuela elemental a los que les leía cuentos los martes y jueves por la tarde... Por nada ni por nadie cambiaría lo más mínimo de esa vida.

Sacó unas toallas del armario y le arrojó una a Guy. A continuación, se agachó para quitarle las botas.

—Tenemos que desnudarte para meterte en la cama.

—Así que he muerto y estoy en el Cielo —dijo él con una sonrisa. Echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos, pero volvió a abrirlos cuando ella le quitó una bota de un fuerte tirón—. O tal vez no —añadió con el ceño fruncido. Ella sonrió dulcemente y procedió a quitarle la otra bota, de un tirón más fuerte aún.

—Sécate el pelo, Blackwolf. Y quítate la camisa.

—Soy un poco tímido. Tal vez si te quitas la tuya primero me sienta más cómodo.

Holly lo miró con una ceja arqueada. Los grises ojos de Guy relucían maliciosamente, pero su rostro estaba pálido y su voz cargada por el agotamiento.

—Blackwolf… —le advirtió.

—No puedes culpar a un hombre por intentarlo —murmuró él, y agarró la toalla que ella le había arrojado.

Holly no sabía si reír o enojarse. Dudaba de que él tuviera las energías suficientes para llegar hasta la cama, y mucho menos para hacer realidad cualquier fantasía lujuriosa. Y además, ya era casi la hora para que hiciera efecto la medicación que Doc le había dado. Si no lo llevaba pronto a la cama, se quedaría dormido en el sofá, donde podría pillar un resfriado.

Observó sus débiles intentos por desabotonarse la camisa, hasta que finalmente le apartó las manos.

—Déjame a mí.

—¿Alguna vez te ha dicho alguien que eres una mandona? —se quejó él, pero se recostó en el sofá para que ella pudiera desabrocharle más fácilmente los botones.

—A menudo —con suavidad, le sacó la camisa de la cinturilla de los vaqueros y se la quitó, resistiendo el impulso de presionar los dedos contra la marca roja que le cruzaba el pecho—. Arriba —le dijo, tendiéndole una mano.

Guy se la tomó, pero en vez de levantarse tiró de ella hacia él.

—Ya has hecho bastante, Holly —le dijo con calma—. Voy a desplomarme en tu sofá y a quedarme aquí hasta mañana.

—La última vez que te desplomaste, señor Blackwolf, tuve que sacarte de un avión en llamas —su mano era grande y áspera, y la fuerza que emanaba de él la sorprendió. Ignoró el calor que se propagaba por su cuerpo y se concentró en lo que tenía que hacer, que era llevarlo a la cama—. Tienes una leve conmoción y un par de costillas magulladas —lo miró severamente—. Para mañana estarás sufriendo unos dolores terribles en sitios que jamás habrías pensado que pudieran dolerte. Necesitas dormir en una cama, sobre un buen colchón y con mucho silencio. Yo me levanto muy temprano, y si te quedas aquí tal vez te despierte sin querer —agarrándole aún la mano, se levantó—. Y ahora, ¿vas a venir a mi cama o voy a tener que ponerme dura?

—Y pensar que siempre tuve la fantasía de que una chica me dijera eso… —dijo él en tono melancólico. Con una mueca, se levantó y una vez más ella lo rodeó por la cintura y lo condujo al dormitorio.

—Siéntate aquí —retiró la colcha blanca y lo ayudó a sentarse

en el borde de la cama.

El pasó la vista por los cojines rosas con estampados de flores y la alfombra cuadrada de color malva. Sobre una silla blanca de mimbre había un surtido de muñecas antiguas de porcelana y un osito de peluche.

—Bonito oso.

Ella sacudió la cabeza y se acercó a la ventana. En esa época del año no llegaba a oscurecer del todo, de modo que los postigos y persianas eran necesarios para separar el día de la noche.

—El cuarto de baño está al otro lado del vestíbulo. Pondré una cuchilla de afeitar y un cepillo de dientes. Las toallas están en el armario y...

Al girarse para mirarlo, olvidó lo que iba a decir. Aun en penumbra, la imagen de él sentado en la cama, con su pecho y pies al descubierto y su pelo oscuro húmedo y alborotado, era tan íntima y personal que la dejó sin respiración.

—¿Y qué?

—Y... cuando te sientas lo bastante fuerte para ducharte, puedes usar el champú y el jabón —concluyó, aunque no estaba segura de que fuera eso lo que había empezado a decir. Abrió un cajón de la cómoda y sacó la ropa que necesitaría por la mañana.

—A propósito —dijo él mientras se metía bajo las mantas—. ¿Tengo que preocuparme de que algún oso o ratón gigante entre aquí y se extrañe de que un desconocido esté durmiendo en tu cama?

—Si estás preguntando si tengo un novio celoso, la respuesta es no —contestó ella rebuscando en el cajón de la ropa interior.

La verdad era que nunca había tenido a un hombre en su dormitorio salvo a Lester, el carpintero de setenta años que le había colocado en la ventana frente a la cama la vidriera gótica que ella había encontrado en una iglesia ortodoxa rusa demolida, en Sitka. Y Keegan Bodine, quien le había llevado e instalado el cabecero de madera de cerezo comprado en la tienda de antigüedades de Auntie M's. Keegan era un guía de Twin Pines, soltero, de treinta y dos años y muy atractivo. Pero sólo era un amigo, nada más.

Alaska estaba llena de hombres como Keegan. Hombres duros, sanos y atractivos en busca de una mujer. Holly tenía asumido que algún día encontraría al adecuado, pero de

momento prefería mantenerse libre de ataduras. Le gustaba su vida tal como era: completa y sin complicaciones sentimentales.

—¿Qué me dices de ti? —le preguntó, mirándolo por encima del hombro. Una vez más volvió a quedarse sin respiración al verlo tendido en su cama. Rápidamente apartó la mirada.

—Yo tampoco tengo novio —dijo él con un bostezo—. Ni nada por el estilo.

Holly oyó su respiración pesada y caminó hacia la puerta sin hacer ruido. Antes de salir, contempló cómo el pecho le subía y bajaba a un ritmo constante, y por un momento se permitió preguntarse cómo sería el tacto de aquellos músculos bajo sus dedos, de ese cuerpo tan...

—¿Holly?

Dio un respingo al oír su voz profunda y adormilada.

—Me advirtió que eras difícil —arrastraba las palabras de un modo casi incomprensible—. Pero no que fueras tan sexy.

Se giró de costado y esa vez Holly tuvo la certeza de que se había quedado dormido.

¿Quién le había advertido? ¿Doc? ¿O tal vez Quincy cuando Guy llamó al garaje a preguntar por su avión? Pero eso no tenía sentido. Tal vez fueran los medicamentos y el cansancio los que le hacían decir tonterías.

Sí, seguro que era eso, decidió mientras salía del dormitorio y cerraba la puerta. ¿Difícil? Y un cuerno. Ella no era difícil.

Se detuvo y se giró para mirar la puerta cerrada.

«Pero no que fueras tan sexy».

Aquellas palabras le hirvieron la sangre. ¿Otro galimatías? ¿O lo había dicho en serio?

Era más que probable que Guy les dijera eso a todas las mujeres. Y no había duda de que dejaba a su paso una larga serie de mujeres encandiladas.

¿Sexy? ¿Ella?

Se miró los vaqueros, las botas y el jersey de cuello alto que llevaba. El no podía referirse a su ropa, ni tampoco a su pelo, que lo tenía hecho un desastre por haberse zambullido en el lago. Tampoco llevaba maquillaje... ¿Cómo podía encontrarla sexy?

Se echó a reír ante su propia ingenuidad. Aquel hombre había sufrido una conmoción. Estaba delirando. Para él, ella podría ser la musa de sus sueños. ¿Y qué? En cuanto se recuperara se marcharía, y puesto que no era uno de los pilotos habituales que

la empresa mandaba, no era probable que volviese a verlo.

Sacudió la cabeza para apartar todos los pensamientos referentes a Guy Blackwolf. Ya había perdido casi un día entero de trabajo y, aunque estaba agotada, aún tenía que ocuparse de los pedidos y de las facturas. Y si algo había aprendido en la vida era que el dinero no caía del cielo.

Guy soñó con hamburguesas dobles, patatas fritas y espesos batidos de chocolate con crema y guindas. Tenía la hamburguesa en una mano y el batido en la otra. Con un suspiro, dio un mordisco a la jugosa carne, pero de repente ésta se transformó en cartón hecho trizas. Tomó un trago de batido, pero fue como tragarse un puñado de serrín.

Se despertó con una tos ronca y un dolor abrasador en el pecho. Parpadeó y entonces recordó donde estaba. En el dormitorio de Holly Douglas.

En su cama.

Cuando ella descubriese quién era él realmente y lo que estaba haciendo allí, sin duda estaría durmiendo en la calle.

Se apoyó sobre un codo y alcanzó el vaso de agua de la mesita de noche. En los dos últimos días, cada vez que despertaba había un vaso de agua junto a él. Se lo bebió entero y volvió a hundirse en la almohada. El pecho le quemaba y la cabeza palpitaba, pero por primera en dos días, su mente empezaba a despejarse.

Desde que se tumbó en aquella cama, había sentido, más que visto, la presencia de Holly. Un leve crujido, un suave susurro, el frío tacto de unos dedos en la frente... E incluso cuando ella no estaba en la habitación, percibía su olor a fresas y menta, mezclado con una fragancia que sólo le pertenecía a ella.

Hasta entonces no había hecho más que dormir y reunir las fuerzas suficientes para alguna visita ocasional al cuarto de baño. Pero ya le había dado a su cuerpo todo el descanso que necesitaba. Ahora, preparado o no, iba a levantarse de la cama.

Además, tenía tanta hambre que se comería un oso.

Pero seguramente oliera como un oso, de modo que lo mejor sería darse una ducha antes. Sacó las piernas de la cama y apoyó los pies desnudos en el frío suelo de madera. Esperó a que la habitación dejara de dar vueltas y entonces se levantó, se puso los vaqueros, agarró la camisa de franela azul y se encaminó

hacia el cuarto de baño.

La ducha era demasiado pequeña y la boquilla demasiado baja para un hombre de su tamaño, pero el agua salía caliente y con suficiente presión. El familiar olor a fresas impregnaba el cuarto de baño. Se dio cuenta de que era el champú de Holly, y no pudo resistirse a olisquear el frasco que había en el estante de la ducha. Pero por mucho que le gustara aquel olor, apreció más el champú inodoro y el jabón neutro que ella le había dejado en el lavabo. Un hombre no podía ir por ahí oliendo a rosas, después de todo.

Se cepilló los dientes, se afeitó y, salvo por el dolor de cada uno de sus huesos, casi se sintió otra vez humano. Ahora el problema más acuciante era el vacío en su estómago.

De camino a la cocina, sin embargo, se fijó en el teléfono que había en la mesa junto al sofá. Tenía que llamar a Flynn y ponerlo al corriente de la situación, pero no había tenido oportunidad de hacerlo desde que cayó al lago. Sin Holly en la casa, aquélla era la mejor ocasión.

Pasó la vista por el silencioso apartamento. El primer día había estado tan aturdido que no se había fijado bien, pero ahora vio que estaba amueblado con sencillez y comodidad, con un cierto toque femenino y rústico, viejo y nuevo a la vez. Había varios libros sobre una estantería junto a la chimenea. Novelas de misterio, románticas y biografías. Observó con curiosidad que había también libros infantiles. Por lo que Flynn le había contado, nunca había estado casada. Eso no le impedía tener un hijo, pero era obvio que ningún niño vivía allí.

Se sentó en el sofá, ignorando el dolor que le traspasaba la pierna derecha cada vez que doblaba la rodilla, y agarró el teléfono para llamar a Texas.

Una profunda voz familiar respondió al tercer toque.

—Hola, Dog-Man —desde que Flynn Sinclair le había regalado a Susan, la hermana mayor de Guy, un labrador negro, Guy lo llamaba con ese apodo—. ¿Cómo va todo?

—Maldita sea B.W., ¿dónde demonios te habías metido? —rugió Flynn, usando su propio apodo para Guy—. Se suponía que tenías que llamarme en cuanto llegaras a Twin Pines.

—Ha habido un pequeño problema —Guy miró el correo abierto que había en la mesita junto al sofá, y mantuvo la mirada durante más tiempo del que cualquiera hubiera considerado

correcto. Vio un aviso de una compañía de seguros y una factura sin pagar de una tarjeta de crédito—. He estado metido en la cama los dos últimos días.

—¿Ah, sí? —Flynn soltó un resoplido—. Conociéndote, seguro que hay una mujer por medio. ¿Cómo se llama?

—Holly Douglas.

Se produjo un silencio al otro lado de la línea, seguido de una explosión.

—¿Qué? ¡Maldita sea, B.W.! Te envié allí para que la trajeras a Texas a que conociera a su familia, no para que te metieras en su cama.

Guy se recostó en el sofá. Quería que Flynn sufriera un poco.

—Sólo soy un hombre, amigo. Antes de poder pensar siquiera en negarme, ella me tenía desnudo bajo las sábanas.

Mientras Flynn seguía despotricando contra él, Guy ojeó el resto del correo de Holly. Vio una carta sin abrir con la dirección de Ryan Fortune en el remitente y otra factura de una compañía eléctrica.

Tras un par de minutos, la línea volvió a quedar en silencio.

—Me estás tomando el pelo, ¿verdad? —le dijo Flynn con un suspiro—. Y yo he picado.

—Pues claro —dijo Guy con una sonrisa, fijándose en un cojín del sofá con las palabras «Hogar, dulce hogar» bordadas—. Me estrellé con el avión en el lago, y la señorita Douglas fue muy amable al rescatarme antes de convertirme en comida para los peces.

Siguió dándole detalles de lo ocurrido, incluyendo el giro que había dado el destino y que lo había tenido durmiendo en la cama de la mujer a la que había ido a buscar. Y, a pesar de las protestas de Flynn, Guy le dijo que no iba a marcharse de Twin Pines hasta que Holly Douglas accediera a volver a Texas con él.

—Será mejor que le digas pronto la verdad —dijo Flynn—, aunque tal vez acabe enviándote de vuelta en un paquete con un lazo, dejando claro que no quiere saber nada de la familia Fortune.

—Se lo diré, pero creo que es algo que debo hacer con mucho tacto, en vez de dejarlo caer como una bomba —en ese momento oyó pasos que subían los escalones—. Tengo que colgar.

Apenas tuvo tiempo de dejar el teléfono y llegar a la cocina antes de que Holly entrase por la puerta. Guy se fijó en que se

había hecho algo distinto en su espesa melena castaña. Se la había recogido en lo alto de la cabeza y la había fijado con una horquilla de carey. Llevaba una chaqueta vaquera sobre un top blanco ajustado, unos vaqueros ceñidos a sus esbeltas caderas y unas botas negras de ante de senderismo.

A pesar de que su ropa ni era especialmente sexy, Guy sintió que se le aceleraba el pulso. No pudo evitar preguntarse qué llevaría bajo la tela vaquera y el algodón. ¿Más algodón, quizá? ¿Encaje?

Seda, decidió al ver cómo se movía. Sus movimientos eran tan suaves como la seda.

Entonces ella lo vio en la cocina y sus ojos dorados de tigresa se entrecerraron.

—Más te vale darme una explicación enseguida, Blackwolf —le exigió con voz dura, acercándose a él.

Guy vio la bolsa de deporte que llevaba en la mano izquierda. Una bolsa negra, de cuero... Era la suya. No la había echado en falta antes, pero obviamente ella la había sacado del avión. Intentó recordar qué contenía. Un par de camisetas, unos vaqueros, objetos de aseo, un libro en rústica cuyo titulo no recordaba, .Nada que pudiera revelar el propósito de su viaje. Holly dejó la bolsa en la mesa de la cocina y se cruzó de brazos.

—Tienes algo que decirme, y por tu bien espero que sea bueno.

Capítulo 3

—Debería echarte a patadas de mi casa —declaró Holly—. ¿Qué tienes que decir?

—Eh... —Guy miró su bolsa y entonces recordó la carta que había metido antes de salir hacia Alaska. Era de Flynn, y si Holly la había visto, estaba perdido. Dudó un momento y la miró a los ojos—. ¿Lo siento?

—Típica respuesta masculina con la típica falta de sinceridad. Quiero saber en qué estabas pensando.

Guy pensó unos segundos y dijo con cautela:

—¿Te vale si te digo que no estaba pensando?

—En eso tienes razón —retiró una silla de la mesa y la apuntó con un dedo—. Siéntate.

—Sí, señora.

—Y no uses ese tono conmigo. —No, señora.

—Te has levantado de la cama y te has duchado tú solo.

Así que era aquélla la razón de su enojo, pensó Guy con una mezcla de alivio y sorpresa. Y no era irritación lo que veía en sus ojos. Era preocupación.

¿Cuándo fue la última vez que una mujer lo había cuidado? Su madre se había marchado cuando él tenía once años. Aparte de su hermana, nadie se había preocupado por él de niño. E incluso Susan se había ido pero ése no era el momento para pensar en su hermana. Esos pensamientos los dejaba para la noche, cuando estaba a solas con una botella de whisky y las fotos de Susan que guardaba en el cajón de su cómoda.

Volvió a mirar a Holly y sintió una oleada de placer al ver que su preocupación era sincera.

—Bueno, señorita Douglas —la agarró de la mano—, te hubiera esperado de haber sabido que querías ducharte conmigo. Pero seguro que me he dejado algo sucio, así que no me importará darme otra ducha, si eso te hace feliz.

—Lo único que tienes sucio es tu cerebro —retiró la mano de un tirón—. Durante dos días apenas has tenido fuerzas para levantarse de la cama y andar unos metros hasta el cuarto de baño. ¿Qué habría hecho yo si te hubieras desmayado en la

ducha?

—Holly, estoy bien —volvió a tomarla de la mano, a pesar de que ella se resistió—. Aprecio tu preocupación, pero en serio, estoy bien. No voy a desmayarme.

—Eso ya lo veo —dijo ella con firmeza, pero sus palabras carecían de convicción—. Le prometí a Doc que me aseguraría de que no volvieras a partirte la cabeza.

Sus dedos eran largos y esbeltos, y su piel cálida y suave.

—Lo último que queremos es preocupar a Doc —dijo él.

—Por supuesto —murmuró ella, bajando la vista a sus manos entrelazadas—. Eso es lo último que queremos.

—Holly —pronunció su nombre con suavidad, y la hizo sentarse a su lado—, te agradezco todo lo que has hecho por mí. Sacarme del lago, llevarme al médico, traerme a tu casa, dejarme dormir en tu cama... Pero, ¿cómo sabes que no soy un psicópata o un asesino en serie?

—¿Y cómo sabes que no eres tú quien se está arriesgando? —preguntó ella con una sonrisa maliciosa—. ¿Has visto la película Misery? ¿No se te ha ocurrido pensar que en mi jardín trasero pueden estar enterrados los huesos de todos los hombres que he traído a casa? El calcio es muy bueno para las rosas, ¿sabes?

—Tus manos no parecen haber escarbado en la tierra —dijo él, acariciándole los nudillos con el pulgar—. Son demasiado suaves y delicadas.

—Las cosas no siempre son lo que parecen —replicó ella, balanceándose ligeramente hacia él.

Guy sintió una punzada de culpa al oír aquello, pues sabía que no había sido del todo sincero con ella. Aunque tampoco le había mentido. Simplemente, le había ocultado información.

—Holly —le dijo suavemente—, quiero que sepas que puedes confiar en mí.

Ella arqueó una ceja e inclinó la cabeza.

—La confianza es algo que hay que ganarse, Guy. No te conozco lo suficiente para eso.

—Claro que sí —respondió él—. Tal vez no sepas qué música me gusta o cuál es mi deporte favorito o qué coche conduzco. Pero me conoces, probablemente mejor que muchas personas.

A Holly le resultó extraño oírlo decir aquello, y sin embargo tuvo la sensación de conocerlo. No sabía por qué sentía eso, pero desde que lo sacó del avión había percibido algo entre ellos que

no podía explicar. Una especie de extraña conexión. Y los dos días que había pasado cuidándolo sólo habían intensificado el vínculo.

Pero, ¿podía confiar en él? Había aprendido a una edad muy temprana que la confianza podía arruinar las vidas y romper los corazones. Para ella la confianza era un bien muy preciado, incluso sagrado, y no estaba preparada para entregárselo a aquel hombre.

El tacto de su mano era áspero, su piel, bronceada, sus húmedos y negros cabellos estaban peinados hacia atrás, despejando su rostro recién afeitado. Un rostro de facciones duras y angulosas, con una boca sensual, una mandíbula cuadrada, y unos intensos ojos grises de lobo que la dejaban sin respiración cada vez que sus miradas se encontraban. Olía a jabón, a champú y a hombre...

Holly no estaba exactamente segura de cómo o cuándo el aire de la cocina se había vuelto tan denso, o por qué le costaba tanto recordar la razón por la que había subido a casa cuando tenía tanto trabajo en la tienda. Y lo peor de todo: no sabía por qué permanecía allí de pie, permitiendo que ese hombre le sujetara la mano y tirara de ella hacia él, como si fueran una pareja de amantes en vez de simples conocidos.

Vio el pulgar de Guy trazar círculos sobre sus nudillos y sintió una espiral de calor que le subía por el brazo. Supo entonces que lo que había entre ellos no era nada simple. Era tan complejo como oscuro y erótico. Seductor.

Confuso.

No quería aquello. No quería esos sentimientos ni esas complicaciones. Había química entre ellos, eso era innegable. Y era más fuerte que nada que hubiese experimentado antes. Pero Guy Blackwolf sólo estaba allí de paso. Era agradable flirtear un poco, pero nada más. Cualquier otra cosa podría ser muy arriesgada. Y aunque ella asumía riesgos con su negocio, con su dinero e incluso con su vida, no estaba dispuesta a arriesgarse con su corazón. El precio era demasiado grande.

—¿Tienes hambre? —retiró la mano y se irguió, enojada al descubrir que le temblaban las rodillas.

—Pensé que nunca lo preguntarías —dijo él con una sonrisa.

—Tengo que advertirte... —abrió la despensa que había junto a la nevera y rebuscó entre las latas—. Yo no cocino. ¿Sopa de

pollo o ternera enlatada?

—¿No cocinas? Y yo que pensé que había encontrado a la mujer perfecta —soltó un triste suspiro—. En fin... sopa de pollo.

Ella hizo girar los ojos y sacó una sartén y un abrelatas.

—Quincy sacó tu bolsa del avión. Supongo que ahora que te has levantado necesitarás algunas cosas.

—Gracias.

—Ha dejado tu avión detrás de su tienda —dijo ella mientras abría la lata—. Dentro de un día o dos, cuando puedas andar bien, te llevaré para que examines los daños. Quincy dijo que la cola estaba muy mal, pero que puedes...

Al recibir el tacto de su mano en el brazo, el abrelatas se le escurrió de los dedos. Había estado tan ocupada abriendo la lata que no lo había oído acercarse por detrás.

—Yo me ocuparé de esto —le dijo él, quitándole el abrelatas —. Seguro que tienes cosas más importantes que hacer que cuidar de mí.

Y así era, pero estando tan cerca de él en la pequeña cocina no podía pensar en esas cosas. Lo vio abrir la lata y verter el caldo en la sartén que ella había colocado en el fuego.

—Los cuencos están en ese armario a tu derecha —le dijo—. Los cubiertos en el cajón a tu izquierda. Creo que hay algunas galletas en la despensa.

—De acuerdo.

—Bueno, tengo que volver al trabajo =empezó a retroceder y tropezó con una silla. El volvió a sujetarla de la mano, y a ella volvió a resultarle difícil pensar con claridad.

Ah, la televisión se ve bastante bien, pero sólo recibe un par de canales. Si te duele la cabeza, tienes aspirinas en el armario del cuarto de baño, o si necesitas un...

—Holly, estoy bien. Vete.

—De acuerdo —se dirigió hacia la puerta pero se detuvo—. Oh, creo que también hay galletas en la despensa.

—Eso ya lo has dicho —dijo él con una sonrisa—. Gracias.

Maldición. Había estado en compañía de muchos hombres varoniles y atractivos, y ninguno la había hecho ruborizarse, tropezar o repetirse. Definitivamente, Guy Blackwolf empezaba a irritarla.

—¿Holly?

Ella tenía la mano en el pomo de la puerta. Miró por encima

del hombro y lo vio observándola con sus penetrantes ojos grises.

—Creo que esta noche deberías dormir en el dormitorio.

El pulso se le aceleró mientras lo miraba. ¿Tan evidente había sido su atracción que Guy había supuesto que se acostaría con él?

—Mira, Blackwolf —le dijo entornando los ojos—, sólo porque seas un hombre atractivo con un buen cuerpo no significa que todas las mujeres estén esperando una invitación para acostarse contigo. Gracias, pero no.

Él la miró con una ceja arqueada.

—Sólo estaba sugiriendo que esta noche durmiera yo en el sofá —dijo sonriendo—. Pero gracias de todos modos por el cumplido.

—Ah... Lo siento —maldición, maldición. Había vuelto a hacerlo. Se había puesto en ridículo otra vez—. Pensé que tú... Quiero decir, supuse que... Oh, no importa.

Rápidamente, antes de que él pudiera ver cómo se ruborizaba, salió por la puerta.

No estaba segura de si se sentía aliviada o decepcionada.

—¿Cómo que te marchas? No puedes hacerme esto ahora. ¿Es que no significo nada para ti?

—Lo eres todo para mí. Por eso me marcho. ¿No lo entiendes?

Con un paquete de galletas de chocolate en una mano y el mando a distancia en la otra, Guy estaba sentado en el sofá viendo el único canal que había conseguido sintonizar en el televisor. Después de que Holly se marchara se había mareado un poco, por lo que tuvo que permanecer tumbado. Había intentado leer, pero no podía distinguir las palabras, así que optó por ver la televisión.

Por lo que pudo imaginarse, lo que estaban emitiendo era el culebrón titulado Storm's Cove, una telenovela que transcurría en una pequeña comunidad costera de Seattle, continuamente salpicada por los escándalos y el sexo. Guy había vivido cinco años en Seattle, y estaba asombrado de que semejante despliegue de lujurias y traiciones se hubiera desarrollado bajo sus narices.

En aquel momento, una rubia llamada Victoria había sorprendido a Gerald, el hombre al que amaba, haciendo la maleta, dispuesto a marcharse de su lado.

—No entiendo nada —se lamentaba Victoria—. Sólo que estás renunciando a nuestro amor, como si yo no fuera más que unos

zapatos viejos.

—Cómo puedes decir eso? —gritó Gerald—. Nunca serías eso para mí, Victoria. Nunca. Sabes que te amo.

¡Mentiras! ¡Mentiras! Todo ha sido una mentira. Regresaste de la muerte para volver conmigo y con Emily, la hija que nunca habías conocido, y ahora te vuelves a marchar. ¿Cómo podré vivir si te vas?

Gerald agarró a la rubia por los hombros y puso una mueca de angustia.

—No digas eso, Victoria. Volveré contigo y con Emily, lo prometo, pero no hasta que encuentre al responsable de la muerte de mi hermano.

¿Cómo podía ver alguien esa basura?, se preguntó Guy tomando otra galleta. ¿A quién demonios le importaba si aquel cretino se marchaba o no?

De repente, la habitación en la que estaban Gerald y Victoria explotó en llamas. Al fin se ponía interesante, pensó Guy recostándose en el sofá. Pero justo entonces se produjo un corte publicitario. Esperó comiendo galletas a que volviera la escena, pero lo único que volvió fue la música y los créditos. Se quedó mirando boquiabierto la pantalla. ¿Así se acababa? ¿Sin dejar una pista de lo que les ocurría a Victoria y a Gerald?

Imaginó que sería la táctica empleada por los productores para que la audiencia se mantuviera fiel día tras día, pero maldito fuera él si dejaba que lo manipulasen con tanta facilidad. Sólo era una seria televisiva, con unos pésimos actores leyendo sus diálogos al tiempo que actuaban.

Frunciendo el ceño, apagó el televisor y fue a la cocina a dejar las galletas.

Era una cocina acogedora. Pequeña pero ordenada, con armarios de roble y cortinas azules en la ventana sobre el fregadero. Sobre la encimera blanca de formica se alineaban recipientes amarillos de cerámica, y junto a la hornilla colgaba el recorte de una vaca pintada a mano, con un pequeño cencerro de cobre.

Se dio cuenta de que Flynn no le había hablado mucho de Holly. Sabía que era de Dallas y que había crecido a ciento veinte kilómetros de donde había vivido su propia familia. Y sin embargo allí estaba, en Twin Pines, dirigiendo un negocio y trabajando duro.. Salvando pilotos de accidentes aéreos y

llevándolos a su cama para que se recuperaran. Lo mismo que haría cualquier otra mujer...

Nunca había conocido a nadie como ella. Tal vez se hubiera topado con alguna tan hermosa, o con un cuerpo tan espectacular como el suyo, o con alguna que lo hiciera reír tanto como ella.

Pero nunca había conocido a una mujer con todas esas virtudes a la vez, ni a una a la que no pudiera quitarse de la cabeza. Una mujer que con un simple roce le acelerara el pulso y le hirviera la sangre.

Antes, se había sorprendido de lo mucho que deseaba besarla. Tanto como lo sorprendía no haberlo hecho. Para él, el sexo era algo muy sencillo. Si un hombre y una mujer se atraían, el resto era fácil. Y no había duda de que Holly se sentía atraída por él. Lo había visto en el aluvión de emociones reflejadas en su rostro cuando le sostuvo la mano, cuando permaneció de pie a su lado...

Cuando le dijo que debería dormir en la cama.

Al recordar su sorpresa y su indignación, no pudo evitar una sonrisa. Holly había creído que se refería a hacer el amor, y su mirada habría sido capaz de congelar la lava. Y sin embargo, a pesar de su evidente irritación, hubo una respuesta: su respiración contenida, el brillo dorado en sus ojos, el ligero rubor en sus mejillas. Puro deseo. Y él también lo había sentido.

En circunstancias normales, habría seguido el juego. Pero aquello era diferente. Había ido allí a hacerle un favor a un amigo. A hablar con Holly, no a seducirla.

Y eso le recordaba un pequeño detalle. Tenía que confesarle por qué estaba allí, aunque presentía que la noticia no iba a gustarle nada a Holly y que seguramente lo echara a comer a los osos. No, aún necesitaba un par de días para decirle la verdad. No tenía otro sitio adonde ir, y hasta que su avión estuviese reparado, en caso de que pudiera ser reparado, estaba confinado en aquel lugar.

Miró el reloj de la cocina. Eran casi las seis y media. Había oído decir a Holly que cerraba la tienda a las seis, de modo que llegaría a casa de un momento a otro. Pensó en cómo pasarían la tarde juntos. Tal vez no pudiera seducirla ni besarla, pero nada le impedía disfrutar de su compañía. No había nada malo en compartir una botella de vino y una conversación interesante. Y

si ella seguía preocupándose por él, ¿por qué no permitírselo? ¿Por qué no dejar que...?

La puerta se abrió y Holly entró a toda prisa. Llevaba una bolsa de papel en la mano.

—Llego tarde —dijo sin aliento, y le arrojó la bolsa.

—¿A una cita importante? —preguntó él en tono burlón.

—Sí —se giró y entró corriendo en su dormitorio.

¿Sí? Guy se quedó mirando la puerta del dormitorio, y apenas tuvo tiempo de pestañear antes de que ella saliera y cruzara el vestíbulo hacia el cuarto de baño. Oyó el grifo de la ducha, pero antes de que pudiera evocar ninguna fantasía, el grifo se cerró y se oyó una maldición y el portazo del armario del baño.

¿Realmente tenía una cita? ¿Una cita de verdad, con un hombre?

Frunció el ceño. Tal vez no fuera una verdadera cita, sino una reunión en el pueblo, o tal vez iba a salir con alguna amiga. O quizá...

Unos golpes en la puerta le hicieron fruncir aún más el ceño. Abrió y se encontró cara a cara con un hombre de pelo oscuro y con unos brazos del tamaño de troncos de roble. Llevaba una camisa blanca, vaqueros y botas negras, y del hombro le colgaba una chaqueta sport también negra.

A Guy no le gustó nada a primera vista.

—Tú debes de ser Guy Blackwolf —el hombre extendió la mano, esbozando una amistosa sonrisa—. Keegan Bodine.

—Keegan —Guy asintió y le estrechó la mano con más fuerza de la necesaria. Sabía que era un comportamiento absurdo, pero no pudo evitar sentir cierta satisfacción cuando Keegan aflojó la mano.

—Holly me ha hablado de ti —dijo alegremente—. ¿Cómo está tu cabeza?

—Bien —mintió. Era como si estuvieran tocando la batería en su interior—. ¿Por qué no entras? Holly saldrá en un minuto.

Se oyó un ruido procedente del baño, seguido de una maldición ahogada. Los dos hombres giraron la cabeza.

—Bueno, quizá sean dos minutos —corrigió Guy.

—No hay prisa.

Keegan fue hasta el sofá y se dejó caer apoyando los brazos en el respaldo. A Guy le recordó a un pastor alemán que tuvo una vez y que se enroscaba sobre el felpudo de la puerta trasera,

sabiendo que aquél era su sitio. Igual que Keegan en el sofá.

—Conozco a casi todos los pilotos que traen los pedidos a Twin Pines —dijo—. Pero a ti no te he visto nunca. ¿Cuánto tiempo llevas trabajando en Pelican?

Una pregunta simple formulada despreocupadamente. Pero tras la tranquila fachada y la sonrisa cordial, Guy reconoció la sospecha y la desconfianza. Demonios, él habría sentido lo mismo si la situación hubiera sido al revés. Lo que no podía intuir era lo que Keegan y Holly eran en realidad. ¿Amantes? No lo creía. ¿Amigos? Sí, pero ¿quizá algo más?

Fuera lo que fuera, Guy tenía intención de averiguarlo.

—La verdad es que no trabajo para Pelican —respondió con cautela—. A veces comercio con la gente de por aquí. Cuando me enteré de que en vuestro lago se pescan truchas del tamaño de un poni, decidí tomarme unos días de descanso y pescar un poco.

—También tenemos algún que otro arco iris —dijo Keegan, sonriendo mientras estiraba una pierna—. Y de vez en cuando un piloto que cae del cielo.

Para cualquier que los escuchara, la conversación sería de lo más normal. Pero Guy sabía muy bien la pregunta que aquel hombre solapaba: «¿Quién demonios eres tú y qué demonios haces en casa de Holly?».

—Estoy pensando en contratar a un piloto de hidroavión para las excursiones de mi empresa —siguió diciendo Keegan—. Sobre todo para viajar a los grandes lagos del interior, de difícil acceso. ¿Te interesa?

Para Guy era obvio que no le estaba ofreciendo trabajo. Lo que Keegan quería saber era cuándo se marcharía y si tenía idea de volver.

—Tal vez —respondió, aunque no estaba interesado en lo más mínimo. ¿Cuál es tu empresa?

—Outback Excursions. Mis clientes son casi todos turistas, aunque también vienen fotógrafos y estudiosos de la fauna.

—Te avisaré si...

—Siento haber tardado tanto.

Guy se volvió al oír la voz de Holly... y se quedó sin respiración.

Holly llevaba un vestido sin mangas color lila. Largo y suelto, de amplio escote y con botones delanteros que llegaban hasta la rodilla. Al moverse, la tela se separaba lo suficiente para mostrar

la curva de sus esbeltas pantorrillas. Las sandalias eran blancas y dejaban a la vista los dedos de los pies, con las uñas pintadas de rosa. Guy había pensado que era sexy vestida con vaqueros, botas y camisetas. Pero vestida así, tan femenina, con su pelo ondeando sobre los hombros y con un ligero toque de pintalabios, podía tumbar a cualquier hombre de espaldas.

Keegan también parecía sorprendido. Se había levantado del sofá, y su mirada de aprobación masculina irritó sobremanera a Guy, a quien no le gustó nada sentirse así. ¿Qué derecho tenía a estar… celoso? Apretó los dientes al pensar en esa palabra. Él no era celoso. Nunca lo había sido. Pero con Holly no podía evitarlo. Se sentía protector. Y quizá un poco posesivo también. Después de todo, ella le había salvado la vida. Era un buen motivo para sentirse unido a ella.

Eso y el hecho de que él hubiera ido a ayudarla a encontrarse con su familia. Y no con una familia cualquiera, sino con los Fortune, una de las familias más ricas y poderosas de Texas. Sin duda habría gente dispuesta a aprovecharse de Holly si supieran que estaba destinada a heredar una inmensa fortuna.

—Gracias, Guy, por haberle hecho compañía a Keegan —dijo Holly, agarrando el bolso de la mesita unto al sofá—. Me alegra que hayáis tenido oportunidad de hablar.

—Ha sido un placer —dijo Guy mirando a Keegan, quien le mantuvo la mirada. Aún había duda e indecisión en los ojos del hombre, y Guy no pudo evitar sentirse complacido.

—El placer ha sido mío —dijo Keegan con otra de sus sonrisas, y Guy supo que no se refería a la conversación, sino a Holly.

Intentaré no despertarte si vuelvo tarde —dijo Holly. Abrió un pequeño armario junto a la puerta y sacó un jersey blanco—. Si necesitas algo, sírvete tú mismo lo que quieras.

—Gracias —miró a Keegan y sonrió—. Lo haré.

Keegan arqueó una ceja y le puso a Holly una mano en la espalda.

—¿Lista?

Cuando los dos se marcharon, Guy se quedó mirando la puerta cerrada. Adiós a una tranquila velada con una mujer hermosa, pensó con el ceño fruncido.

Miró entonces la bolsa que Holly le había dado al entrar en casa y se dio cuenta de que la había estado sosteniendo todo ese

tiempo. Dentro había una hamburguesa doble y patatas fritas.

Salvo por el batido de chocolate, era exactamente con lo que había soñado. «Sírvete tú mismo lo que quieras».

Volvió a mirar hacia la puerta y pensó en el vestido color lila. ¿Cómo sería el tacto de aquellas curvas al descubierto? ¿Cómo sería su sabor y...?

Resignado por no poder renunciar a sus deseos, fue a la cocina tomar su cena. Solo.

Capítulo 4

Holly olió a pizza al entrar en su apartamento, justo antes de medianoche. Se detuvo y aspiró profundamente. Pepperoni, si el olfato no la engañaba. Como una polilla atraída por el fuego, siguió el delicioso aroma hasta la cocina. La caja estaba en la mesa, frente a Guy, quien jugaba un solitario con las cartas. Tenía un cigarro apagado en la boca y una gorra de béisbol con la visera hacia atrás.

—La Cenicienta vuelve con unos minutos de adelanto —levantó la vista y le dio la vuelta a tres cartas—. ¿Dónde está el príncipe? ¿Se ha quedado en el baile?

—Íbamos a la fiesta de cumpleaños de Alexis, su hermana menor, por si te interesa saberlo —dejó el bolso en la mesa y se sentó—. Le habría gustado pasarse por aquí para saludarte, pero mañana por la mañana tiene que irse con un grupo a una excursión de tres días a Devil's Canyon. Dijo que te le llevaría al lago cuando regrese.

—¿A pescar? —se sacó el cigarro de la boca y la miró con escepticismo.

—Algo así —lo que Kegan había dicho realmente era que le gustaría usar a Guy como cebo. Pero Holly no creía que fuera buena idea mencionarlo. Ya había percibido bastante tensión entre los dos hombres—. ¿Quién gana? —preguntó, mirando las cartas.

—Cinco a dos para mí —respondió él. Parecía ofendido de que se lo preguntara sentir cosas que no quería sentir. No en esos momentos. No con él.

Guy levantó una porción de pizza y se la puso bajo la nariz, torturándola.

—Un pequeño bocado —la incitó.

Un torbellino de sensaciones la asaltó. El olor picante a hierbas, el profundo sonido de su voz, la barba incipiente de su mandíbula, el corte en su sien... Incluso la ridícula gorra de béisbol con la visera hacia atrás añadía un toque de encanto a la imagen de pura masculinidad.

La boca se le hizo agua, pero no por la pizza.

—Bueno —murmuró, sintiendo cómo sus defensas se derrumbaba—, quizá sólo uno.

Separó los labios e hincó los dientes en la cuña de masa y queso fundido.

—Eso sólo ha sido un mordisquito —dijo él—. Seguro que puedes hacerlo mejor.

Holly sintió la fuerza de su mirada, cómo sus ojos adquirían el color de las nubes amenazando una tormenta... Tomó otro bocado y se lamió la salsa de los labios. Nunca en si vida había experimentado algo tan erótico.

—Háblame de Keegan —susurró él.

—¿Keegan? —confundida, se limitó a mirarlo. Él se había acercado más y ella podía sentir el calor de su cuerpo.

—Aparte de que no le gusta mi presencia aquí, ¿qué hay entre tú y él?

—Somos amigos —respondió, y entonces se dio cuenta de que había abierto una puerta que era mejor dejar cerrada.

—¿Sólo amigos? —insistió él arqueando una ceja.

—Sí, sólo amigos —le rozó los dedos al quitarle el trozo de pizza, lo que provocó una ola de calor en el brazo. Dio otro mordisco, aunque esa vez apenas lo saboreó—. ¿No crees que un hombre y una mujer puedan ser amigos?

—Pues claro que si. Nosotros somos amigos.

¿Lo eran?, se preguntó ella mientras la mirada de Guy bajaba hasta su boca, pero no antes de que viera algo en sus ojos... ¿Tristeza? Fuera lo que fuera, cuando volvió a alzar la vista había desaparecido. En su lugar brillaba algo que Holly reconoció claramente. Algo que no tenía nada que ver con la

Amistad Deseo.

Era difícil pensar estando él tan cerca. Y también respirar. Se estaban moviendo en un territorio desconocido, más allá de las bromas y del inocente coqueteo. Ambos lo sabían. El aire estaba cargado de expectación.

Y de aprensión.

Holly siempre se había sentido cómoda en compañía de hombres. Cómoda y segura de sí misma. Pero no con aquel hombre en particular. Guy la ponía nerviosa e inquieta. Sin pensar en lo que hacía, le puso la pizza delante de la boca.

—¿Quieres un poco? —ofreció, y ahogó un gemido al ver la sonrisa en sus labios. El le cubrió la mano con la suya y le dio un

mordisco a la pizza. Masticó lentamente, sin dejar de mirarla, y entonces le quitó la porción y la dejó en la mesa.

—Está realmente deliciosa —dijo, y volvió a fijarse en su boca.

—La mejor —dijo ella con un hilo de voz. Aquello era una locura.

—¿Holly?

—¿Sí?

—Voy a besarte.

«No».

—De acuerdo.

Con la respiración contenida y el corazón golpeándole furiosamente las costillas, aguardó.

Él le tocó la barbilla y con el pulgar le acarició ligeramente el labio inferior. Una oleada de placer la recorrió desde la boca hasta los pies.

Separó los labios, expectante.

Fue un susurro de la boca de Guy contra la suya. Un roce más que un beso, que puso en alerta hasta el último de sus nervios, esperando ansiosa a que profundizara el contacto.

Pero él no lo hizo, sino que se desplazó hasta la comisura de su boca, tomándose su tiempo. Era tan dulce, pensó ella. Tan increíblemente dulce...

Un hormigueó le recorrió la piel, acompañado de un intenso calor. Aún no la había besado y ya la había excitado más de lo que ella podía recordar. Tuvo que apretar los puños para resistir el impulso de agarrarlo y presionarlo contra ella.

Cuando él giró ligeramente la cabeza, sintió el tacto de su barba incipiente contra la boca y la mejilla. El placer la invadió con una intensidad que la asustó, y que aumentó más su excitación. Y cuando estaba a punto de decirle que lo mataría si no la besaba enseguida, él lo hizo.

Con una mano Guy le sujetó la nuca y la atrajo hacia él mientras introducía la lengua en su boca. Sabía a especias y a algo más que Holly no supo identificar. Algo más sabroso y primitivo. Abrió los puños que había mantenido apretados en su regazo y deslizó las manos por su pecho, sintiendo el poderoso latido de su corazón bajo las palmas.

¿Cómo era posible que un solo beso pudiera hacerle aquello?, pensó, aturdida. ¿Cómo podía invadirla una necesidad

semejante? Esas cosas no ocurrían así. No a ella.

Pero le estaba ocurriendo. La boca de Guy, firme y abrasadora, ávida y exigente, profundizaba el beso como ella había deseado. Y ella lo besaba con el mismo anhelo y pasión. Le rodeó el cuello con los brazos, dispuesta a perderse por completo.

Pero, de repente, él se apartó.

—Holly.

Su nombre apenas se oyó como un susurro rasgado. Ella abrió los ojos y parpadeó.

—Holly, no podemos hacer esto.

—¿No?

El negó con la cabeza, y un repentino temor la asaltó. Horrorizada por la posibilidad, retiró las manos.

—Oh, Dios. Por favor, no me digas que estás casado.

—No, no. No estoy casado —se quitó la gorra y se pasó una mano por sus espesos cabellos—. Es sólo que nosotros, quiero decir, que yo...

—Guy, no pasa nada, lo entiendo —qué estúpida había sido —. Lo siento, no pensaba en lo que hacía. Acabas de tener un accidente y aún no estás... —hizo una pausa. Sabía que aquellas cosas podían afectar a los hombres sensibles— en forma.

Se puso colorada ante su intensa mirada.

—Holly, no es eso —dijo, soltando un profundo suspiro—. Créeme, estoy en perfecta forma.

—Entonces, ¿de qué se trata? —a pesar del incómodo momento, no pudo evitar que su voz estuviese cargada de irritación. Había tenido la experiencia más increíble de su vida y Guy parecía estar a punto de salir corriendo.

—No... —vaciló un instante—. No quiero hacerte daño.

Entonces Holly lo miró fijamente. ¿Guy había supuesto que un único beso podía hacerle daño?

Desde luego aquel hombre no tenía problemas con su autoestima.

—Blackwolf —dijo con cautela—, si crees que un simple beso puede hacerme daño, estás subestimándome gravemente, y a ti sobrestimándote ridículamente.

Él presionó con dureza los labios.

—Esto no ha sido un «simple beso», Holly. Ambos lo sabemos. Lo único que digo es que no sería buena idea ir más lejos.

—Bueno, en eso estamos de acuerdo —se puso en pie lentamente, con los ojos entornados—. Ahora sé por qué eres un solitario. Imagino que gracias a tu encanto social pasarás muchas noches solo.

—Maldita sea, Holly, ¿vas a...?

—Hay una almohada y una manta en el armario. Yo me voy a la cama.

—Holly...

—Buenas noches.

Sin decir más, y deseando que se fuera al infierno, se encaminó hacia el dormitorio con las piernas aún temblorosas por el beso.

—Fui un idiota. Un completo idiota. Por favor, perdóname, cariño.

«Menuda ridiculez», pensó Guy, viendo cómo Gerald le suplicaba el perdón a Victoria, que estaba hospitalizada tras la explosión que había sacudido el edificio y a la que los dos habían sobrevivido. Gerald llevaba un parche en un ojo, y los médicos no estaban seguros de que pudiera recuperar la visión.

—Es demasiado tarde —dijo Victoria, apartando la mirada de él y girando el rostro. Aunque estaba en una cama de hospital, su rubia melena parecía recién salida de un salón de belleza—. No puedo casarme con un hombre en quien no confío. Voy a volver con Matthew. No quiero verte nunca más.

Guy soltó un resoplido. ¿Por qué demonios no le decía que la verdadera razón por la que lo abandonaba era que los médicos le habían dicho que por culpa de las heridas sufridas no podría tener hijos? Gerald lo entendería. ¿No podía ella ver el esfuerzo que su prometido estaba haciendo? Por Dios, Victoria tenía un corazón de hielo.

La música empezó a sonar, acompañando a los créditos. Guy sacudió la cabeza y apagó la televisión. Mujeres... ¿Quién podía entenderlas?

Él no, desde luego. Habían pasado dos días desde el beso, y Holly apenas le había dirigido más de una docena de palabras. Guy podía comprender al pobre Gerald. Ninguno de los dos sabía tratar al sexo opuesto, pero de ningún modo él iba a pedirle perdón a Holly por haber interrumpido un beso. Un beso que no podía acabar en ninguna parte salvo en la cama.

Él lo sabía y sabía que ella también lo sabía. Holly podía

decir que había sido un «simple beso», pero lo que había pasado entre ellos era mucho más.

Le había dicho a ella, y a sí mismo, que se había detenido porque no quería hacerle daño. Hasta que no le dijera por qué había ido a Twin Pines, necesitaba mantener las distancias.

Pero la verdad era que, al besarla, ni siquiera había pensando en por qué estaba allí. Ni en Flynn, ni en los Fortune, ni en nada más que no fuera Holly. Sólo había pensado en ella, en su dulce sabor, en la suavidad de su piel, en lo desesperadamente que quería sentirla desnuda contra él... Cuánto había deseado introducirse en ella y aliviar el dolor que lo acuciaba .Había estado a punto de perder el control. Diez segundos más y habría ocurrido. Pensar en eso lo asustaba sobremanera.

Y ésa era la verdadera razón por la que se había apartado.

Más allá del sexo, su relación no tenía futuro. Antes de que la situación se complicara, era mejor mantener las cosas donde estaban, es decir, en ninguna parte. Había llamado a la compañía de seguros y habían quedado en mandar a un tasador la semana próxima. Una vez realizado el papeleo, el avión sería reparado o reemplazado. En cualquier caso, él volvería a su trabajo, lejos de Twin Pines. Holly no encajaba en esa ecuación, como tampoco él encajaba en la de ella.

Tan pronto como a ella se le pasara el enfado, la convencería para que lo acompañara a Texas, donde la esperaba su familia. Entonces él volvería a Seattle y eso sería todo.

Pero primero, tenía que conseguir que ella volviese a hablarle.

No sería fácil. En los dos últimos días, Holly había conseguido evitarlo, tan escurridiza como un pez. De modo que tendría que ir él a su encuentro. Los mareos habían pasado y la cabeza se le había aclarado. Había estado encerrado en aquel apartamento el tiempo suficiente.

Era el momento de salir.

Capítulo 5

La tarde de verano era cálida y soplaba una ligera brisa. Guy se llenó los pulmones con la fragancia de los pinos y el aire fresco, contento de estar en el exterior. Las hojas estaban verdes, el cielo, azul con escasas nubes, y los pájaros cantaban desde las copas de los árboles.

No era ni mucho menos la primera vez que contemplaba la belleza de la naturaleza. Su trabajo siempre le ofrecía vistas hermosas, sobre todo cuando hacía circuitos turísticos. Pero no podía recordar la última vez que se había detenido a deleitarse la vista. Recordaba haber visto un alce y su cría desde las alturas, mucho tiempo atrás.

Anduvo por una estrecha calle entre dos edificios y salió a una acera de madera, en la calle principal del pueblo. La tienda de Holly estaba flanqueada por la ferretería de Grigsby y la peluquería de Mildred. Al otro de la calle había una cafetería y un dentista, junto a una sucesión de pequeños y pintorescos comercios. En el cruce más próximo había una señal de stop, pero no se veía un semáforo por ninguna parte.

Se giró y miró a través del escaparate de la tienda de Holly, pero no la vio en el mostrador. Una campanilla sonó al abrir la puerta, y volvió a sonar al cerrarla, pero no apareció nadie.

La tienda era pequeña, con altas estanterías que contenían una amplia gama de artículos. Ropa, latas, productos de limpieza... Un surtido de velas aromáticas junto a la caja registradora le llamó la atención. Agarró una y la olió. Lavanda. La misma vela que Holly tenía en su mesita de noche. Aquel olor lo había reconfortado bastante en los dos días que pasó en su cama, y ahora lo hizo sonreír.

Al no ver a nadie, se paseó por la tienda y se fijó en varios objetos hechos por los artesanos locales: cestas aleutianas, mantas de lana de brillantes colores, mocasines de piel. Tocó el borde de un pañuelo rojo de seda y pensó en lo bonito que estaría rodeando el sexy cuello de Holly. Pero no podía pensar en su cuello sin pensar en su boca, y eso le hacía recordar su sabor, el tacto de sus labios, el suspiro que había soltado cuando...

—¿Puedo ayudarlo?

Apartó la mano del pañuelo, como si fuera un niño al que pillaban hurgando en la caja de las galletas, y se volvió. Una mujer estaba de pie junto a él. Debía de tener unos cincuenta años, y su pelo castaño estaba salpicado por algunas canas. Llevaba una camisa masculina de franela azul y pantalones negros.

—Oh, Cielos, ya sé quién eres —una amplia sonrisa le iluminó el rostro—. Eres ese tipo que se hospeda en casa de Holly. La gente del pueblo empezaba a preguntarse si existías de verdad —le ofreció la mano—. Roberta Jones, pero casi todo el mundo me llama Bob.

Sonriendo, Guy le estrechó la mano. La mujer se la apretó con fuerza.

—Guy Blackwolf.

—Eres muy guapo —dijo ella, mirándolo de arriba abajo—. Y muy alto, como mi segundo marido —sus ojos castaños se suavizaron y suspiró—. Señor, cuánto lo echo de menos... Ahora sólo tengo a

George. No es mala compañía, pero no me deja dormir con sus ronquidos.

—Estaba buscando a Holly —dijo él, inseguro de si George era otro marido o un perro.

—No está aquí —le informó Bob—. Va a la escuela todos los martes y jueves por la tarde, y deja la tienda a mi cargo o al de Nicholas.

—¿Nicholas?

—Mi hijo menor. Sólo tiene diecisiete años, pero es casi tan alto como tú. Aunque es un poco patoso, sobre todo cuando Holly está cerca.

—¿En serio?

—La semana pasada ella le dio un beso en la mejilla como agradecimiento por haber arreglado una puerta, y el pobre se chocó contra una pared —Bob negó tristemente con la cabeza—. Después de criar a cinco hijos, comprendo muy bien a los hombres.

Guy lo entendía perfectamente. Si una mujer hermosa como Holly lo hubiera besado cuando él tenía diecisiete años, aunque sólo hubiera sido un casto beso en la mejilla, él también se habría chocado contra una pared. Incluso ahora, con treinta

años, había estado a punto de sufrir un ataque al corazón. Se preguntó cuántos admiradores más tendría Holly en el pueblo. Más de uno, sin duda.

—¿Está la escuela cerca de aquí? —preguntó.

—Al girar la esquina, el tercer edificio, de ladrillo rojo —respondió alegremente Bob—. Holly debe de estar en el aula del fondo. Oye, ahora que estás mejor, ¿por qué no vienes a conocer a mis hijos y a George? Voy a preparar un chili, y podrías...

El teléfono empezó a sonar, interrumpiéndola, y mientras ella contestaba, Guy reunió unas cuantas cosas que necesitaba y otras que no, incluyendo algunas chocolatinas. Bob le cobró mientras discutía por teléfono con quien debía de ser uno de sus hijos, sobre si le permitía usar la camioneta el viernes por la noche. Guy se apresuró a pagar y salió de la tienda antes de que la mujer colgara.

Paseó tranquilamente por el pueblo, y saludó con la mano al conductor de una camioneta verde que lo llamó con el claxon al pasar a su lado. Sentía que lo observaban desde las ventanas, y vio a tres mujeres espiándolo desde la peluquería. Cuando se detuvo y les guiñó un ojo, las tres se quedaron boquiabiertas.

Sacó una chocolatina de la bolsa mientras giraba en la esquina, la desenvolvió y se la zampó en cuatro bocados antes de detenerse frente al tercer edificio. Frunció el ceño al leer el pequeño letrero de madera sobre la entrada: Escuela Primaria de Turín Fines.

¿Qué estaba haciendo Holly allí?

No había mencionado que diera clases, pero tampoco había mencionado a Bob ni a Nicholas. Sin duda había muchas cosas que no sabía de Holly Douglas... Y se preguntó por qué ese hecho lo molestaba.

Entró en la escuela y atravesó el ancho pasillo de azulejos verdes hasta el final. La última puerta estaba entreabierta. Dentro había alguien hablando. ¿Una niña?

—¿Para qué quiero estos ridículos zapatos?, dijo Zachary la Cebra. Me gustan mis pies como los tengo ahora. Con estos zapatos no podré correr veloz por la pradera ni subir las colinas.

Guy escudriñó por la rendija. No era una niña quien hablaba, aunque la voz era tan aguda que parecía infantil. Era Holly. Tenía el pelo recogido en una cola de caballo y llevaba un jersey verde esmeralda de manga corta y unos vaqueros negros. Frente

a ella, sentados en el suelo, había una docena de niños escuchándola embelesados.

Holly miró a su ensimismada audiencia antes de seguir leyendo, con voz más profunda.

—Estos zapatos se llaman cascos, Zachary, dijo Horacio el Fabricante de Cascos, y servirán para protegerte. Con, ellos podrás saltar y correr mucho mas rápido.

Intrigado, y oculto tras la puerta, Guy observó a Holly relatar la historia de Zachary, la cebra que vivía en un tiempo en el que las cebras nacían sin cascos. Pronto se encontró tan cautivado como los niños, atento a cada palabra de Holly, a cada gesto, a cada expresión de su rostro. Holly no sólo leía, sino que interpretaba a todos los personajes que aparecían en el cuento, dándole a cada uno una voz distinta. El rinoceronte llamado Randy, el elefante Elroy, el oso hormiguero Andy...

Cuando Zachary perdió la carrera anual de cebras porque no pudo correr tan rápido como las demás, todos los niños fruncieron el ceño con decepción. Pero cuando Zachary se dio cuenta finalmente de que no había por qué tener miedo de llevar sus nuevos cascos y liderar el Desfile de los Animales, todos sonrieron encantados.

Guy también sonrió. Así que era aquello lo que hacía los martes y jueves. Leerles cuentos a los niños de la escuela. Tenía que admitir que era una mujer formidable. Y obviamente disfrutaba tanto contando historias como los niños escuchándolas. Todos ellos estaban aplaudiendo y suplicando que les contara más.

La observó largo rato reírse y hablar con los niños, con cuidado de que no lo vieran. No quería que la luz de sus ojos o su sonrisa se desvanecieran. Algo que no supo identificar se removió en su pecho, y su propia sonrisa se desvaneció.

Holly merecía saber la verdad. Y él había esperado más tiempo del que debía. Se había convencido a sí mismo que esperaba porque ella no estaba preparada, pero en realidad era él quien no estaba preparado. Había disfrutado con su compañía y no había querido que acabara tan pronto.

Se apartó de la puerta y se alejó por el pasillo, oyendo el delicioso sonido de su risa.

Aquella noche era la noche.

Mientras subía los escalones y abría la puerta de su

apartamento, Holly se dijo a sí misma que el señor Guy Blackwolf no sería capaz de volver a irritarla.

Definitivamente, no.

Desde que la besó, había malgastado demasiado tiempo y energía con él. Dos días. Dos días sin dejar de pensar en él, recordando constantemente el beso, el tacto de su boca, el calor de su lengua...

Dos exasperantes días deseando que volviera a besarla.

Pero ella era una mujer adulta y tenía que seguir adelante, incluso si el hombre que por fin la había hecho estremecerse no sentía lo mismo que ella. Había aprendido a superar la decepción y la frustración. Cada obstáculo la hacía más fuerte y sabia.

Ahora estaba relajada y tranquila. Indiferente.

Ese día nada iba a alterarla. Nada de nada. Entró en casa y se detuvo, ceñuda.

¿Qué era aquel extraño y chirriante sonido?

El corazón le dio un vuelco cuando vio que una tenue nube de humo la envolvía.

Oh, Dios... La alarma antiincendios. ¡El apartamento estaba ardiendo!

—¡Guy! —soltó el bolso y la pequeña bolsa de comestibles y corrió al salón—. ¡Guy!

—¿Qué?

Su respuesta, algo así entre un gruñido y un ladrido, salió de la cocina. Aliviada, se volvió y lo vio inclinado sobre la hornilla, envuelto en humo. Llevaba puestas unas manoplas en las manos y un delantal blanco alrededor de la cintura, y sudaba como un camionero furioso.

El humo brotaba de la bandeja metálica que sacó del horno. Mascullando en voz baja, pasó junto a Holly y dejó la bandeja en el porche delantero. ¿Qué contenía... galletas?

—No digas nada —le advirtió él apoyando las manos en las caderas—. Ni una sola palabra.

Había algo en aquel hombre alto y musculoso con manoplas y delantal que incitaba a la risa, pero Holly no se atrevió a reírse. No con la mirada asesina que Guy le estaba dedicando. Incluso el mínimo esbozo de sonrisa podría significar la muerte. De modo que apretó los labios, junto las manos y se balanceó sobre los talones.

—Lo tenía todo bajo control —dijo él, quitándose las

manoplas—. Tu horno debe de estar estropeado.

—Seguro que sí —intentó mantener la mirada fija en sus ojos, pero era imposible no fijarse en el delantal manchado que aún llevaba sobre los vaqueros y en su mejilla y nariz cubiertas de harina. Se puso una mano sobre los labios para contener la tos y ocultar la sonrisa.

El la miró furioso y se quitó el delantal.

—También he preparado macarrones con queso —espetó—. Si tienes una sierra, podemos cortarlos, y de paso trae algunas pajitas para el pastel de chocolate.

—¿Qué es todo esto?

—Un agradecimiento, eso es lo que es —con la alarma antiincendios aún sonando, entró en la cocina y abrió las ventanas—. O al menos eso se suponía que era.

¿Había hecho eso por ella? Lo siguió a la cocina y miró el cuenco que estaba sobre la encimera, lleno de algo que parecían macarrones.

Realmente lo había hecho por ella, pensó mientras lo veía sacudir el humo con el delantal, como si blandiera una bandera blanca de rendición. Ningún hombre había tenido semejante gesto con ella. Y no le importaba que la comida se hubiera echado a perder. La mera intención bastaba para derretirla por dentro.

—No tenías por qué hacerlo —le dijo en voz alta para hacerse oír por encima de la alarma, intentando convencerse a sí misma de que los ojos le lloraban por el humo, nada más.

Sin dejar de mascullas, Guy se subió a una silla y desconectó la alarma. Al bajar, dejó el delantal en la mesa de la cocina y miró a Holly.

—Sí, tenía que hacerlo. No sólo para darte las gracias, sino para pedirte disculpas.

—¿Disculpas? —repitió ella. El corazón se le aceleró cuando él se acercó.

—La otra noche me desconcertaste, Holly —la furia de sus ojos se había desvanecido de repente—. No estoy acostumbrado a eso.

—¿Te desconcerté? —parecía una idiota, repitiendo todo lo que él decía. Pero estando allí frente a él, con aquella mirada de depredador fija en ella y el humo envolviéndolos, no podía encontrar el equilibrio.

—Me desconcertaste, sí —alargó una mano y le tomó la barbilla—. Y yo me comporté como un cretino.

—No —no se inclinó sobre él, pero tampoco se apartó—. Hiciste lo correcto. Fuiste lo bastante sensato y responsable para detenerte antes de avanzar hacia un callejón sin salida.

—Holly, te aseguro que la sensatez y la responsabilidad no tuvieron nada que ver con el hecho de que me detuviera —suspiró y dejó caer la mano—. Y ahora, te debo una cena... y una bandeja nueva para el horno. Ponte el abrigo, señorita. Vamos a salir.

Hacía una tarde muy agradable mientras iban a pie hacia Twin Pines Lodge. En 1904 la estructura original no era más que una cabaña de troncos de seis habitaciones, pero con el paso de los años, las carreteras asfaltadas y la fama creciente del pueblo entre los pescadores y cazadores, el refugio a orillas del lago se había agrandado y ahora disponía de cincuenta habitaciones, un comedor para cien comensales y una cocina dirigida por un chef de Nueva York. La decoración consistía en cabezas de alce, grandes salmones y una variedad de artefactos de Alaska. En el centro del comedor, colgado de una pesada viga de madera, había una kayac con dos maniquíes' ataviados con ropas de pescador y remos que parecía flotar en el aire. En todas las robustas mesas de pino había velas encendidas en candeleros de cristal.

Después de encargar la comida y de que el camarero les llevara el agua y las bebidas, Guy alzó su botella de cerveza.

—Por los restaurantes.

—Puede que acabes lamentando haber venido aquí —dijo ella, chocando su vaso de té helado—. Ahora que el misterioso señor Blackwolf se ha dejado ver, todos querrán verlo de cerca. Para mañana, todo el pueblo sabrá que pediste una cerveza Moosehead, salsa italiana en tu ensalada y un filete de vaca poco hecho.

Guy pasó la vista por la sala y vio varias cabezas giradas hacia él. Demasiado para una cena tranquila e íntima. Ciertamente, casi lamentaba haber sacado a Holly de casa. Cuando le dijera por qué había ido a buscarla, todo sería distinto entre ellos. Y aquella noche, al menos por un rato, quería a Holly para él solo.

Decidió que después de cenar le contaría la verdad. Pero de momento, sólo quería disfrutar de su compañía.

—Si dejas que me siente a tu lado y te mordisquee el cuello, podríamos avivar los cotilleos —se burló.

El rubor de sus mejillas lo complació tanto como la idea de hincar los dientes en aquel cuello tan suave.

—Muerde mejor un panecillo —dijo ella, empujando la cesta del pan hacia él—. Ya tengo bastantes cotilleos en mi vida, gracias.

—Ah, sí. Bob me habló de Nicholas. ¿En serio llevas bien un cotilleo semejante?,

—¿Has conocido a Bob? —le preguntó frunciendo el ceño.

—Esta tarde —se fijó en que dos mujeres rollizas con idéntico peinado se susurraban la una a la otra mientras lo observaban desde una mesa cercana. De hecho, las dos parecían idénticas, salvo que una llevaba un jersey verde y la otra, rojo—. Me dijo que a su hijo le gustas.

—Oh, por amor de Dios —dijo ella haciendo girar los ojos—. Tiene diecisiete años. Seguro que piensa que soy una vieja.

—Cielo, eso es lo último que piensa ese chico, y mejor que no sepas qué es lo primero que piensa.

—Nicholas es un buen chico —insistió ella—. No como tú.

El se encogió de hombros y agarró un panecillo.

—Cuando una mujer como tú entra en un sitio, todos los hombres presentes, ya tengan diecisiete o setenta años, no pueden evitar pensar en el sexo.

—Si ésa es tu idea de cómo se debe halagar a una mujer, Blackwolf, será mejor que reconsideres tu técnica —declaró muy seria, pero sus ojos le brillaban y el rubor de sus mejillas se intensificó—. Estarnos en el siglo XXI. A las mujeres les gustan la honestidad y la integridad, no la adulación vacía y sexual.

—¿De modo que no te gustaría que te dijera que eres la mujer más sexy y hermosa que he conocido? —preguntó, mirándola fijamente a los ojos—. ¿Y que te deseo más que nada en el mundo?

Ella dudó unos segundos.

—No si no lo dices en serio.

—¿Y si lo dijera en serio? —le preguntó con calma.

Ella se quedó rígida. La tensión vibró entre ellos, llena de posibilidades.

—¡Hola!

Los dos dieron un respingo al oír el estruendoso y entusiasta saludo. Las mujeres idénticas que lo habían estado observando estaban ahora de pie junto a la mesa.

—Siento molestaros, Holly —dijo la mujer con el jersey verde —. Sólo queríamos saludarte y recordarte que tienes que encargarte del ponche para la recolección de fondos del sábado.

—Gracias, Lois —dijo Holly, sonriéndoles a las dos—. Casi se me olvida.

Guy sabía que a Holly no se le olvidaba nada, pero ella sabía por qué las mujeres se habían acercado a la mesa.

—¿Conocéis a Guy Blackwolf? —les preguntó.

Las gemelas lo miraron al mismo tiempo.

—Pues... no, aún no —dijo la del jersey rojo.

—Guy, éstas son Lois y Lilah Benthauser. Lois Lila, os presento a Guy Blackwolfe.

Las dos mujeres sonrieron a la vez.

—Hola, Guy —dijeron al unísono.

—Señoritas —él asintió y las miró con ojos entornados—. ¿Nos hemos visto antes?

—Lo vimos desde la peluquería de Mildred —dijo Lois, haciéndole un guiño exagerado—. ¿Te acuerdas?

Desde luego, las mujeres en la ventana a las que les había guiñado un ojo. Guy no pudo evitar una sonrisa. Eran como dos burbujas a punto de estallar. —Pues claro que me acuerdo. Bonito peinado.

—Gracias —ambas se tocaron sus elaborados peinados.

—Nos hemos enterado de tu accidente —dijo Ulah, muy seria —. Pobrecito... Sobrevivir a un accidente de avión. ¡Debes de ser el hombre más afortunado de la tierra!

—Bueno, aquí estoy, rodeado por tres damas encantadoras... Supongo que soy bastante afortunado.

Las gemelas soltaron una risita y Holly puso una mueca de exasperación.

—Espero que te sientas lo bastante bien para venir a la recolección de fondos con Holly —le dijo Lois, dándole en el hombro con un dedo—. Pareces un hombre que sabe cómo bailar.

—Nada de nada —confesó él negando con la cabeza—. Pero tal vez vosotras podáis enseñarme uno o dos pasos.

Las gemelas se miraron la una a la otra con ojos muy abiertos.

—Nos encantaría —dijo Lilah, maravillada. Su hermana asintió.

—Bueno, os dejamos que cenéis tranquilos —dijo Lois—. Nos vemos el sábado.

Cuando se hubieron ido, Holly sacudió la cabeza, disgustada.

—Es lo más falso que he visto jamás.

—¿Qué? —se llevó una mano al pecho—. ¿Qué he hecho?

—Sabes muy bien lo...

En ese momento llegó su comida. Holly esperó a que el camarero se retirara y entonces se inclinó hacia Guy.

—«Supongo que soy bastante afortunado» —susurró, imitando su voz—. «Tal vez vosotras podáis enseñarme uno o dos pasos». ¿Qué clase de lisonjería barata es ésa?

—Vaya, Holly, creo que estás celosa —dijo mientras hincaba el tenedor en su filete—. Tranquila. Reservaré un baile para ti. ¿Por qué no me cuentas para qué es esa recolecta?

Ella cerró los ojos con exasperación y los volvió a abrir con un suspiro.

—Para la escuela. Es demasiado pequeña para recibir financiación estatal, y no queremos que nuestros chicos tengan que viajar dos horas diarias en autobús para ir al colegio más cercano.

—¿Así que el pueblo paga por mantener la escuela?

Ella asintió y tomó un bocado de ensalada.

—Mucha gente ayuda. Dando clases, repartiendo comida, limpiando...

—¿Leyendo cuentos a los niños? —ella le lanzó una mirada cortante—. Te he visto hoy. En el colegio con los niños.

—Vaya —se echó hacia atrás y arqueó una ceja—, parece que has tenido un día muy ocupado.

—Estuviste genial —vio cómo entornaba los ojos con desconfianza—. En serio, Holly. No te estoy adulando. Estuviste increíble. Los niños estaban locos contigo.

«Y yo también», estuvo a punto de decir. Pero él no estaba loco con ella, sino por ella.

—Y yo lo estoy con ellos —dijo ella—. Son tan inocentes y encantadores. Me dan mucho más de lo que yo les doy.

—¿Qué te dan?

—Algo en lo que creer —contestó ella mirando el pollo que

tenía en su plato—. La recuperación de la fe en la humanidad. El amor incondicional.

—¿Por qué no te casas con un leñador del pueblo y tienes hijos propios?

—Ésa es mi intención —admitió ella encogiéndose de hombros—. Pero sólo cuando sea el momento. Guy sintió que algo le atenazaba el cuello. —¿Y cómo sabrás que es el momento?

—Lo sabré —untó de mantequilla la patata cocida y dio un mordisco—. ¿Y tú? ¿Por qué no has dado ese paso?

—Yo no —dijo él negando con la cabeza— Paso en el aire más tiempo que en la tierra, y además, los críos son un misterio para mí. Uno de los misterios más escalofriantes de la vida.

Holly soltó una suave carcajada.

—Tú sí que eres un misterio, Blackwolfe. Cada vez que creo saber cómo eres, me vuelves a sorprender. ¿Quién eres en realidad?

Guy había querido esperar hasta más tarde para decírselo, hasta acabar la cena y disfrutar de la velada. Pero no podía. Tenía que contárselo ahora.

—Holly, hay algo que...

De repente Keegan apareció junto a ellos. Guy sintió la furia de su mirada.

—Yo te diré quién es, Holly —dijo con dureza—. Es un farsante.

Capítulo 6

—Keegan, ¿de qué estás hablando? —preguntó Holly.

—Pregúntale —respondió el recién llegado, asintiendo a Guy —. Pregúntale qué está haciendo en Twin Pines. Por qué ha venido realmente.

—A entregar un pedido —Holly no tenía ni idea de lo que estaba pasando, pero al mirar a Guy y ver cómo apretaba la mandíbula y entrecerraba los ojos, tuvo un mal presentimiento.

Un presentimiento horrible..

—Acabo de hablar con Andy, el piloto de Pelican en Seattle —dijo Keegan—. Resulta que Andy era el encargado de traer ese pedido, pero este amigo tuyo le pagó para sustituirlo.

—Los pilotos se sustituyen a menudo —dijo ella—. ¿Qué importancia tiene eso?

—El hecho en sí, ninguna —la voz de Keegan aún era cortante, pero su rostro se suavizó al mirar a Holly—. Pero Guy preguntó por ti, Holly, antes de sugerir el cambio. Preguntó por Holly Douglas. Le dijo a Andy que eras una amiga de un amigo suyo.

—Holly —intervino Guy, mirándola—, puedo explicártelo.

Ella se volvió rígidamente hacia él. —Adelante.

—A solas —dijo Guy mirando furioso a Keegan.

Y entonces ella lo supo. Supo exactamente por qué estaba Guy allí y quién lo había enviado. Sólo había una persona capaz de hacer aquello. Ryan Fortune.

La cena de la que había estado disfrutando unos momentos antes se le revolvió en el estómago.

—Keegan —intentó mantener la voz sosegada y controlada—, ¿te importaría? Tengo que hablar con el señor Blackwolf.

—No voy a dejarte sola con este...

Guy empezó a levantarse, con los puños apretados.

—Siéntate —le ordenó Holly entre dientes. Guy dudó un momento, con la mirada fija en Keegan, y acabó obedeciendo—. Estaré bien, Keegan —le puso al hombre una mano en el brazo—. Sé por qué está aquí. Te lo explicaré más tarde.

Keegan tensó la mandíbula mientras miraba de nuevo a Guy, pero asintió.

—Te llamaré.

Cuando se marchó, Holly dejó escapar el aire lentamente y le clavó la mirada a Guy.

—¿Cuánto te han pagado Ryan y Miranda Fortune para que vinieras aquí?

—No es eso, Holly —dijo en voz baja mientras se inclinaba hacia ella—. Iba a contártelo esta noche.

—¿En serio? —su voz estaba cargada de sarcasmo—. ¿Antes o después de llevarme a la cama? Ése era el plan, ¿verdad? Hacerme creer que podía confiar en ti, invitarme a cenar, decirme lo hermosa y lo sexy que soy, y luego llevarme de vuelta a mi casa para un rápido...

—Cállate maldita sea —la interrumpió él con una voz más fuerte de lo que pretendía. Varias cabezas se giraron hacia ellos. Respiró profundamente y se echó para atrás en el asiento—. He venido a Twin Pines para hablar contigo, eso es todo.

Holly se dio cuenta de que si seguían discutiendo en el

restaurante, a la mañana siguiente todo el pueblo sabría que se acostaban juntos y que habían tenido una pelea de enamorados en medio del Twin gines Lodge. Si no hubieran estado en un sitio público con tanta gente alrededor, le habría arrancado el hígado y se lo hubiera servido en el plato.

En vez de eso, sonrió y se rió despreocupadamente hacia todas las miradas fijas en ellos.

—Estupendo —espetó sin dejar de sonreír—. Hablaremos. Pero aquí no.

Se levantó como si nada hubiera pasado, aunque la sangre le hervía en las venas. Con mucha calma y saludando a la gente que conocía, salió del restaurante mientras Guy pagaba la cuenta.

Estaba a mitad de camino de su apartamento cuando él la alcanzó. Ella mantuvo el paso acelerado y la mirada al frente.

—Tendría que haber dejado que te ahogaras.

—¿Vas a calmarte y a dejarme hablar?

—No —él la agarró del brazo, pero ella se soltó y siguió caminando a grandes zancadas—. No tenías derecho a venir aquí. Vine a Twin Pines para poner toda la distancia posible entre la familia Fortune y yo. Ellos no tienen nada que hacer aquí. Este es mi sitio. Mi hogar.

Subió pisando fuerte las escaleras y entró como un vendaval en el apartamento. Guy entró tras ella y cerró la puerta. La siguió a la cocina, pero cuando fue a acercarse, ella alzó una mano, deteniéndolo.

—Sólo quieren conocerte, Holly.

—No. Jamás. Ya les dije a Ryan y a Miranda Fortune que no quería formar parte de su familia.

—Su hermano, Cameron, era tu padre, Holly —dijo con suavidad—. Eso convierte a los Fortune en tu familia.

—Sólo porque ese bastardo se metiera en todas las camas de Texas y dejara embarazadas a Dios sabe cuántas mujeres no lo convierte en mi padre, ni tampoco a su familia en la mía —cerró una ventana con fuerza y se movió hacia la siguiente, que estaba atascada. Frustrada y furiosa, intentó cerrarla, sin conseguirlo.

—Déjame a mí.

—No te acerques —espetó ella mientras forcejeaba con la ventana—. ¿Es que no has hecho ya suficiente? Siento no habértelo contado enseguida —dijo él—. Pero después del accidente, necesitaba un poco de tiempo. No sólo para recuperar

mis fuerzas, sino para darte tiempo para que me conocieras, para que supieses con seguridad que no había venido a hacerte daño.

—No te conozco en absoluto —golpeó con el puño en lo alto de la ventana. El dolor se extendió por su brazo, pero prefería que fuera en el brazo y no en el corazón. La ventana, sin embargo, siguió sin ceder—. Las mentiras siempre hacen daño, Blackwolf. Los hombres como tú o como mi padre no comprendéis eso.

Él la agarró por los hombros y la hizo girarse, quedando sus rostros a escasos centímetros.

—No me compares con Cameron Fortune —dijo en voz baja y amenazadora—. Puede que no me sienta orgulloso de todo lo que he hecho en mi vida, pero yo nunca, jamás, abandonaría a un niño —dejó caer las manos y retrocedió un paso—. ¿Lo entiendes?

Holly no estaba preparada para el aluvión de emociones que le provocaba Guy. Los brazos le ardían en el punto donde él la había tocado, y su interior estaba en llamas. El olor a humo aún persistía en el aire, pero no estaba segura de si se debía al desastre anterior con el horno o si emanaba de ella misma pero lo que sí sabía era que creía a Guy. Si no en todo, al menos sí en aquello: él nunca abandonaría a un niño.

—Nunca lo conocí cuando estaba vivo —dijo ella, retrocediendo hasta chocar con la pared—. ¿Por qué debería importarme que haya muerto?

—No se trata de Cameron Fortune —se acercó a la ventana y, para irritación de Holly, la cerró con facilidad—. Se trata de ti. Tienes hermanos y hermanas a los que no conoces, y tíos, tías y primos.

Ella negó con la cabeza.

—No quiero tener nada que ver con la familia Fortune. Esa parte de mi vida está cerrada, y no tengo intención de volver a abrirla.

—Son tu familia, Holly —suspiró y se pasó una mano por el pelo—. Sólo quieren conocerte.

—No me interesa. Mi vida está en Twin Pines. No quiero su dinero ni su prestigio. No hay nada que puedan darme ni que yo pueda darles a ellos. Tu viaje ha sido en vano, Blackwolf, y encima has perdido un buen hidroavión. Aunque supongo que Ryan y Miranda Fortune podrán comprarte un centenar de

aviones para compensarte —pasó a su lado—. Ahora, si me disculpas, me voy a la cama. Esta noche puedes quedarte en el sofá, pero quiero que mañana te marches de aquí.

—Holly.

Ella se detuvo y lo miró por encima del hombro.

—Cree lo que quieras, pero los Fortune no me han pagado por venir aquí. Vine para hacerle un favor a un amigo. Y lo que ha pasado entre nosotros —la miró fijamente a los ojos— no tiene nada que ver con los Fortune.

—Entre nosotros no ha pasado nada, Cuy —dijo ella, sintiendo la falta de convicción de sus propias palabras—. Nada.

Se encerró en su dormitorio y apoyó la mejilla en la fría puerta de madera, intentando contener las lágrimas.

«No ha pasado absolutamente nada».

A las dos de la madrugada, Guy seguía despierto, sentado en el sofá, mirando la oscuridad. Se debatía entre llamar a la puerta del dormitorio de Holly o simplemente marcharse de allí. No tenía ni idea de adónde iría ni dónde dormiría, pero qué demonios, tampoco estaba durmiendo en ese momento.

Se levantó, agarró su bolsa, pero maldijo en voz baja y volvió a sentarse.

No podía irse. Aún no. Él y Holly todavía no habían acabado. Ni mucho menos.

No sabía cómo arreglar el embrollo que había provocado, pero sabía que debía intentarlo. No sólo por su bien sino también por el de Holly. Ella le había salvado la vida y él se lo había pagado haciéndole daño. Y aunque las disculpas no significaban mucho, eran lo único por donde se le ocurría empezar.

Ni siquiera estaba enfadado con Keegan, quien sólo había estado protegiendo a Holly. Yeso era más de lo que podía decir de sí mismo. No le gustaba Keegan, pero no por eso dejaba de respetarlo.

Volvió a levantarse y esa vez fue hasta la puerta del dormitorio. Y allí se detuvo.

Demonios...

Soltó un profundo suspiro y se pasó las dos manos por el pelo. Entonces fue hasta la cocina y encendió la luz que había sobre la hornilla. Ya había limpiado el desorden de antes, pero el cuenco de macarrones con queso seguía en la encimera.

Miró el cuenco, sin saber qué hacer con ello, y de repente se puso rígido.

Sintió su presencia antes de oírla. Se volvió y la vio de pie en la puerta de la cocina, con las manos en los bolsillos de su bata azul, observándolo con sus fríos ojos felinos. El pelo le caía por los hombros en una salvaje mata de rizos castaños. Un pelo que incitaba a acariciarlo con los dedos.

Las manos le vibraron al pensarlo, y tuvo que apartar esa imagen de su mente. Lo último que Holly deseaba era que él la tocase, de modo que se mantuvo quieto, esperando, oyendo los latidos de su propio corazón y el suave grito de una lechuza en el bosque.

—¿Qué clase de pastel dijiste que habías hecho? —le preguntó ella tras unos segundos que parecieron horas.

—¿Qué? —dijo él frunciendo el ceño, sin entender.

—Antes dijiste que habías hecho un pastel —se acercó un poco más, con recelo, pero sin la furia de antes—. ¿De qué clase?

—De chocolate —Guy abrió la nevera y sacó el pastel. Estaba torcido, pero no tenía mal aspecto Con nata batida —lo sostuvo en alto, ofreciéndoselo—. ¿Quieres probarlo? —le preguntó con cautela—. ¿O tirármelo a la cara?

Un atisbo de sonrisa se asomó a los labios de Holly.

—Antes tendré que probarlo, para decidir qué puede darme más satisfacción.

Guy se dio cuenta de que le estaba ofreciendo una tregua y sintió una ola de alivio. Había estado dispuesto a arrastrase si fuera necesario; después de todo, ella se merecía que lo hiciera.

Holly sacó dos platos del armario, un cortador y dos cucharas de un cajón y lo dejó todo sobre la mesa. Guy desistió de cortar el pastel en porciones y lo sirvió a cucharadas en los platos. A pesar de la poca luz, pudo ver el brillo de regocijo en los ojos de Holly al contemplar la masa grumosa de choca late.

El primer bocado que dio fue tan pequeño como vacilante.

—No está mal. ¿De qué está hecha la pasta?

—De barquillos de vainilla —tomó él mismo un bocado y decidió que era comestible—. Mi hermana me lo hacía en ocasiones especiales.

—¿Qué clase de ocasiones especiales?

Era una conversación intrascendente, pero sólo el hecho de que le estuviera hablando ya era un milagro.

—Por mi cumpleaños, o si conseguía estar una semana sin hacer una trastada en el colegio , o , si mi padre volvía a casa a tiempo para cenar... Esa sí que era una ocasión especial.

Había algo en estar sentado a la mesa de la cocina con una mujer, casi a oscuras, comiendo pastel de chocolate. Algo... acogedor. Una especie de comodidad que Guy no había sentido antes.

—¿Y tu madre?

—Era italiana, con grandes ojos castaños y una sonrisa que volvía idiotas a los hombres —se llevó otra cucharada de pastel a la boca—. Yo tenía once años cuando decidió que viajar con un grupo de rock era más interesante que un operario de fábrica y dos hijos. Para mi padre fue un golpe muy duro.

—¿Y para ti? —le preguntó con calma.

—Tenía a mi hermana, Susan —respondió encogiéndose de hombros

Era cuatro años mayor que yo y se ocupó de la casa como si fuera un sargento se dio cuenta de que hacia mucho tiempo que no pensaba en aquel tiempo pasado—. Después de godos que iba a casarse y a tener seis hijos, dos perros y tres gatos.

—¿Y los tuvo?

—No —se quedó con la vista fija en el plato. Susan siempre había sido perfecta. Ojalá él le hubiera prestado más atención cuando intentaba enseñarle a cocinar—. Murió a los veinticuatro años. De cáncer de mama. Parece que cuidó de todo el mundo menos de ella misma.

Holly contuvo la respiración por unos segundos, y soltó el aire de golpe.

—Oh, Guy, lo siento mucho...

—Fue hace mucho tiempo —a veces parecía que habían pasado cien años; otras, sólo una semana—. Fue al colegio con Flynn Sinclair.

—¿El mismo Flynn Sinclair que me envió una invitación de la familia Fortune hace varios meses? .

Él asintió, viendo cómo su expresión cambiaba de la tristeza a la sorpresa.

—Siempre estuvo dispuesto a ayudar a Susan en lo que fuera.

—De modo que es él el amigo a quien le estás haciendo un favor —lo miró pensativa a la tenue luz—. El motivo por el que has venido.

—Sí. Mira, Holly… —apartó su plato y se inclinó hacia ella—, hoy he hablado con Flynn. Me ha dicho que tu tío está en el hospital. No saben qué le pasa, pero le están haciendo muchas pruebas. Tu tía Miranda ha preguntado si sería posible que al menos llamaras.

Vio la duda en sus ojos, pero Holly negó lentamente con la cabeza.

—Guy, siento que esté enfermo, pero eso no supone ningún cambio para mí. También siento que hayas venido hasta aquí para nada. Los Fortune no significan más para mí que recuerdos del pasado, de los fríos inviernos en los que mi madre no ganaba el dinero suficiente para calentar la caravana donde vivíamos. O de las prendas usadas que yo tenía que vestir y que provocaban las burlas de los otros niños. De las fiestas de cumpleaños a las que nunca pude asistir. De los chicos con los que nunca salí o a los que no llevé a casa porque mi madre se pasaba casi todo el tiempo tirada en el sofá, ahogando en el alcohol el dolor por un hombre que nunca se había preocupado por ella.

—Cameron Fortune era un bastardo y un imbécil irresponsable —dijo Guy—. Pero antes de incluir a tu familia en la misma categoría, deberías darles una oportunidad, al menos.

—¿Y por qué debería hacerlo? —se puso de pie y se acercó a la ventana, desde donde contempló muy rígida la noche—. ¿Porque por mis venas corre sangre Fortune? Hace falta más que eso para formar una familia.

Él se aproximó a ella, pero mantuvo las manos en los bolsillos para no tocarla.

—Tienes razón. Hace falta que la gente se preocupe por ti, que estén a tu lado cuando los necesites, que te acepten tal y como eres. Gente con la que puedas discutir y enfurecerte, pero de la que nunca te separes.

Ella negó con la cabeza.

—Si crees que quiero o necesito eso de los Fortune, te equivocas. He vivido veintiséis años sin ellos, Guy, y estoy muy bien así.

—¿Lo estás?

Ella se volvió para mirarlo, con los ojos entornados y los labios apretados.

—No puedes irrumpir en mi vida durante unos días y pensar que me conoces. No sabes lo que quiero, ni lo que pienso ni lo

que siento.

—Tal vez no —repuso él—. Pero dime que nunca te has preguntado si alguno de tus primos o de tus tías no tiene los mismos ojos que tú, o el mismo color de pelo, la misma voz… Si no se sentarán todos juntos el Día de Acción de Gracias y reirán en compañía. Dime que nunca te has preguntado, ni una sola vez, si tal vez hubiera un sitio en esa mesa para ti.

—No.

—Hay algo que no sabes hacer bien, Holly —le dijo con una sonrisa—, y es mentir. Tus ojos siempre te delatan.

—Tal vez tú podrías enseñarme —replicó ella alzando el mentón.

—Ya sé que merezco esa opinión de ti, pero no dejes que tus sentimientos hacia mí te impidan descubrir la verdad. Es más fácil lamentar haber hecho algo que lamentarse por no haber hecho algo que se deseaba hacer.

—¿Ah, sí? —preguntó ella tranquilamente.

Le mantuvo la mirada, y luego la bajó hasta su boca. A Guy se le aceleró el pulso y el calor se le propagó por las venas.

Sólo eso. Una simple mirada y él sentía que una poderosa necesidad lo acuciaba.

Agradecido por tener las manos en los bolsillos, retrocedió. Si la tocaba en ese momento, si la tomaba en sus brazos, no podría parar. Las emociones estaban a flor de piel, y él se estaría aprovechando de la situación si se la llevaba a la cama.

Sabía que si hacían el amor, a la mañana siguiente sólo tendría el desprecio de Holly.

Le costó toda su fuerza de voluntad no cubrir la distancia que los separaba para entrelazar las manos en aquella salvaje melena y tomar lo que ella le ofrecía.

Al mantenerse apartado, vio cómo el deseo de sus ojos se desvanecía y en su lugar aparecía una mirada vacía y superficial que se le clavó en su interior.

—Holly…

—Puedes quedarte hasta que venga el tasador, pero sólo con la condición de que no vuelvas a mencionar a los Fortune.

Él suspiró y asintió.

—Me parece justo.

—Es más que justo, Blackwolf. Pero puesto que soy el motivo por el que estás aquí, lo menos que puedo hacer es ofrecerte

alojamiento durante unas pocas noches.

—Gracias.

Ella pasó a su lado y se detuvo en la puerta.

—Ryan y Miranda Fortune tendrán que aceptar que no voy a volver a Texas, y tú también. No hay nada que me espere allí. Nunca lo hubo, y nunca lo habrá.

Guy la vio marcharse, oyó el ruido de la puerta de su dormitorio al cerrarse, y se preguntó si realmente Holly creía lo que acababa de decir.

Capítulo 7

La recolección de fondos anual para la escuela de Twin Pines era el evento más importante del verano. Los habitantes del pueblo, así como gente de pueblos vecinos, llenaban el centro comunitario. Aquel año el tema era italiano: el olor a orégano, cebolla y lasaña impregnaba el fresco aire nocturno, y las risas y la animada conversación se entremezclaban con la música de la banda, que en ese momento tocaba el tema principal de El padrino.

Al entrar en la sala, Holly no puedo evitar una sonrisa. Manteles rojos, velas encendidas, garrafas de Chianti... Lo único que hacía falta para completar la escena era tener entre los presentes a Marlon Brando y Al Pacino. Entonces vio a Guy, que estaba hablando con Ed Burton, el administrador de correos, y la sonrisa se le desvaneció.

Se dijo a sí misma que aquello no era una cita. Ni nada que se pareciera a una cita. En los últimos cuatro días, desde aquella noche en la cocina, apenas se habían visto el uno al otro. Guy se había pasado casi todo el tiempo en el garaje con Quincy, y ella se había reunido todas las noches con Lois y Lilah, las presidentas de la recolecta. Cuando Guy se ofreció para ayudar como voluntario, Holly no pudo negarse. Después de todo, era por el bien de los niños. Pero aunque fueran juntos a la recolecta, no significaba que estuvieran «juntos».

Aun así, cuando vio cómo Janet Mercer se unía a Ed y a Guy y miraba a este ultimo con sus grandes ojos azules, los dedos de Holly se aferraron con fuerza al vaso de ponche. Aquella rubia, de treinta y tres años y divorciada, siempre estaba al acecho, y no había duda de que consideraba a Guy un buen candidato que añadir a su lista de trofeos. Cuando se echó a reír y se inclinó hacia delante, sus pechos estuvieron a punto de salirse del amplio escote de su blusa amarilla. Llevaba una falda de piel negra, muy corta y ajustada, y unos zapatos de tacón alto. Sólo le faltaban las alas para parecer un abejorro, pensó Holly.

—Demonios, ése sí que es un hombre atractivo.

Estuvo a punto de escupir el ponche al oír el inesperado

comentario tras ella. Bob se situó a su lado, con un plato de plástico lleno de pasta, y miró al trío.

—Supongo —dijo Holly, intentando aparentar indiferencia. En realidad, creía que Guy tenía un aspecto arrollador. La camisa gris que llevaba puesta acentuaba el color de sus ojos, y los pantalones negros se ceñían perfectamente a su trasero—. Si te gustan los tipos duros y atractivos, encantadores y un poco peligrosos.

—Curioso —dijo Bob, llevándose una aceituna a la boca—. Nunca pensé que Ed fuera así.

—Ah —Holly sintió cómo se ruborizaba—. Creía que estabas hablando de... Quiero decir...

—Sólo estaba bromeando —le aseguró Bob con una sonrisa—. Todo el mundo sabe que Ed es un buen administrador de correos, pero el pobre debió de perderse cuando Dios repartió el atractivo entre los humanos. A propósito —la miró de arriba abajo—. Estás muy guapa, cariño. ¿Es nuevo el vestido?

—La verdad es que no —había visto el vestido negro de seda en un catálogo. Había pensado que no podía permitírselo y no sabía en qué ocasión podría llevarlo, pero aun así no pudo resistirse a comprarlo. El vestido había estado en su armario casi un año, así que no era del todo nuevo, aunque nunca se lo había puesto.

No había pensado ponérselo aquella noche. Había elegido una camiseta blanca de algodón y una falda larga con estampados de flores, cuando el vestido negro pareció susurrarle: «A mí, vísteme a mí». Era absurdo tener un vestido así y no usarlo. Pero no se lo ponía por nadie más que por ella misma, pensó firmemente mientras su mirada volvía a Guy.

Sólo había querido tener buen aspecto, eso era todo. Quería sentirse bien consigo misma. Aquella charla nocturna con Guy le había revuelto viejos sentimientos que creía superados. Sentimientos de infravaloración, de ser diferente, de no encajar con los demás.

Sentimientos de rechazo.

Cuando los dos estuvieran frente a frente en la cocina en penumbra, después de que ella hubiera firmado una tregua entre ellos, había creído ver algo en sus ojos. Algo que no tenía nada que ver con los Fortune y sí con lo que estaba pasando entre ellos. Había querido que la besara, y casi le había pedido que lo

hiciera.

Pero él no lo había hecho, así que una vez más había estado equivocada.

Sin embargo, cuando salió del dormitorio aquella tarde con el vestido puesto, vio un brillo de deseo en su mirada. Y al ver cómo la miraba de arriba abajo con aquellos ojos de depredador, sintió un hormigueo en la piel. Entonces él apartó la mirada y el momento pasó como si nunca hubiera ocurrido.

Y nada había ocurrido, ni estaba ocurriendo, ni iba a ocurrir entre ellos.

—Prueba un corazón —dijo Bob.

—¿Qué? —preguntó Holly, mirando a la mujer. —Un corazón de alcachofa aclaró, ofreciéndole el plato.

—Oh. Gracias. Tal vez uno pequeño...

Bob la miró con curiosidad mientras Holly tomaba un bocado.

—¿Quieres hablarme de ello?

—¿De qué? —frunció el ceño al ver que dos mujeres del círculo de lectores, Elma Johnson y Helen Lindsey, se unían al creciente grupo de féminas alrededor de Guy.

Ambas eran solteras y muy atractivas, y habían llegado recientemente a Alaska después de oír que allí abundaban los hombres disponibles. A Holly le gustaban las dos.

Entonces, ¿por qué sintió un repentino deseo de arrancarles los ojos?

—Holly.

—¿Mmm? —murmuró mirando a Bob.

—Te estás tomando un aguacate sin pelarlo. Holly dejó de masticar y puso una mueca al darse cuenta de lo que hacía. ¡Puaj!

—Siempre me los como así —para demostrarlo, siguió masticando—. En la piel están todas las vitaminas y minerales.

Bob sonrió y le dio una servilleta. —Lo llevas mal, ¿verdad?

Holly escupió delicadamente la piel en la servilleta y tomó un sorbo de ponche.

—No sé de qué estás hablando.

—Lo que tú digas, cariño —Bob se encogió de hombros—. Pero he tenido tres maridos y cinco hijos. Sé muchas cosas sobre los pájaros y las abejas. Y chica... —se llevó un bocadito de queso a la boca y se alejó, mirándola por encima del hombro—, a ti te han picado.

Menuda ridiculez, pensó Holly. Tal vez encontrara sexy a Guy y tal vez se sintiera atraída hacia él. ¿Y qué? Eso no significaba que «lo llevara mal» o «que la hubieran picado».

Guy se marcharía a la semana siguiente. Estaba previsto que el tasador de la compañía de seguros llegara el miércoles para examinar el avión, y aunque Guy no se lo había dicho, Holly sabía que su intención era regresar a Seattle con ese hombre. No tenía motivos para quedarse.

Tomó otro sorbo de ponche. Ningún motivo.

Cuando volvió a mirarlo, vio que Ed Burton se había alejado pero que había cinco o seis mujeres más en torno a Guy. Sin duda las estaba fascinando con sus historias de piloto audaz e intrépido. Les estaría relatando con todo detalle su accidente en el lago, y cómo había escapado por los pelos a la muerte.

La conversación parecía muy animada, y a Holly la irritó que todo aquello le interesara. Guy estaba negando inflexiblemente con la cabeza mientras Elma y la directora adjunta del refugio, Linda Thornton, se enfrentaban en acalorada discusión.

En contra de su voluntad, Holly atravesó el mar de personas que atestaba la sala hasta acercarse lo suficiente para oírlas.

—Ella le salvó la vida, ¿no? —estaba diciendo Elma—. Habría muerto de no ser por ella. ¿Se te olvida eso?

Holly se quedó de piedra. ¿Estaban hablando de ella?

—Pues claro que no —respondió Linda—. Pero eso no significa que pueda arrancarle el corazón y pisoteárselo.

«Yo no le he arrancado el corazón a nadie», pensó Holly mientras miraba incrédula la ancha espalda de Guy. ¿Qué les estaba diciendo a las otras mujeres?

—Tiene un corazón de hielo —oyó que decía, y a punto estuvo de soltar un grito ahogado—. En una tormenta de Alaska hay más calor que en esa mujer.

Oh, ¿así que era eso? Se acercó aún más, con los ojos entornados. Tal vez tuviera que arrancarle el corazón, después de todo.

—Ella lo ama —le dijo Linda a Elma—. Cualquiera con un poco de cerebro puede verlo. ¿Por qué no le dice la verdad, simplemente?

Holly se llevó una mano a la boca. Ella no lo amaba. ¿Qué le pasaba a todo el mundo? Tal vez estuviera interesada...

preocupada. Pero, ¿eso era amor? De ningún modo.

Estaba abriendo la boca para dejar eso claro, cuando Helen intervino:

—¿Cómo puede decirle la verdad ahora, después de que los médicos le hayan dicho que nunca podrá tener hijos? Ella sabe que él quiere tener niños. Si le ha mentido, es porque lo ama.

Holly se quedó boquiabierta. Los médicos nunca le habían dicho eso. ¿De qué demonios estaban hablando?

—En mi opinión, Gerald está haciendo lo que cree mejor —dijo Guy—. Marcharse y cortar los lazos.

—Victoria lo sacó de un edificio en 'llamas''—dijo Helen en defensa de esa mujer—. ¿Cómo no puede ver él que lo ama?

Guy negó con la cabeza.

—Gerald no puede leer los pensamientos de Victoria. Ella tiene que decirle lo que quiere y dejar que él tome su propia decisión.

El comentario de Guy provocó que la discusión se avivara aún más. Holly estaba absolutamente perpleja hablando de un culebrón televisivo, por amor de Dios. Una inmensa ola de alivio la inundó al darse cuenta de que no se referían a ella. De modo que era eso lo que Guy hacía por las tardes, pensó mientras una sonrisa curvaba sus labios. Ver Storm s Cove. Aquel hombre era increíble.

Le puso una mano en el hombro y les sonrió a las otras mujeres.

—¿Os importa si me lo llevo prestado durante un rato? —preguntó dulcemente.

Guy prometió que llevaría las cartas del bingo al puesto del sorteo.

Hubo gruñidos de desaprobación y miradas de anhelo, pero, con desgana, dejaron que se lo llevara.

—Una vez más, te debo la vida —le susurró él al oído mientras se alejaban—. Era una situación insoportable.

—Eso pensé yo. Pero no intentaba salvarte a ti, sino a las mujeres.

—¿Qué se supone que significa eso? —preguntó, con los ojos muy abiertos con una mueca de inocencia.

—No importa —le dio una palmadita en la mano—. ¿Tienes hambre?

—Mucha —la recorrió con la mirada y, por un momento, ella

vio la misma expresión que había tenido cuando la vio con el vestido. Una expresión hambrienta que no tenía nada que ver con la comida. Tuvo que obligarse a sí misma a seguir respirando.

La banda empezó a tocar una nueva, canción, lenta y sensual.

—Deberíamos hacer algo al respecto —murmuró ella.

—Completamente de acuerdo.

Holly se quedó sin aire cuando él la estrechó entre sus brazos, y sintió que el calor de su mirada la atravesaba como una flecha de fuego. De repente, se encontró en la pista de baile entre las otras parejas.

—No me refería al baile —dijo, pero deslizó los brazos hasta sus hombros y se maravilló con el tacto de sus músculos bajo la camisa de algodón.

—Yo tampoco.

Maldita sea, se lamentó ella. ¿Por qué tenía que ser una sensación tan agradable? Todas aquellas noches, tendida en la cama, se había preguntado cómo sería alargar el beso que habían compartido. Cómo sería tener sus manos sobre ella, su boca, su cuerpo pegado al suyo, piel contra piel...

Aspiró su fragancia masculina, mezclada con olor a jabón y a loción, tan fresca como la brisa de Alaska. Cuando él le rozó la sien con su barbilla recién afeitada, un hormigueo de placer se extendió por su piel.

Ningún hombre había hecho que sus rodillas flaquearan ni que sus manos temblaran. Había sentido atracción física otras veces, pero nada que pudiera compararse a aquello.

¿Por qué ahora?, pensó con desesperación. ¿Por qué tenía que sentir aquello precisamente ahora, con aquel hombre, cuando juntos no tenían otro futuro que una aventura en la cama? Ella había planeado su vida con mucho cuidado y sabía exactamente lo que quería. Era muy arriesgado y peligroso apartarse del camino.

Se dijo que podía ser fuerte cuando necesitara serlo, pero cuando él apretó su cuerpo al suyo y le deslizó la mano por el trasero, Holly no deseó otra cosa que derretirse contra él y abandonarse a las sensaciones que la embriagaban. Definitivamente, aquél era un momento en, el que necesitaba ser fuerte.

No se derritió, pero tampoco se apartó.

—Así que te gustan los culebrones, ¿no? —preguntó, intentando que su tono fuera ligero.

—Por la tarde no retransmiten boxeo ni partidos de béisbol —se defendió él—. Y, además, Storm's Cove es un drama modernos que muestra claramente la condición humana.

—¿Y qué condición es ésa? —preguntó ella arqueando una ceja.

—El sexo y el deseo, por supuesto —respondió él con una sonrisa—. ¿Qué más, si no? —le hizo dar media vuelta e inclinarse—. ¿Te he dicho lo cautivadora que estás esta noche, querida?

Ella se echó a reír y se dijo a sí misma que aquel cumplido no significaba nada, que sólo sentía calor por estar bailando.

—Lo próximo será verte comiendo bombones mientras lees Life With Marcy Pruitt.

—Eres una mujer muy perspicaz —la hizo girar de nuevo y la guió a través de las otras parejas hasta el centro de la pista.

—¿Estás diciendo que lees Life With Marcy Pruitt? —aquella revista mensual trataba principalmente sobre recetas de cocina y artículos de costura. No era el tipo de lectura que Holly asociaba con un piloto robusto y varonil.

—No, no la leo, pero he visto muchas fotos de esa mujer. Y Helen le ha dicho a Elma que este mes publica un artículo que explica cómo hacer tachuelas decorativas, y una receta de galletas caseras. La verdad es que a cualquier hombre le gustaría encontrarse a esa mujer al volver a casa por la noche.

—¿Marcy Pruitt? —era famosa por su mermelada casera, no precisamente por su sensualidad—. ¿Estamos hablando de la misma mujer con gruesas gafas, pelo corto y terriblemente tímida ?

—La misma. Esas gafas son muy sexys.

—Ahora sí sé que me estás tomando el pelo.

—¿Eso hago? —le susurró al oído.

A Holly le costó toda su fuerza de voluntad no cerrar los ojos y apoyarse contra su hombro. Cuando sintió descender su mano por su espalda, una intensa ola de calor la abrasó por dentro.

Fue difícil determinar el momento exacto en que cambió el humor entre ellos. En un minuto él estaba sonriendo y al siguiente, su sonrisa se había desvanecido. Y ninguno de los dos pensaba ya en Marcy Pruitt y en sus tachuelas decorativas.

Guy la sujetó con fuerza por la cintura.

—Holly...

—¡Guy Blackwolf, eres un grandísimo embustero!

Sobresaltados, Guy y Holly se volvieron y vieron a Lois y a Lilah, observándolos con los brazos cruzados.

—Así que sabes bailar —lo acusó Lois, pero su tono era jocoso —. ¿Me lo dejas, Holly? Lilah y yo lo hemos echado a suertes y me ha tocado a mí primero.

Sonriendo, Holly se separó de sus brazos, sin saber si sentirse aliviada o decepcionada.

—Es todo tuyo, Lois —el corazón aún le latía fuertemente contra las costillas cuando se inclinó y le susurró a Lois al oído —: ten cuidado, no sabe mantener las manos quietas.

Los ojos de Lois se abrieron como platos, tanto como se iluminó su sonrisa. Casi golpeó a Guy al echarle los brazos encima. Éste miró implorante a Holly, pero ella se limitó a sonreír mientras se alejaba. Fuera de la pista de baile, Lilah aguardaba impaciente su turno.

Holly se acercó al grupo de música y les pidió que la siguiente canción fuera lenta. Los músicos aceptaron gustosos.

Hambrienta, se dirigió hacia la mesa de los canapés. Era hora de que Guy tuviese su merecido.

Tres horas más tarde, mientras Lois y Lilah estiraban el cuello sobre la multitud que abarrotaba la pista de baile, buscándolo, Guy se escurrió por la puerta trasera y salió a un patio. Le gustaban aquellas dos mujeres y no le importaba bailar un poco con ellas, pero ya era suficiente. Una risita más y se tiraría de cabeza al lago del que Holly lo había rescatado.

En el patio habían encendido una hoguera, y el olor a pino y a leña quemada impregnaba el aire nocturno. Había pequeños grupos de hombres y mujeres, riendo y hablando, y aunque Guy saludó a algunas personas que le habían presentado, siguió caminando. Dentro del edificio, la banda de música interpretaba una canción más animada, y el encargado del bingo gritaba los números.

Guy bajó por una escalera de piedra que descendía entre los cedros con vistas al lago. La luz de la luna se reflejaba en la superficie plateada, y los pequeños botes amarrados al muelle se balanceaban suavemente por las olas.

Aquel lugar estaba todo lo apartado de Texas que podía estar.

¿Qué había ido Holly a hacer allí? ¿A olvidar los recuerdos del pasado y empezar una nueva vida?

Y de ser así, ¿lo había conseguido? ¿O seguía cargando con ellos?

—Precioso, ¿verdad?

Guy dio un respingo y se giró. Holly estaba a unos metros, mirando el lago.

—Mucho —dijo, manteniendo la vista fija en ella.

Ella se acercó a un grupo de cedros, se llevó las manos a la espalda y se apoyó en un tronco.

—Hace tres años, cuando vine aquí y vi. por primera vez todo esto, no podía creer que fuera real —dijo tranquilamente—. Me sentía como en aquella película en la que la ciudad y la gente era todo una farsa, creada para engañar al protagonista.

—El show de Truman. Ella asintió.

—Pero no es así en absoluto. La gente de este lugar es la más sincera que he conocido —su mirada se paseó por la orilla, donde una fila de patitos seguía lentamente a su madre—. Aquí he encontrado algo que nunca había conocido.

Sus ojos tenían una expresión soñadora que hizo que a Guy se le formara un nudo en el pecho.

—¿Qué has encontrado?

—A mí misma —se volvió y lo miró con una sonrisa—. Me he encontrado a mí misma.

El se acercó y vio el resplandor de la luna en sus ojos dorados.

—¿Y quién eres tú? —le preguntó.

—Una mujer no muy distinta a las demás —respondió encogiéndose de hombros.

—¿Yeso te ha sorprendido? ¿Ser como las demás? —Sí —avergonzada, bajó la vista al suelo—. Ya sé que es ridículo.

—No he dicho que sea ridículo —era imposible no tocarla, así que le tomó la barbilla en la mano y le hizo levantar el rostro—. Pero no estoy seguro de entender por qué quieres ser como todo el mundo cuando estás muy bien siendo como eres.

Su piel era cálida y suave. A Guy empezó a formársele un nudo en la garganta.

—Guy —cerró los ojos y suspiró—. ¿Qué me estás haciendo?

Él percibió la tensión en su voz. Una mezcla de confusión, deseo, ira y anticipación. Y él también sentía todas esas cosas.

De la fiesta llegaba una seductora canción de Nat King Cole, los murmullos de las conversaciones, una risa femenina... Y sin embargo, allí de pie junto al lago, era como si estuvieran a kilómetros de distancia de la gente.

—No te haré nada que no quieres que haga, Holly —con el pulgar le acarició ligeramente la mejilla—. Ahora, pídeme lo que quieres que te haga.

Ella abrió lentamente los ojos y lo miró.

—¿Qué quieres hacerme?

—Todo —susurró, y se inclinó para rozarle los labios con los suyos—. Te deseo más de lo que jamás he deseado a una mujer. Quiero hacer el amor contigo.

A Holly le temblaba la mano cuando se la puso sobre el pecho. Él se quedó rígido, temeroso de que lo apartara, y temeroso también de que no lo hiciera. Esperó, con el corazón desbocado y sus bocas separadas apenas un centímetro.

Entonces los dedos de Holly se aferraron a su camisa y unió sus labios a los de él.

Capítulo 8

En los últimos días, Holly había estado convencida de que el primer beso le había hecho tener alucinaciones, y que el temblor de las rodillas y el revuelo interno sólo habían sido producto de su desatada imaginación.

Se había equivocado.

Aferrada a él, recibió la ansiosa embestida de su lengua con la suya propia. Guy sabía a moras, sin duda por las tartas caseras que Mabel Wistrom había llevado a la fiesta. La sensación era abrumadora y al mismo tiempo deliciosamente estimulante.

Viva. Se sentía completamente viva.

Oyó la llamada de mamá pato a los patitos y sintió la fresca brisa sobre los hombros desnudos. Como una peonza fuera de control, el mundo giraba frenéticamente en torno a ella.

Soltó un jadeo de protesta cuando él retiró los labios.

—Holly —le susurró con la respiración entrecortada—, tenemos que volver.

—¿Volver? —acercó los labios a su cuello y le dio un mordisquito. Guy dejó escapar un gemido—. ¿Quieres decir adentro?

—Por Dios, claro que no. Me refiero a tu casa —se echó a reír suavemente—. Volver a la fiesta es lo último que quiero hacer ahora —apretó contra ella la parte inferior de su cuerpo para explicarle lo que quería decir.

La volvió a abrazar con fuerza e inclinó la cabeza para reclamar su boca una vez más. Ella separó los labios para recibirlo, con todas las células de su cuerpo estremeciéndose. Para torturarlo, deslizó las caderas arriba y abajo, lentamente. Pero pronto descubrió que el tormento no sólo se lo daba a Guy, pues también ella estaba ardiendo de puro y salvaje deseo.

El se soltó, respirando con dificultad.

—Si haces eso una vez más, voy a olvidarme de que sólo veinte metros nos separan de trescientas personas.

¡Cielos! Ella sí que lo había olvidado. Y aunque la idea de hacer el amor allí, entre los árboles, acariciados por la suave brisa y oyendo el apacible oleaje del lago, era muy tentadora, no

era lo más sensato.

De pronto se oyeron unas risas, precedentes del patio, y el eco resonó en el aire nocturno.

No, definitivamente no era lo más sensato.

—Por aquí —le dijo a Guy y, tomándolo de la mano, lo guió entre los árboles.

Subieron por unos estrechos escalones y llegaron al otro lado del centro comunitario. Había varias personas deambulando junto a la fachada, por lo que se ocultaron rápidamente tras un seto. Holly se quitó los zapatos de tacón y empezó a reírse por lo ridículo de la situación, pero cuando él la abrazó y la besó con intensidad, la risa se convirtió en un jadeo.

Entonces los dos echaron a correr, manteniéndose en las sombras, sorteando arbustos, árboles y edificios. Ambos estaban riendo cuando subieron á toda prisa las escaleras de casa. A Holly se le escapó uno de los zapatos, que cayó rebotando por los escalones.

—Déjalo —le dijo Guy cuando ella hizo ademán de bajar a recogerlo. Abrió la puerta y la hizo entrar.

Una vez dentro, la presionó de espaldas contra la pared y su boca descendió en picado, dispuesto a devorarla.

Sin aliento, ella lo rodeó con los brazos y recibió sus besos, ardientes y apasionados. Nunca la habían besado con tanta desesperación. Nunca había sentido a cambio un placer tan intenso. Aquello la asustaba un poco, pero, cosa extraña, el miedo intensifica aún más el placer.

Y entonces las manos de Guy empezaron a moverse.

Por los costados, deslizándose arriba y abajo en largas caricias que la encendieron por dentro. Los dedos pasaron por las costillas y le acariciaron la parte inferior de los pechos, haciéndola estremecerse. Y cuando le tomó los pechos en las manos, soltó un fuerte gemido.

—Guy —susurró, cuando él apartó la boca para morderle el lóbulo de la oreja—. ¿Estás seguro de que...?

Perdió la capacidad para pensar cuando Guy le tocó los pezones con los pulgares y empezó a masajearlos en círculos. Un placer abrasador se propagó desde su entrepierna. Echó la cabeza hacia atrás mientras la boca y las manos de Guy la hechizaban sin descanso.

—¿Seguro de qué? —murmuró él, prodigándole besos y

mordiscos por el cuello.
—Tus costillas —respondió ella, con la voz cargada de deseo —. ¿Te encuentras bien?
—Desde luego —dijo, riéndose suavemente—. Estoy más que bien.
Y, para demostrárselo, la aupó en sus brazos y la llevó al dormitorio con paso firme y seguro. Holly sabía que la distancia que cubrieran juntos sería el viaje más largo que harían jamás, y que una vez empezaran, no habría vuelta atrás.
Sintió un momento de pánico. No por la idea de hacer el amor, lo cual necesitaba tanto como el aire que respiraba, sino de las posibles consecuencias. Temía que, al entregarle su cuerpo, le entregara también su corazón.
Pero entonces él se detuvo junto a la cama, la dejó suavemente en el suelo, le hizo levantar el rostro y le preguntó:
—¿Estás segura?
Y ella lo supo. Ya le había entregado el corazón.
El corazón que durante tanto tiempo había guardado y protegido celosamente pertenecía ahora a Guy Blackwolf.
Y con una seguridad que surgió de lo más profundo de su alma, asintió lentamente.
—Lo estoy.
Deslizó las tiras del vestido por los hombros y dejó que cayera a sus pies. Sólo llevaba unas diminutas braguitas negras de satén. Los ojos de Guy se oscurecieron ante la imagen de sus pechos desnudos, pero cuando fue a tocarla, ella negó 'con la cabeza.
—Todavía no —dijo, y empezó a desabrocharle la camisa, intentando concentrarse en la tarea en vez de en la penetrante mirada gris que la consumía. Con cada botón que soltaba, se sorprendía de que sus dedos se mantuvieran firmes mientras su corazón y sus sentidos la acuciaban furiosamente.
Cuando acabó con los botones, deslizó las manos entre las solapas de la camisa y extendió las palmas en el musculoso pecho desnudo. Guy ahogó un gemido, y cuando ella se inclinó y presionó los labios contra la cicatriz en forma de L bajo su clavícula, dejó escapar el aire en una exhalación entre— cortada.
—Necesito tocarte —gruñó con impaciencia.
Ella volvió a negar con la cabeza y fue bajando con los labios por su pecho.
—Me distraerás.

—Haré más que eso cuando te ponga las manos encima.

—Gracias por el aviso —murmuró ella.

—Es una promesa, cariño —dijo con voz áspera, y soltó una maldición cuando ella le pasó la lengua por un pezón.

Aquellas palabras encendieron aún más a Holly, que podía sentir los acelerados latidos de su corazón bajo las manos y la boca, la inminente explosión de energía contenida. Todo aquel poder masculino en sus dedos, esperando a ser liberado. Aquel pensamiento la excitaba y asustaba al mismo tiempo.

¿Quién era esa mujer?, se preguntó, como si hubiera salido de su propio cuerpo y se estuviera observando. Desde luego, no era alguien a quien hubiera conocido antes. La Holly Douglas que conocía nunca había sido una seductora ni una mujer fatal. Nunca había querido serlo.

Pero ahora sí quería serlo. Más de lo que nunca hubiera creído posible.

Una apremiante y primitiva necesidad se apoderó de ella. Le arañó suavemente el pecho, recorrió sus duros abdominales y llegó hasta la hebilla del cinturón. Entonces lo miró y vio las llamas de deseo en sus oscuros ojos. La feroz intensidad de su mirada la traspasó como un rayo. Lentamente, le bajó la cremallera y llevó la mano hasta la cinturilla de sus calzoncillos negros.

Mientras lo hacía, mantenía la mirada fija en sus ojos, deleitándose con la necesidad que veía en ellos. Guy la deseaba tanto como ella a él. De un tirón le bajó los calzoncillos y sólo entonces bajó la mirada.

Se quedó sin respiración.

Volvió a alzar la vista y vio que Guy sonreía maliciosamente y que sus ojos brillaban de regocijo y placer.

Sin tocarla, se inclinó más cerca, se quitó los zapatos y los pantalones y la besó ligeramente en la punta de la nariz.

—No te muevas —le susurró, y se alejó de repente.

«¿No te muevas?».

Holly contuvo la respiración hasta que él regresó, llevando un paquetito en la mano. Aliviada, dejó escapar el aire y se deleitó con la gloriosa imagen que Guy le ofrecía: piernas largas y poderosas, anchos hombros, esbeltas caderas... Parecía sentirse muy cómodo estando denudo y excitado. Dejó el envoltorio en la mesita y se volvió hacia ella. A Holly le dio un vuelco el corazón

al ver su mirada. Si no la agarraba en ese momento, sus rodillas cederían sin remedio y caería al suelo.

Le echó los brazos al cuello y juntos se tumbaron en la cama.

—No he dejado de pensar en esto —murmuró él mientras la besaba en la mandíbula y en el cuello—. Lo he intentado con todas mis fuerzas, pero no he conseguido sacarte de mi cabeza. No hacía más que preguntarme cómo serías...

—¿Cómo soy? —preguntó, jadeante. El fuego se propagaba por su piel. Quería saber todo lo que pensaba—. Dímelo.

El se apoyó en un codo para aliviarla de su peso y la miró a los ojos.

—Tierna —le susurró, besándole en la comisura de los labios —. Increíblemente dulce —le acarició suavemente el cuello—. Como una hechicera que me hubiese embrujado.

Ella se echó a reír, pero las palabras de Guy la hacían sentirse especial. Y necesitaba desesperadamente sentirse especial. Necesitaba saber que ella no era como las demás mujeres que Guy había conocido o las que conocería en el futuro. Pero no podía pensar en eso, ni siquiera se atrevía a preguntarse lo que pasaría cuando él se marchara.

Y entonces él bajó la boca hasta su pecho y fue imposible seguir pensando. Con un suspiro, cerró los ojos y se abandonó a las increíbles sensaciones que la recorrían. Arqueó la espalda y, entrelazando las manos en sus cabellos, lo presionó contra ella.

Guy había querido ser delicado con ella, pero sus jadeos y el modo en que se arqueó supusieron el fin de su autocontrol. La sujetó con fuerza y le devoró un pezón con un ansia que lo asombro a él mismo. Ella ahogó un grito ante el repentino cambio de actitud y le clavó los dedos en el cuero cabelludo.

—Guy —gimió—. Por favor... sí, oh, sí, sigue...

El desvió la atención al otro pecho y también gimió cuando sintió sus manos sobre los hombros y la espalda. La sensación de su endurecido pezón contra la lengua, y el sonido de su respiración acelerada, hacía que la sangre se le agolpara en las sienes. Sin poder resistirse, le quitó la minúscula prenda de satén y la tuvo completamente desnuda.

Con una mano descendió hasta el vientre y más abajo aún, hasta la fuente de su calor, y allí la acarició hasta que la oyó pronunciar su nombre.

Se acabó la lógica. La razón. El control. Tenía que poseerla.

Agarró el envoltorio de la mesita y lo abrió. Un momento después, le tomó el rostro con las manos rodeándolo con las piernas l tirando de y entonces él se deslizó en su interior.

Pareció que el mundo se transformaba por entero, que no existía nada ni nadie fuera de aquella cama. Sus miradas se encontraron y se mantuvieron. El contempló cómo sus ojos adquirían el color de las hojas otoñales, pasando de un intenso dorado a un cálido matiz ambarino. Semejante belleza lo dejó sin respiración. El corazón le dio un vuelco. Nunca había experimentado algo así en su vida, y no estaba preparado para la emoción que se aferraba a él como las garras de una bestia salvaje.

Pero cuando ella movió las caderas, cuando pronunció su nombre, cuando le deslizó las manos por el pecho hasta el punto de unión entre ambos cuerpos, el deseo renació con una fuerza que le arrebató hasta el último de sus pensamientos. Se movió dentro de ella, al principio lentamente, y luego más deprisa, llevándolos por la escalada de placer. Ella se aferraba a él, siguiendo el ritmo erótico de sus arremetidas.

Y cuando alcanzaron el límite, cuando no hubo otro lugar al que ir, los dos permanecieron fuertemente abrazados y juntos se lanzaron al éxtasis.

—Creo que no podré volver a moverme nunca más.

Holly se rió suavemente al oír el susurro ronco de Guy. Yacía junto a él, con una pierna sobre las suyas, la cabeza apoyada en su hombro y una mano descansado sobre su pecho. Sentía los poderosos latidos de su corazón, y sabía que se correspondían con los suyos propios. Aún le bullía todo el cuerpo de placer. Si fuera una gata, estaría ronroneando tan fuerte que hasta las paredes temblarían. Era sorprendente estar tan excitada y al mismo tiempo tan relajada.

En toda su vida sólo había tenido una relación íntima. Fue con un hombre de Texas con el que había estado saliendo una temporada y con quien se sentía cómoda. Pero aunque le tenía cariño, nunca había visto fuegos artificiales con él. Cuando hacían el amor, nunca parecían moverse los cimientos de la tierra ni le vibraba el alma.

Hasta ahora.

Aquél era un momento que tendría que guardar para siempre. Cuando Guy se marchara, eso sería todo lo que le quedaría.

Se apresuró a apartar esos pensamientos y el dolor que llevaban consigo. Estaba decidida a disfrutar del poco tiempo que tuvieran. Tres días. Menos de setenta y dos horas. Había que aprovechar cada segundo.

Lentamente, se estiró y se apoyó sobre un codo. Guy tenía los ojos cerrados y respiraba tranquilamente.

—Blackwolf, si te duermes, pienso arrancarte los pelos del pecho uno a uno.

El abrió los ojos con una mueca.

—Así que te gustan las torturas, ¿eh? Nunca lo hubiera pensado de ti. Holly Douglas, la Señora del Dolor y de los Placeres Terrenales.

—Eres imposible —sacudió la cabeza y le pasó los dedos por el pecho.

—Y tú eres increíble —respondió él acariciándole la mandíbula.

El simple tacto de su dedo bastó para hacerla arder de la cabeza a los pies. Quería creerlo, quería creer que lo ocurrido entre ellos era tan especial para él como para ella

Quizá la ignorancia fuera una bendición, pensó. Tal vez había ocasiones en las que era mejor no saber la verdad.

Decidió que sería más fácil para ambos si mantenían las cosas en un nivel simple y sencillo. Le sonrió con ternura y le acarició el pecho con las uñas.

—Blackwolf —murmuró—. Un bonito nombre irlandés.

—Mi padre era cherokee y mi madre era de Nápoles. Se conocieron cuando él estaba en la Fuerza Aérea y ella trabajaba de camarera en un club. No recuerdo mucho de ella, salvo que era muy hermosa y que me gritaba mucho. «Guitano Antonio Blackwolf, eres un niño muy malo. Se lo diré a papá cuando llegue a casa».

—¿Guitano Antonio? —repitió ella con una sonrisa—. ¿Y de verdad eras tan malo?

En un abrir y cerrar de ojos, se encontró de espaldas y con él encima, mirándola con una maliciosa sonrisa.

—Muy malo —le murmuró con voz ronca, antes de besarla en la boca.

Su beso fue intenso, prolongado y sorprendentemente suave. Holly lo rodeó con los brazos y se abandonó por completo. Y mientras la pasión volvía a crecer entre ellos, hizo algo que

nunca se había permitido hacer antes.

Enamorarse.

Cuando Guy despertó, cuatro horas más tarde, se encontró solo en la cama. Vio en el reloj de la mesilla que eran las cuatro y media de la mañana.

Demasiado temprano para levantarse, pensó. No sólo porque era domingo, sino porque ninguno de los dos había dormido mucho durante la noche.

Sonrió al recordar con detalle en— qué habían empleado el tiempo. El tacto de su piel bajo las manos, el modo en que se encendía cuando él la tocaba, en sus labios entreabiertos y sus ojos resplandecientes cuando penetraba en su interior... Era imposible recordar esas cosas y no desearla cada vez más.

Pero la sonrisa se le desvaneció al pensar que él no tenía lugar en su vida, ni ella en la suya. El pasaba en el aire la mayor parte del tiempo, viajando con frecuencia a zonas remotas. Había visto a Holly con los niños de la escuela y sabía que sería una madre estupenda, mientras que él sería un padre que nunca estaría en casa. Y sabía muy bien lo que significaba eso para un niño.

Con un profundo suspiro, se levantó de la cama y se puso los pantalones que había llevado la noche anterior y que estaban en el suelo. Se pasó las manos por el pelo y se dirigió hacia la cocina.

Allí encontró a Holly. Estaba de pie junto a la ventana, con su bata anudada a la cintura, contemplando las primeras luces del alba. Su larga melena le caía alborotada por los hombros, tenía la piel sonrojada y los labios seguían hinchados por los besos. Guy pensó que nunca le había parecido más hermosa. Quería saber lo que estaba pensando, lo que estaba sintiendo, pero, por alguna razón, intuyó que no tenía derecho a preguntárselo.

Esperó un momento, hasta recuperar la respiración, y entonces se puso tras ella.

—Hola —la saludó suavemente.

—Hola.

El alivio lo inundó cuando ella se apoyó de espaldas contra él. Sólo entonces se dio cuenta de que había tenido miedo de que ella se hubiera aleado. Miedo de que se hubiera arrepentido. La rodeó con los brazos y los dos permanecieron en silencio, pasando de la pasión nocturna a la realidad de un nuevo día.

—Hablé con él una vez —dijo ella tranquilamente—. Una sola vez en toda mi vida.

Su voz tenía un cierto tono superficial, y Guy supo que se refería a Cameron Fortune.

—Yo tenía ocho años —siguió con la vista fija en la ventana, sin pestañear—. Mi madre había estado bebiendo y lo llamó. Le suplicó que hablaran, que viniera a casa a conocerme.

Guy quería hacerla callar y volver a besarla y hacer el amor. Lo que fuera para hacerle olvidar los malos recuerdos. Pero supo instintivamente que ella necesitaba contárselo.

—Estuvieron discutiendo —siguió tras un momento—. Cuando mi madre empezó a llorar, agarré el teléfono y le rogué que fuera mi papá y que viniera a cuidarnos a mí y a mi mamá.

Fuera, una camioneta cargada con aparejos de pesca pasó junto a la casa.

—Son Jim Turner y su hijo, Skip —dijo ella con aire ausente —. Van al lago todos los domingos, antes de ir a la iglesia.

Guy presionó los labios y esperó. Entonces ella se giró lentamente y le miró el pecho.

—¿Sabes lo que me dijo? Me dijo: «Dile a tu madre que nunca más vuelva a llamarme». Y luego colgó.

Guy maldijo en voz baja y la abrazó con fuerza. Deseó que Cameron Fortune estuviera vivo para poder darle su merecido a ese bastardo.

—Tal vez tengas razón —dijo ella—. Tal vez tenga miedo de conocer a los Fortune. Miedo de que me rechacen —los ojos le brillaban cuando levantó la mirada—. Tal vez sea hora de afrontar ese miedo.

Él le puso un mechón de pelo tras la oreja. Lo que más deseaba en ese momento era llevarla a la cama.

¿Qué estás diciendo?

—Estoy diciendo… —lo miró fijamente a los ojos es que voy a ir a Texas.

¿Estás segura? —le preguntó él. Su mano se había quedado petrificada.

—Estoy segura.

—Entonces de acuerdo —dijo con un suspiro—. Iré contigo.

—Soy una mujer adulta, Blackwolf —replicó con una sonrisa torcida—. No tienes por qué venir conmigo.

—Sí —repuso él con calma—. Tengo que hacerlo. Ella lo miró

durante un largo rato, y finalmente asintió y se acurrucó entre sus brazos. —Gracias.

Guy estaba perplejo. La única razón que lo había llevado a Texas era intentar convencerla para que conociera a su familia. Y ahora que ella había accedido, ¿por qué tenía el impulso de hacerla desistir?

Maldito fuera si lo supiese.

Desconcertado, se limitó a abrazarla y a decirse a sí mismo que si algún miembro de los Fortune se atrevía a hacerle daño, tendría que vérselas con él.

Capítulo 9

La Texas que Holly conocía no había cambiado mucho en tres años. El pueblo de Gibson tenía un nuevo centro comercial, pero aparte de eso, todo seguía como antes. La gasolinera en la esquina de Henley Avenue y Ford Street seguía con el tejado de color verde desteñido. El poste rojo y blanco aún seguía girando en la peluquería de Billy, y el restaurante Mustang Diner aún tenía el cartel de neón con la forma de un caballo.

De niña, a Holly siempre la había fascinado ese cartel. Las patas se encendían y apagaban para simular el movimiento, y el caballo, con su crin volando al viento, galopaba y galopaba... Hasta que un día, cuatro semanas antes de que su madre muriera, Holly miró el luminoso y se dio cuenta de que, a pesar de todos sus esfuerzos, el caballo nunca llegaría a ninguna parte. Se quedaría siempre allí, como un hámster en una jaula giratoria.

Dos días después, había metido todo lo que pudo en su coche, había dejado su trabajo en la tienda y había puesto rumbo a Alaska.

Y ahora estaba de vuelta, frente a la pequeña caravana blanca en la que se había criado. Los nuevos propietarios habían realizado algunas mejoras: un porche vallado y una nueva entrada, además de un arriate con lupinas azules y trepadoras a las que no parecía importarles el sol abrasador de la tarde.

—¿Estás bien?

Giró la cabeza al oír la voz de Guy. La había estado esperando en el Taurus negro que habían alquilado una hora antes en el aeropuerto, pero había salido del coche y la abrazaba por detrás.

—Sí —le respondió con una sonrisa.

Parecía que había pasado una eternidad desde el día anterior, cuando habían salido de Twin Pines con el tasador de seguros después de que éste determinara que el hidroavión de Guy no tenía reparación posible. Habían pasado la noche en Seattle, en el apartamento de Guy, y por la mañana habían tomado un vuelo hasta San Antonio y desde allí habían conducido hasta el pueblo natal de Holly, donde se hospedaron en un motel.

Al día siguiente conocería a Ryan y a Miranda, pero aquella

noche quería estar allí, en el pueblo que la vio crecer, donde todo le resultaba familiar.

Donde podía estar cerca de Guy.

Sabía que su tiempo con él se acabaría pronto, pero se negaba a que eso le arruinase el placer que sentía al estar juntos. Sólo cuando regresara a Twin Pines y él a Seattle, se permitiría pensar en ello y enfrentarse al dolor. De momento, sólo quería recordar los exquisitos momentos de intimidad y pasión.

Así que sólo pensaría en el presente. Porque se trataba de eso, de un presente.

Sonriendo, se apoyó de espaldas contra él y apuntó a un bosquecillo a unos cien metros de la caravana.

—Tras esos robles hay un riachuelo. Cuando tenía doce años, solía ir a nadar allí con Timmy John y Billy Ray.

¿Timmy John y Billy Ray?

Holly se rió al oír su tono de incredulidad.

—Los hermanos Thompson. Vivían a tres caravanas de la mía. Tenían doce y trece años respectivamente, y por aquel entonces eran los únicos niños de mi edad de esta zona. En el año que vivieron aquí, me dejaron acompañarlos varias veces.

—¿Ah, sí? —preguntó Guy con una ceja arqueada—. ¿Hicieron algo por lo que deban lamentarse si les pongo la mano encima?

—Eran unos perfectos caballeros —dijo ella—. De hecho, Billy Ray soltó una palabrota delante de mí una vez, y su hermano le puso un ojo morado y lo obligó a disculparse. Yo me enamoré locamente de Timmy John, y desde ese momento lo seguí a todas partes. Pero a los dos meses, se fueron y desde entonces no he vuelto a verlos.

—Mejor así —dijo él, apretándola con fuerza—. No te imagino viviendo aquí con alguien llamado Timmy John y un montón de Timmy John en miniatura tirando de tu bata de algodón.

—¿Ah, no? —lo miró por encima del hombro—. ¿Y cómo me imaginas?

—Vistiendo seda negra —respondió, y le mordió una oreja—. Entre sábanas blancas de satén, con un collar de diamantes y rociada con perfume de mil dólares el frasco.

Holly sabía que estaba bromeando, pero sus palabras la sedujeron tanto como sus labios. Desde que hicieron el amor, no

había duda de que se deseaban mutuamente, de modo que no había juegos de astucia o fingimiento, sino una franqueza, una honestidad y una intensidad que ella nunca hubiera creído posibles.

Disfrutaría de cada segundo que pasara a su lado, se dijo a sí misma. Sin lamentaciones.

—¿Un perfume de mil dólares? ¿Dónde podría conseguir eso?

—En París —murmuró él—. Volarías en tu avión privado para desayunar en Versalles, y por la tarde te irías de compras.

—¿Y por la noche? —cerró los ojos y se estremeció cuando volvió a mordisquearle la oreja—. ¿Qué haría por la noche?

—Bueno... tendrías que volver a casa a tiempo para prepararle la cena a tu marido y a tus ocho hijos, desde luego. Un hombre necesita comer, ¿no?

—Buen intento, Blackwolf —dijo ella, riendo—, Pero yo no cocino, ¿recuerdas? ¿Seguro que no estás fantaseando con Marcy Pruitt en esas sábanas de satén?

—No —la hizo girarse y le rozó los labios con los suyos—. Ven al motel conmigo y te enseñaré con quién y con qué he estado fantaseando.

Sonriendo, Holly le tocó la mejilla con la punta de los dedos.

—De acuerdo.

Cuando Guy introdujo la llave en la cerradura de la habitación, oyó que el teléfono estaba sonando. Miró a Holly y vio que la sonrisa que había mantenido hasta entonces se desvanecía de sus labios.

—¿Quieres que conteste yo? —le preguntó él.

Ella negó con la cabeza y se acercó al teléfono de la mesita de noche. Aguardó unos segundos, respiró hondo y levantó el auricular. —¿Diga?

Miró a Guy y a éste se le hizo un nudo en la garganta al ver el miedo en sus ojos. Cuando ella se giró, dándole la espalda, tensó la mandíbula y se metió las manos en los bolsillos para resistir el impulso de tocarla. Sabía que Holly quería hacer eso por sí misma. Necesitaba hacerlo.

—Sí, eso sería perfecto —dijo, mientras escribía algo en una nota de papel—. De acuerdo. Hasta mañana, entonces —colgó tranquilamente y se quedó mirando el auricular.

—¿Algún problema? —preguntó Guy.

—Era Miranda. La... —dudó un momento— la hermana de mi

padre. Ha dicho que Ryan sigue en el hospital. Está mejorando, pero los médicos quieren tenerlo en observación unos cuantos días más. Me ha preguntado si podría verla mañana en el rancho, a las dos y media. Tiene que ocuparse de algunos negocios de Ryan —se dio la vuelta y agarró su maleta—. Tengo la dirección. No estaba segura de si habías estado alguna vez en el rancho. Por lo visto, es impresionante.

Guy la observó abrir la maleta y rebuscar en su interior con manos temblorosas.

—O si prefieres quedarte aquí —siguió hablando—, puedo llevarme el coche y volver a tiempo para cenar. O podría dejarte en algún sitio y así podrías...

—Holly —cubrió la distancia que los separaba, la sujetó por los hombros y la hizo girarse.

—¿Qué? —sus ojos estaban muy abiertos y parecían inocentes, pero a pesar de su aspecto y de su cháchara, Guy vio su preocupación.

—No pasa nada por estar un poco nerviosa.

—No digas tonterías —dijo ella riendo secamente—. No estoy nerviosa.

—Estás temblando.

—¿En serio?

—Sí. Siéntate.

—No puedo sentarme.

—¿Por qué no?

—Porque creo que voy a vomitar.

Riendo, Guy tiró del cuerpo rígido de ella hacia él.

—Respira hondo —dijo, mientras la hacía sentarse en la cama. Ella inspiró y soltó lentamente el aire—. ¿Mejor?

—Debes de pensar que soy una cría —dijo ella, asintiendo.

—No, no pienso que seas una cría —le entrelazó los dedos en el pelo—. Pienso que eres la mujer más valiente que he conocido. El hecho de que estés asustada no significa que seas una cobarde. Es el rechazo a enfrentarse con el miedo lo que nos hace cobardes. Como Zachary.

—¿Zachary?

—La cebra Zachary —sonrió al ver su expresión de asombro —. El cuento que les leíste a los niños el día que me pasé por la escuela. Estuviste fabulosa.

—Los fabulosos son los niños —dijo ella, ruborizándose.

«Te adoro», estuvo a punto de decir él, pero se contuvo. Le hubiera resultado fácil decirle esas palabras si quisiera burlarse o coquetear. Pero no podía hacerlo porque las sentía de verdad. Aquello lo asustó.

Y también le hizo preguntarse si...

Más tarde, se dijo a sí mismo. Pensaría en eso más tarde. De momento sólo quería abrazarla, calentar sus frías manos y aliviar la preocupación de sus ojos.

—No me ha parecido una persona horrible —dijo ella, apoyando la cabeza en su hombro cuando él la abrazó.

—¿Miranda?

—Siempre pensé que todos los Fortune serían horribles.

—Tenías derecho a pensar así —notó que había dejado de pensar. Se llevó una mano a los labios y la besó en cada nudillo, sintiendo cómo el calor volvía a sus dedos.

—De Cameron Fortune, sí —suspiró y relajó los hombros—. Pero suponer que todos sus parientes eran iguales que él no era muy razonable. Cuando me fui a Alaska, me convencí a mí misma que nunca había vivido en Texas. Que todas las muestras de compasión, todo el sarcasmo recibido y todas las miradas de reojo desaparecerían de mi memoria. Cuando recibí la primera carta, me enfurecí tanto que la quemé. Las tres que siguieron las reenvié sin abrirlas siquiera. Creía que se acabarían cansando y que me dejarían en paz —se separó de él y lo tocó en la mejilla mientras lo miraba a los ojos—. Entonces apareciste tú. Con cierto dramatismo, debo añadir.

—Pero capté tu atención, ¿verdad? —se burló él, y le dio un beso en la palma.

—Oh, desde luego —dijo ella sonriendo—. ¿Pero sabes lo primero en lo que me fije de ti?

—¿Mi encantadora personalidad? —le mordisqueó suavemente los labios y sintió cómo a Holly se le aceleraba el pulso—. ¿Mi extraordinario sentido del humor? ¿El modo tan varonil con que me hundí al estrellarme con el avión?

Holly se echó a reír mientras él le besaba el brazo hasta el codo.

—Tus pies.

—¿Mis pies? —repitió él, mirándola con el ceño fruncido.

—Ajá —murmuró ella—. Cuando estabas en la consulta de Doc, sentado en la camilla, pensé que tus pies desnudos eran

muy sexys —cerró los ojos—. ¿Te importaría seguir con lo que estabas haciendo, por favor?

—¿Qué? Ah —siguió besándola por el codo—. Vaya, si hubiera sabido que te fascinaban mis pies, me habría quitado los zapatos y los calcetines y hubiera ido a todas partes caminando sobre mis manos.

—Yo no he dicho que me fascinaran —soltó un suspiro de placer únicamente me llamaron la atención.

—¿Qué más te llamó la atención? —le preguntó mientras descendía por el antebrazo.

—Vamos a ver… Creo que tienes una buena pose.

—Gracias —sonrió, sabiendo que Holly sólo estaba bromeando—. ¿Algo más?

—Las orejas —dijo con voz jadeante, y entrelazó los dedos en sus espesos cabellos cuando su boca se movió hasta un pecho—. Tienes unas orejas muy sexys.

—Así que te gustan mis pies, mi pose y mis orejas —le tomó los pechos con las manos, sobre el top de algodón—. Apuesto a que les dices eso a todos los hombres.

—Sólo a aquellos a los que quiero llevarme a la cama —soltó un gemido cuando él deslizó las manos bajo su top—. ¿Funciona?

De un rápido movimiento, Guy le quitó el top por encima de la cabeza.

—Oh, sí —murmuró, acostándola de espaldas—. Desde luego que funciona.

Era maravilloso ser poseída así, pensó ella. Cerrar los ojos y permitirse flotar en un mar de sensualidad donde no existía nadie más que ellos dos.

—¿Y qué es lo primero en que te fijaste tú de mí? —le preguntó, arqueándose hacia arriba cuando él le cubrió los pechos con sus grandes manos.

—Tus ojos —le susurró contra el cuello—. Me recordaron la miel silvestre.

Holly sonrió y ladeó la cabeza para permitir que la besara más libremente. Él aceptó la invitación y le prodigó besos ardientes a lo largo de la mandíbula y de la barbilla hasta encontrar su boca.

—Te he deseado desde el primer momento en que te vi. —le dijo suavemente, mientras le acariciaba los pezones con los pulgares—. No tocarte casi me volvió loco.

Holly sintió que el placer se propagaba por sus venas y le palpitaba en los pechos y en la entrepierna. Se retorció y, rodeándole el cuello con los brazos, tiró de él hacia ella.

—Tú sí que me estás volviendo loca ahora, Blackwolf. Hazme el amor. Por favor.

—Enseguida, cariño. Enseguida.

La besó, pero no con la pasión que ella ansiaba, sino con una ternura tal que a punto estuvo de hacerla llorar de amor. Con un gemido se aferró a él, deseando que aquel momento fuera eterno. Aquel hombre era dueño de su corazón, de su cuerpo, de su alma... Y ella quería entregarse por completo.

Pronunció su nombre en un susurro y le rogó que se diera prisa, pero él se tomó su tiempo para una prolongada y sensual exploración de su cuerpo que la dejó exhausta y preparada a la vez.

Las ropas cayeron al suelo, dejándolos piel contra piel. Los brazos de Guy eran como barras de acero, y sus piernas musculosas y perfectas. Holly se aferró a su fuerza masculina, sintiendo una desesperación como nada que hubiera sentido antes.

La necesidad la acuciaba, la pasión la guiaba, el amor la controlaba... Hundió las uñas en los hombros de Guy mientras él, con los dientes y con la lengua, hacía milagros en sus pechos.

El deseo la envolvió, filtrándose por cada poro de su piel. Podía saborearlo en los labios y en la piel de Guy, podía oírlo en su respiración entrecortada. Deseo, salvaje y maravilloso deseo. Le deslizó las manos por la poderosa espalda hasta los endurecidos músculos de su trasero, y percibió el remolino de calor en el interior de Guy. Se deleitó con aquel momento en el que él era suyo igual que ella era suya. Se hubiera reído, pero entonces él volvió a tomar posesión de sus labios.

Esa vez no hubo ternura en el beso. Fue un beso destinado a causar estragos, a consumirla. Holly sintió el calor abrasador y la misma necesidad que él, y oyó cómo los latidos de su corazón resonaban en su cabeza. No, no era un corazón... Eran dos, latiendo al unísono.

Jadeando, Guy apartó la boca de la suya.

—Holly —su voz era áspera y ronca.

Ella respondió rodeándole el cuello con los brazos y besándolo en la boca. Tenía los labios hinchados y húmedos, y

Guy pensó que jamás podría saciarse de ella. No importaba cuánto le diera o cuánto tomara él. No bastaba.

—Holly —volvió a decirle, apartándose—, mírame.

—¿Mmm? —intentó agarrarlo, pero él le tomó las manos y se las mantuvo sujetas sobre la cabeza.

—Mírame —repitió, luchando por respirar mientras la contemplaba.

Ella abrió lentamente los ojos y lo miró a través de una nube de pasión.

—Eres la mujer más especial y más hermosa que he conocido nunca.

Holly sonrió y relajó más su cuerpo, ofreciéndoselo. A Guy le hirvió la sangre, pero tenía que hacérselo entender.

—Quiero decir —añadió más suavemente— que nunca ha habido nadie como tú —y al pensar que nunca la habría se le hizo un nudo en la garganta y se intensificó el deseo.

—Gracias —murmuró ella, y como no podía tocarlo con las manos, lo recorrió con la mirada y movió las caderas.

Él soltó un gemido, pero mantuvo sujetas sus manos. La vista de su magnífico cuerpo estirado bajo él, con los ojos medio cerrados y empañados de deseo, la oscilación de sus generosos pechos... Se inclinó y la besó en cada pezón. Holly dejó escapar un suave jadeo, gritó su nombre y se arqueó hacia arriba, tensa como un arco. Pero él siguió agarrándole las manos. Necesitaba saber que era suya por completo.

—Ahora, por favor, ahora... —susurró ella—. Te necesito.

Nada podría haberlo excitado más que aquellas palabras. Algo en su interior se partió, y supo que no podía esperar ni un momento más.

—Sí —dijo, y se introdujo en ella—. Ahora.

El acero aterciopelado contra la seda suave; ojos depredadores fijos en ojos dorados como la miel. El ritmo se aceleró, las sensaciones crecieron vertiginosamente, y un salvaje e imprudente deseo los llevó al borde del placer y más allá.

Holly yacía en sus brazos, incapaz de moverse. Aún estaba flotando, y en su mente veía pasar las nubes junto a ella y respiraba un aire fresco y limpio. Se sentía renovada, renacida...

—¿Estás bien? —oyó que Guy le preguntaba por debajo de esas nubes. Lo único que pudo hacer fue asentir y suspirar.

Sintió que le acariciaba el cuello con un dedo, y el leve roce

bastó para que la invadiera una ola de calor. Se apretó contra él y se estremeció cuando el dedo alcanzó la cima de un pecho.

—Holly.

Haciendo un tremendo esfuerzo, abrió los ojos y lo miró. Guy tenía el pelo revuelo y los ojos intensamente grises.

—No quería que esto ocurriera.

—¿Cómo? —preguntó ella arqueando una ceja.

—Quiero decir antes, después de que hablaras con Miranda. Estabas nerviosa y preocupada. Sólo quería tranquilizarte.

—Pues lo has conseguido —apoyó la barbilla en su pecho y le sonrió—. Y muy bien, debo añadir.

—¿Sí? —dijo con una media sonrisa.

—Sí —le tocó suavemente la cicatriz de la sien. Parecía que habían pasado años desde que cayó del cielo e irrumpió en su vida. Se preguntó si, cuando todo terminara, él pensaría en ella al mirar la cicatriz.

La suya, en cambio, estaría en el corazón.

El le tomó los dedos y se los llevó a la boca.

—Sabes muy bien —murmuró, mordisqueándolos.

—Conozco un sitio en el pueblo por si tienes hambre —el pulso se le aceleraba con cada mordisquito de sus dientes—. Tienen unas costillas tan tiernas que se deshacen en tu boca.

Ahogó un grito cuando él la puso de espaldas.

—¿Costillas que se deshacen en tu boca? —le pasó la punta de los dedos sobre las costillas, y luego ascendió y le tomó los pechos—. Suena bien.

—¿Estás intentando distraerme otra vez? —preguntó ella, luchando por respirar.

—Sí —inclinándose, la besó en el vientre, en la cadera y en el muslo—. ¿Funciona?

—Oh, sí —dijo con voz jadeante mientras su boca seguía explorándola—. Oh, sí…

Capítulo 10

El Double Crown Ranch era todo lo que Holly había imaginado y más: el ganado que pacía en pastos que se extendían hasta el horizonte, los caballos que se agrupaban a la sombra de un viejo y bonito roble, las vallas de madera que se perdían en la distancia... Era la típica imagen de un paisaje texano.

Y era el hogar de Ryan Fortune.

Sentada junto a Guy en el coche, Holly se sentía como una niña. Quería aplastar la nariz contra la ventanilla y captar hasta el último detalle, y se hubiera puesto a soltar exclamaciones de asombro si las palmas no le estuvieran sudando y no estuviese temblando tanto por dentro.

Debería haberse puesto el vestido rojo en vez de la camiseta amarilla sin mangas y los pantalones caquis. No encajaba allí, entre tanta grandeza. No pertenecía a aquel lugar. Quería decirle a Guy que diera media vuelta con el coche y se marcharan.

No, se dijo a sí misma presionando los labios. No había vuelta atrás. Ya no.

—Si no respiras vas a desmayarte —le dijo Guy.

Ella se dio cuenta de que había estado conteniendo la respiración y lo miró avergonzada. No creía que hubiera podido hacer eso sin él. Dos semanas atrás, si alguien le hubiera dicho que iba a enamorarse de un hombre que no la amaría, y que ese hombre iba a acompañarla a Texas para conocer a la familia de Cameron Fortune, se habría echado a reír.

Dos semanas era mucho tiempo. Toda una vida, pensó mientras apartaba la vista del paisaje para mirar a Guy. Iba vestido con unos vaqueros, un polo negro y botas camperas, y parecía tan atractivo como relajado tras el volante. Era un hombre que se sentía tan cómodo consigo mismo como en compañía de otras personas. Un hombre que tan pronto la hacía reír como estremecerse de emoción. Un hombre que le hacía desear más de lo que nunca había deseado.

La noche anterior habían hecho el amor con tanta ternura y pasión, que Holly se había permitido preguntarse, sólo por un momento, si sería posible que él la amara, que quisiera compartir

con ella más que unos pocos días o semanas. Que deseara algo... permanente.

Sabía que era un pensamiento peligroso y estúpido. El amor les hacía eso a las personas. Les inducía a hacer tonterías y a pensarlas también.

Holly no quería hacer tonterías por un hombre, por mucho que pudiera amarlo. Su madre lo había hecho, ¿y qué había conseguido? Un corazón destrozado y una vida desperdiciada sin recibir nada a cambio. Y aunque Holly no comparaba a Guy con Cameron Fortune, sabía que si se lo permitía, él tendría el poder de destruirla.

No podía permitirlo. Se negaba a desperdiciar su vida. No lloraría cuando él regresara a Seattle y ella a Alaska. Entrelazó las manos en el regazo y enderezó los hombros. No, no lloraría.

Lo que sí iba a hacer era disfrutar de cada minuto que pasaran juntos, recordar cada caricia, cada mirada, cada glorioso momento que compartieran. En el futuro lo recordaría y sonreiría con cariño y afecto.

Y amor para demostrarse que podía hacerlo, se obligó a concentrarse en aquel preciso instante, en el que iba con Guy en el coche y veía el rancho de Ryan Fortune por primera vez.

—Todo esto es increíble —dijo, girando la cabeza para volver a mirar por la ventanilla—. Tan... grande. ¡Oh, Cielos! ¡Ahí está la casa!

Decir que la casa era enorme era quedarse corto. Era de estilo colonial, y a su lado había un granero y varios corrales. A cierta distancia se veían otras pequeñas construcciones que parecían ser barracones. Probablemente fueran para hospedar a los trabajadores, pensó Holly.

Aquél era el lugar donde Cameron Fortune había nacido y donde había vivido de niño y de adulto. A una hora en coche de donde habían vivido Holly y su madre, y aun así no había ido a verlas ni una sola vez. La furia que había sentido una vez se había transformado en tristeza. Sólo podía sentir lástima por el hombre que había sido su padre.

—¿Lista?

Había estado tan ensimismada en sus pensamientos que no se había dado cuenta de que habían aparcado frente a la casa y de que Guy había apagado el motor. Lo miró y asintió rígidamente.

—Lista.

Un momento después, con Guy a su lado, contempló la enorme puerta frontal.

—¿Quieres que llame yo? —se ofreció él.

Ella negó con la cabeza, respiró hondo y dio tres golpes. Una bonita mujer rubia con una blusa blanca de seda y pantalones negros abrió la puerta. Debía de tener casi cincuenta años, sus ojos eran azules y lucía una encantadora sonrisa.

—Holly —el rostro de la mujer se iluminó cuando tomó las manos de Holly con las suyas—. Soy tu tía Miranda. Tu tío Ryan y yo estamos muy felices de tenerte aquí.

—Gracias —«tía Miranda», «tío Ryan». Qué extraño le sonaba eso, y sin embargo, sintió un profundo anhelo. El apretón de Miranda era firme y cálido, y el nudo que se le había hecho en el estómago se aflojó un poco.

—Y tú debes de ser Guy —dijo Miranda antes de que Holly pudiera presentarlos—. Muchas gracias por haber traído a mi sobrina. Flynn habló muy bien de ti. Ahora, entrad, por favor, antes de que os derritáis aquí fuera.

La mano de Guy en su espalda calmó los nervios de Holly. Lo miró mientras seguían a Miranda al interior. El le hizo un guiño y sonrió, y ella le devolvió la sonrisa, agradecida de que estuviera a su lado.

Miranda los condujo a un amplio salón decorado tradicionalmente, con sofás de cuero marrón y una gran chimenea de piedra. Las paredes estaban llenas de cuadros y tapices, y en una mesita había un jarrón de cristal con rosas amarillas que perfumaban el aire.

—Por favor, sentaos —Miranda indicó un sofá con cojines con estampados navajos y se sentó junto a Holly. Una menuda criada de origen hispano trajo una bandeja con una jarra de té helado, la dejó en la mesita frente al sofá y se marchó en silencio—. Tu tía Lily está en el hospital, pero podrás conocerla más tarde.

Tía Lily. La esposa de Ryan, recordó Holly. Para mantener las manos ocupadas, aceptó un vaso, pero Guy lo rechazó.

—¿Cómo está… tío Ryan? —preguntó mientras

Miranda servía el té. Nunca se hubiera imaginado que se referiría a Ryan Fortune como «su tío», pero después de haber conocido a Miranda, y haberla oído referirse a ella como a «su sobrina», no le resultó tan difícil.

—Bien —con una sonrisa, Miranda le tendió a Holly el vaso

de té, pero la sonrisa no alcanzó sus ojos—. Debería salir del hospital muy pronto.

Algo en la voz de Miranda indicaba que había algo más en la enfermedad de Ryan que no les estaba contando. Holly no quería curiosear, pero no había ido hasta allí para ser tratada como una extraña. Si no la aceptaban y confiaban en ella, tomaría el siguiente vuelo a Alaska y acabaría para siempre con la familia Fortune.

—¿Puedo preguntar qué pasa? —preguntó, mirando fijamente a Miranda.

Su tía dudó y miró pensativamente a Holly y a Guy. Fuera, en la distancia, un perro ladró.

—Cualquier cosa que tengas que decirme —dijo Holly— puedes decírsela también a Guy.

Miranda asintió y pareció tomar una decisión.

—Los médicos siguen haciéndole pruebas, pero creen que Ryan fue envenenado.

—¿Envenenado? —Holly se irguió en el asiento y frunció el ceño—. Pero, ¿por qué? ¿Quién lo hizo?

Miranda suspiró y negó con la cabeza.

—No lo sabemos. Ryan es un hombre rico e importante. Es posible que lo haya hecho alguno de sus rivales en los negocios. La policía de San Antonio ya ha sido avisada.

—¿La policía? —repitió Holly, agarrando con fuerza el vaso.

—Me temo que sí. El detective Freddie Suarez se encargará de la investigación —los ojos de Miranda se llenaron de lágrimas—. Siento mucho que haya ocurrido esto cuando finalmente has decidido venir. Por favor, no dejes que el miedo te aleje.

—El miedo no va a alejarme —aseguró Holly apaciblemente. Dejó el vaso y cubrió la mano de Miranda con la suya.

—Oh, Holly —Miranda miró la mano de su sobrina y luego la miró a los ojos—. Ha costado mucho tiempo reunir a esta familia. Significa mucho para tu tío Ryan, para mí misma y para todos los demás, que hayas cambiado de opinión y hayas querido conocernos. Después de lo que Cameron os hizo a ti y a tu madre, imaginé lo difícil que debía de ser venir aquí. Mi hermano fue un estúpido —la voz le temblaba de emoción. Cerró los ojos y suspiró—. No quiero decir que yo no haya cometido alguna estupidez también; sólo rezo porque no sea demasiado tarde para arreglar las cosas.

Holly tuvo el presentimiento de que esas «cosas» implicaban algo más que invitar a la hija ilegítima de su hermano. Era obvio que Miranda luchaba con sus propios demonios, con algo que la turbaba y angustiaba. Algo demasiado personal y doloroso.

—A mí no me hiciste nada —le dijo amablemente—. Y lo que Cameron hizo pertenece al pasado. Lo que importa es el presente.

Miranda abrió los ojos y asintió con una sonrisa.

—¿Vendrás conmigo al hospital para visitar a tu tío? Está impaciente por conocerte.

—Por supuesto que iré —Holly sintió que se le hacía un nudo en el estómago. Todo estaba pasando demasiado rápido. ¿Sería Ryan tan hospitalario como Miranda? ¿Y si a él no le gustaba? Una vez más, la asaltó el impulso de subirse al coche y marcharse al aeropuerto.

Se obligó a sí misma a no pensar eso. ¿Y qué si no le gustaba a su tío? Sobreviviría a lo que fuera. No iba a huir.

—Aún tenemos que reservar habitación en el hotel. ¿Por qué no nos vemos en el hospital?

—¡En un hotel! —Miranda negó con la cabeza—. De eso nada. Os quedaréis aquí.

Holly empezó a protestar, pero su tía levantó una mano.

—Lily nunca me perdonaría que no os quedarais. La casa es muy grande. Y además, el resto de la familia va a venir a cenar. Todo el mundo está deseando conocerte.

Holly no sabía quiénes eran «el resto de la familia», pero el estómago le dio un vuelco. Miró a Guy y éste asintió.

—Bueno, de acuerdo... Gracias.

—Disculpe, señorita Miranda —dijo la criada entrando en el salón—. El detective Suarez la llama por teléfono. Puede hablar en el despacho del señor Ryan, si quiere.

—Disculpadme un momento, por favor —la preocupación volvió a los ojos de Miranda—. Luisa os enseñará vuestras habitaciones mientras hablo por teléfono. Luego, podemos ir juntos al hospital.

¿Habitaciones? A Holly se le encogió el corazón. Considerando el poco tiempo que ella y Guy tenían para estar juntos, no quería renunciar a una sola noche con él. Pero se dio cuenta de que sería muy difícil e incómodo explicar su relación en esos momentos. Ni siquiera ella sabía qué clase de relación era.

Aun así, miró a Guy con la esperanza de que dijera algo. Pero él simplemente asintió y le dio las gracias a Miranda.

¿Se estaría ya alejando de ella? ¿O tan sólo temía avergonzarla si dormían en la misma habitación Cuando Miranda se marchó la criada los condujo por un largo pasillo hasta sus habitaciones las cuales estaban una frente a la otra Lo suficientemente cerca, pensó Holly con una sonrisa, y cuando Guy fue al coche a buscarlas, decidió que se lo pagaría con una visita a medianoche

La sonrisa se le ensanchó por la anticipación d volver a estar entre sus brazos. Miró su reloj de muñeca y empezó a contar las horas.

—Aparte de la cicatriz en la frente, tienes muy buen aspecto para ser alguien que se ha estrellado con un avión.

Guy aceptó la botella de cerveza que Flynn le había llevado al patio. En el interior de la casa, «el resto de la familia» celebraba la llegada de Holly. La prodigalidad de besos, abrazos y muestras de afecto lo había sorprendido y desconcertado. Y aunque le habían presentado a todo el mundo, y todos se habían mostrado amistosos con él, Guy había preferido observar los festejos a través de las puertas francesas que separaban el salón del patio.

—Me alegro de verte, Flynn —dijo con una sonrisa. Flynn había llegado una hora antes con su esposa, Emma, quien en esos momentos estaba alimentando en una de las habitaciones a su hijo recién nacido—. Y, para tu información, a las mujeres les gustan las cicatrices.

Flynn sonrió y miró a través de los ventanales a Holly, que estaba riendo con su primo Kane y la esposa de éste, Allison.

—Bueno, está claro que al menos a una mujer le gustan. ¿Vas a decirme lo que hay entre vosotros dos?

—No hay nada —tomó un sorbo de cerveza y miró a una bonita pelirroja cuyo nombre no podía recordar y que le estaba dando un fuerte abrazo a Holly después de una larga y angustiosa cavilación, Holly se había puesto unos pantalones negros, una blusa rosa de seda sin mangas y un collar de perlas. Estaba realmente preciosa.

Flynn siguió la dirección de la mirada de Guy y arqueo una ceja.

—Estás hablando conmigo, B.W. ¿Quieres pensar tu respuesta?

—Dame un respiro, Dog—Man —respondió Guy—. Ese olfato tuyo de detective no te deja vivir en paz.

—Son mis ojos, amigo. Tendría que estar ciego para no ver las miradas que los dos os habéis estado echando. Si aún no os acostáis juntos, tendríais que pensároslo seriamente.

Maldición, Flynn se había dado cuenta a pesar de que había procurado mantenerse alejado de Holly. Ella ya tenía bastante con conocer a su familia. No necesitaba que nadie le preguntase por su relación con un piloto de Seattle. Pero tendría que haber imaginado que era imposible engañar a Flynn. Se conocían demasiado bien como para que algo así pasara desapercibido.

Negó con la cabeza y miró la cereza que tenía en la mano.

—No funcionaria, Flynn. Tú me conoces. Paso más tiempo en el aire que en el suelo. Holly se merece algo mejor.

—A mí me parece que debería ser ella quien tomara esa decisión —dijo Flynn—. ¿Habéis hablado de esto?

Guy volvió a negar con la cabeza.

—Ahora tiene a su familia, y un negocio en Twin Pines. No puedo darle lo que quiere.

—¿Y qué es?

Guy se encogió de hombros, pero no pudo apartar la atención de Holly. Su radiante sonrisa y al rubor de sus mejillas le provocaron un dolor en el cuerpo Cuando había vuelto del hospital después de conocer a tí los ojos le brillaban de emoción, a Guy le había costado toda su fuerza de voluntad

no tomarla entre sus brazos.

—Quiere lo mismo que todas las mujeres —le dijo a Flynn—. Un anillo de boda, niños, estabilidad Sólo de pensar en eso me entran escalofríos.

—Sí, bueno, eso es lo que todos decimos antes de dar el paso, amigo —respondió Flynn con una sonrisa—. ¿Estás seguro de que no es el dinero lo que te asusta? No todos los días un hombre se casa con una chica que tiene diez millones de dólares.

Guy se quedó helado. ¿Diez millones de dólares? Lentamente, giró la cabeza.

—¿Qué has dicho?

Flynn frunció el ceño y maldijo en voz baja.

—Guy, lo siento. Pensé que lo sabías. Está claro que aún no se lo han dicho a Holly, pero está a punto de heredar diez millones de dólares.

Guy sintió que se le detenía el corazón. Por supuesto, había imaginado que Holly recibiría algo de dinero, pero ¿diez millones de dólares?

—Cuesta acostumbrarse a eso —dijo Flynn—. Créeme, lo digo por experiencia.

—¿Quieres decir que tú...? —le costaba respirar con normalidad—. ¿Emma también?

—Ella y todos los demás herederos, Guy.

En aquel momento, Kane asomó la cabeza por la puerta.

—Eh, Flynn, Allison quiere hacer una foto de la familia, y me ha encargado que reúna al rebaño. —Voy enseguida —dijo Flynn. Miró otra vez a Guy suspiró—, Mira, Guy, no me correspondía a mí decírtelo, y lo siento, pero no es ningún secreto. Holly esta a punto de convertirse en una mujer inmensamente rica.

Diez millones de dólares. Dios Bendito... Guy

Me alegro por ella consiguió decir finalmente—, Es una buena chica.

¡Una buena chica! —Flynn se echó a reír—. Vaya, sí que lo llevas mal.

—No lo llevo mal —espetó con el ceño fruncido—. Tal vez haya perdido un poco el rumbo, nada más.

—¿Un poco? —sin dejar de reír, Flynn le dio un golpe en la espalda—. Claro. Sigue intentando convencerte a ti mismo.

—¡Ajá! Al fin te encuentro.

Los dos hombres se volvieron al oír la voz de Holly, que se acercó sonriente con la mirada fija en Guy.

—Me preguntaba dónde habías estado escondiéndote toda la noche —entonces vio a Flynn y la sonrisa se le desvaneció—. Lo siento, no pretendía interrumpir...

—No interrumpes nada en absoluto —le aseguró Flynn—. Siempre prefiero la compañía de una hermosa mujer a la de este bruto.

Holly dudó un momento y sonrió fríamente.

—Se supone que debo llevaros adentro para las fotos.

—Vamos pues —dijo Flynn—. Te veré dentro, amigo.

No hacía falta ser un genio para ver que los dos hombres habían estado manteniendo una seria discusión, pensó Holly, mientras veía a Flynn entrar en la casa, y por el modo con que la miraba Guy, era obvio que el tema de la conversación era ella.

Sintió un repentino escalofrío que le recorrió la columna vertebral.

—Lo siento si os he interrumpido —dijo sin perder la sonrisa —. Seguro que tú y Flynn tenéis mucho de qué hablar.

—Ya estuvimos hablando antes de la cena. Además —asintió hacia las puertas francesas, a través de las cuales se veía a Flynn junto a Emma—, lo único que le importa estos días es su esposa y su bebé.

Emma, la mujer de Flynn, había sido presentada a Holly como su prima. Aún tenía muchos primos por conocer, además de hermanastros y hermanastras, y le costaba relacionar a cada uno con su nombre.

Desde la visita a su tío Ryan en el hospital, el día había sido como un vendaval. Su tía Miranda se había portado maravillosamente con ella, y todos a los que había conocido la habían recibido con los brazos abiertos. Todos los temores que había albergado ante la idea de conocer a su familia habían desaparecido por completo.

Sólo le quedaba un temor. Un temor que se le revolvía en el estómago y que apenas le permitía respirar.

Guy se había mantenido distante toda la noche, evitándola cuidadosamente. Y el modo en que se había puesto rígido cuando lo vio en el patio confirmaba ese temor. Iba a marcharse.

Después de todo, había cumplido con su deber, ¿no? La había llevado a Texas para que conociera a su familia. ¿Qué razón podía tener para quedarse?

Ninguna.

Pero ella no iba a sucumbir al pánico. Fuera lo que fuera, iba a enfrentarse con ello en aquel mismo instante.

—No estabais hablando de Emma ni de su bebé,¿verdad, Guy? —le mantuvo fijamente la mirada—. Estabais hablando de mí.

Vio la verdad en sus ojos y lo supo. El escalofrío que había sentido antes se transformó en un frío glacial.

—Holly, tendría que habértelo dicho antes —comenzó a decir, y apartó la mirada de ella—. Siento no haberlo hecho... pero estabas muy ocupada con...

—Dilo —insistió ella con voz tensa.

Él mantuvo los labios fuertemente apretados durante unos segundos.

—Tengo que volver a Seattle. Hoy he recibido una llamada de Pelican. Me han ofrecido un trabajo temporal de dos semanas para suplir a un piloto. Tengo que salir dentro de una hora para tomar el vuelo nocturno.

¿Una hora? ¿Iba a marcharse dentro de una hora y no se lo había dicho hasta ese momento? Se quedó helada.

—Comprendo.

Él nunca le había prometido nada. Ni anillos ni finales felices. Se había repetido a sí misma que se conformaría con lo que tuviera y que estaría agradecida por ello. Pero la patética verdad era que no quería conformarse ni estar agradecida. Se había estado engañando. Lo quería todo. Lo quería a él. No sólo por unos días. Maldita sea, lo quería para siempre.

—Holly —dijo él con suavidad—, pensé que sería más fácil despedirme ahora. Estás con tu familia, para eso has venido. No me necesitas.

¿Que no lo necesitaba? ¿Cómo podía responder a eso? Tuvo que contener el grito que amenazaba con estallar.

Podía ver que él quería ponérselo fácil. Lo percibía en su tono suave y en el dolor reflejado en sus ojos. Se preocupaba por ella, eso estaba claro. Pero eso no bastaba.

En aquel momento, pensó que lo odiaba tanto como lo quería.

—Tranquilo, Blackwolf —dijo, obligándose a esbozar una sonrisa despreocupada—. No voy a desmayarme ni nada por el estilo. ¿Quieres que te lleve al aeropuerto?

Él apretó los labios y, por un ridículo momento,

Holly pensó que iba a agarrarla y a decirle que no podía irse sin ella.

Pero el momento pasó y él negó con la cabeza.

—Gracias, pero la invitada de honor no puede abandonar la fiesta. Te llamaré cuando llegue a Seattle.

Era mentirá y ambos lo sabían.

—De acuerdo.

—Holly… —dio un paso hacia ella—. Yo sólo…

—Tengo que volver adentro —se apresuró a decir ella, sabiendo que si se quedaba un minuto más con él, se desharía en pedazos. Con mucho trabajo, le dio un casto beso en los labios y se apartó con una sonrisa—. Hasta la vista, Blackwolf —dijo, con una tranquilidad que la sorprendió a ella misma—. La próxima vez que te pases por Twin Pines, avísame.

Puede que te sorprenda haciendo un pastel.

Él empezó a decir algo, pero ella no le dio oportunidad. No podía dársela. Se dio la vuelta y entró en la casa, negándose a mirar atrás.

Capítulo 11

Era agradable estar tumbada en una hamaca azul junto a la piscina de su tía Miranda, bebiendo té helado bajo el ardiente sol de julio. De vez en cuando metía los pies en el agua fría y contemplaba tranquilamente el paso del tiempo.

Cada hora. Cada minuto. Cada segundo.

Los últimos siete días habían transcurrido a paso de tortuga. Le había hecho algunas visitas a su tío en el hospital y había almorzado varias veces en el pueblo de Red Rock con su tía. Pero casi todo el tiempo lo había pasado contemplando el cielo azul.

Desde que Guy se marchó, siete días antes, doce horas y dieciséis minutos, había estado exacta mente como se había jurado que nunca estaría: triste, llorosa y sensiblera.

Pero lo acabaría superando. La gente sobrevivía a los corazones rotos y volvía a enamorarse de nuevo. Sólo necesitaba un poco de tiempo.

Unos cien años, más o menos. «Maldito seas, Blackwolf».

Por primera vez en su vida, entendía el sufrimiento por el que su madre había pasado tras el rechazo de Cameron. Pero mientras que su madre se había refugiado en el alcohol, Holly sabía que la marcha de Guy sólo conseguiría hacerla más fuerte.

Siempre lo amaría, pero no permitiría que ese amor la derrotara.

Había querido volver a casa, pero su tía le había pedido que se quedara en San Antonio hasta que su tío saliera del hospital. Holly no pudo negarse, y además, con Bob y Nicholas ocupándose de la tienda, no había prisa por regresar.

Pero, en el fondo, sabía que estaba retrasando su vuelta por miedo. En Twin Pines la aguardaban demasiados recuerdos de Guy. Podía imaginárselo sentado en la cocina, comiendo pizza con la gorra de béisbol vuelta hacia atrás, o en sofá viendo un ridículo culebrón en la tele, o de pie junto al horno ataviado con un delantal manchado. Incluso ahora, esa imagen la hacía sonreír.

Pero la sonrisa se desvaneció al imaginárselo tumbado en la cama junto a ella, abrazándola, haciéndole el amor…

Las noches, en casa iban a ser lo peor. Largas y solitarias. Vacías.

Una vez más, maldijo a Guy, esa vez en voz alta.

—¿Qué has dicho, querida?

—He dicho que maldito sea el sol —dijo ella rápidamente, esperando que su tía creyera que tenía el rostro colorado por el calor—. Has estado fuera mucho rato. ¿Has hecho todos tus recados?

—Sí —respondió Miranda—. Me encontré con un viejo amigo mío y nos fuimos juntos a comer.

—¿Ese viejo amigo tuyo no será por casualidad Daniel Smythe?

Miranda se ruborizó.

—Bueno, sí, la verdad es que sí. ¿Cómo lo sabes?

Todos en la familia, y en todo el pueblo, estaban hablando de Miranda y de Daniel. El rico magnate del petróleo se había encontrado «casualmente» con Miranda y con ella en un restaurante de Red Rock, y Holly había visto cómo las chispas saltaban entre ellos.

—Una mera suposición —se sentó y agarró la toalla—. Hace calor aquí fuera. ¿Por qué no entramos?

—Holly, querida —Miranda se sentó en la tumbona, junto a ella—. Hay algo de lo que debo hablar contigo. Pensaba esperar a que Ryan saliera del hospital, pero tu tío y yo hemos decidido que debo decírtelo ahora.

El tono serio de su tía la alertó. ¿Querían que se fuera? ¿Había hecho algo que los había preocupado? Se había quedado más tiempo del que tenía pensado, pero ellos habían sido tan insistentes que...

—Es acerca de tu herencia.

Holly parpadeó, sorprendida. ¿Herencia? ¿Qué herencia?

—No sé de qué estás hablando.

—Eres una Fortune, Holly —dijo Miranda firmemente—. Puede que tu padre no lo hiciera bien, pero eres parte de esta familia, y la suma que te corresponde de tu abuelo son diez millones de dólares.

Debía de haber oído mal. Con la respiración contenida, parpadeó dos veces y miró a su tía.

—¿Diez... millones... de dólares?

—Sí, querida —afirmó Miranda, sonriendo—. Diez millones.

—Pero, pero… —la sangre se le subió a la cabeza. Tuvo que agarrarse a los bordes de la tumbona para no derrumbarse—. Pero yo no soy… Quiero decir, lo soy, pero no… mi madre no era…

¡Diez millones de dólares! No podía hablar, ni siquiera podía concebir una cantidad semejante de dinero.

—Mi hermano era tu padre —dijo Miranda, cubriéndole una mano con la suya—. Perteneces a esta familia. Lo único que lamento es que no nos hayamos conocido hasta ahora.

La sinceridad de sus palabras y la caricia de su mano hicieron que a Holly se llenasen los ojos de lágrimas.

—No he venido aquí por dinero —dijo, a pesar del nudo que tenía en la garganta.

—Ese dinero es tuyo, y no importa que hayas venido o no —Miranda también tenía los ojos llenos de lágrimas—. Pero la verdad es que estamos muy contentos de haberte acogido en la familia. Muy contentos de que el señor Blackwolf te haya encontrado y traído a nosotros.

Guy. A pesar de la bomba que su tía había dejado caer, Holly sintió que se le tensaba el pecho al oír su nombre. Por muy increíble que fuera la noticia de Miranda, Guy había dejado un vacío en su interior que ni todo el dinero del mundo podría llenar. Las emociones se removieron y fue imposible detener las lágrimas.

—Holly, ¿qué ocurre? —con el ceño fruncido, Miranda rodeó a su sobrina con un brazo—. Se supone que son buenas noticias. ¿He dicho algo que te haya preocupado?

La ternura de Miranda sólo hizo que se le abrieran aún más las heridas. Avergonzada, pero incapaz de hablar, negó con la cabeza y ocultó la cara entre las manos para empezar a sollozar.

—Oh, cariño —Miranda la acarició y la abrazó—. Sea lo que sea, sácalo.

Y Holly lo hizo. Dejó salir los años de decepción, de dolor, de rechazo y de amor perdido. Y cuando finalmente no quedo nada en su interior, apoyó la cabeza en el hombro de su tía y sintió el calor y el amor que tan desesperadamente había ansiado toda su vida.

—Y ahora —murmuró Miranda, poniéndole un mechón tras la oreja—, ¿quieres hablar de ello?

Con un profundo suspiro, Holly se sentó y respiró hondo.

—Sí —susurró, y carraspeó mientras miraba los azules ojos de su tía—. Sí, quiero hablar.

Miranda sonrió y la tomó de la mano.

—Vamos adentro, querida. Con una taza de té y unas galletas, te será más fácil empezar por el principio

Holly asintió, y juntas entraron en la casa. No estaba segura de por dónde empezar, pero algo en su interior le dijo que eso no importaba.

Guy aterrizó en Seattle una hora antes que la tormenta que se avecinaba, descargó a los pasajeros, agarró su cheque y se fue a casa. Dos semanas pilotando un vuelo chárter con tres retrógrados ejecutivos de una importante empresa de informática era suficiente para volver loco a un hombre.

Sin preocuparse por la lluvia, aparcó su jeep junto a su casa, apagó el motor ,y salió del coche para ir a meterse directamente en un profundo charco. Soltó una maldición y alargó un brazo hacia el asiento trasero para agarrar su bolsa. Y volvió a maldecir cuando la mitad de su contenido cayó al agua.

Tuvo que arrodillarse para recoger un bote de crema de afeitar que había rodado bajo el coche. Dos camisetas habían caído junto a su nuevo libro en rústica de Steve Martini. Sin dejar de mascullar, lo metió todo en la bolsa y se dirigió hacia las escaleras que conducían a su apartamento.

Definitivamente, no estaba teniendo un buen día.

Aunque, en realidad, hacía dos semanas que no tenía un buen día. Desde la noche en que se marchó de Texas.

Desde que abandonó a Holly.

Qué idiota había sido al pensar que podía marcharse de su vida así como así. Cuanto más intentaba no pensar en ella, más la echaba de menos. No había un solo minuto en que no invadiera sus pensamientos y sus sueños. Dios. Cuando conseguía dormirse, las imágenes que lo asaltaban eran tan ardientes como el verano de Texas.

Pero lo peor, lo que nunca se había esperado, era lo mucho que le dolía. Sentía un nudo continuo en la garganta, el estómago revuelto y una tensión insoportable en el pecho.

Se quedó de pie bajo la lluvia, sin apenas sentir la humedad que se filtraba por su camisa. Y cuando por fin lo supo, ni siquiera un huracán podría haberlo alterado.

Estaba enamorado de ella.

Se pasó una mano por la cara y se echó a reír. ¿De dónde había salido eso? No podía estar enamorado. Nunca lo había estado. No sabía nada del amor. Sólo estaba agotado, nada más. Había estado dos semanas sobrevolando la Costa Oeste con esos ejecutivos. Tal vez hubiera pillado algo. Se sentía mareado.

Maldita sea. Estaba enamorado de ella.

Locamente, salvajemente, desesperadamente enamorado de Holly. Probablemente lo había estado desde el primer momento en que la vio.

El pánico lo invadió. Se había pasado toda su vida convenciéndose de que el amor no existía. El deseo y la atracción física, sí. ¿Pero el amor romántico y poético? Ni hablar.

Y allí, bajo un aguacero, comprendió finalmente que el amor no sólo era real, sino que lo había alcanzado como un rayo.

.La adrenalina empezó a recorrer sus venas. Se giró y pisó corriendo los charcos de vuelta al coche, se metió de un salto y arrancó el motor. Podría estar en el aire en menos de una hora, y llegar a Texas en cuatro, tal vez. O tomar un vuelo comercial y llegar en tres.

De repente se detuvo. ¿Seguiría ella en Texas? Flynn le había contado que el hermanastro de Holly, Jonas Goodfellow, había sido arrestado como sospechoso de haber envenenado a Ryan Fortune. Lo habían puesto en libertad bajo fianza, y nadie de la familia lo creía culpable.

Pero Flynn no había mencionado a Holly, y Guy no había tenido agallas para preguntarle por ella.

¿Habría vuelto a Alaska, a su trabajo y a su vida?

Oh, demonios... Se pasó una mano por el pelo empapado. Ella no quería verlo. ¿Y cómo culparla? Él no había sido mejor que las demás personas que la habían defraudado. Holly tenía buenas razones para no querer hablar con él nunca más.

Y, además, ¿cómo convencerla de que no volvía con ella por sus diez millones de dólares?

Maldición, maldición, maldición.

Apagó el motor y volvió a salir del coche, cerró con un portazo y se dirigió hacia su apartamento. Decidió que se emborracharía un poco. Una botella de whisky le haría olvidar, aunque sólo fuera por un rato, que había perdido a la primera y única mujer a la que había amado en su vida.

Metió la llave en la cerradura y abrió. Y entonces se quedó

petrificado.

Había alguien en su apartamento.

Las luces estaban encendidas y oía voces... de la televisión. Y de la cocina salía un olor increíble.

Con mucho cuidado, dejó la bolsa en el suelo y caminó lentamente hasta la cocina.

Holly.

El corazón le dio un vuelco. Por encima del mostrador que separaba el salón de la cocina, sólo pudo ver la mitad superior de su cuerpo. Estaba frente a la hornilla, removiendo algo en una sartén con una cuchara de madera. Llevaba un delantal blanco sobre un top negro. El vapor se elevaba de la salsa que bullía en la sartén.

—¿Holly?

Ella levantó la mirada y sonrió.

—Hola. Llegas justo a tiempo. Esto estará en... ¡Cielos! Estás empapado.

—¿Eh? —se miró la ropa y se dio cuenta de que estaba calado —. Está lloviendo.

Eso sí que era apropiado. La mujer con la que había estado fantaseando, la mujer a la que amaba desesperadamente, la mujer a quien no creía que . volvería a ver estaba en su cocina y a él sólo se le ocurría darle el parte meteorológico.

—¿Ah, sí? —volvió la atención a la sartén—. Bueno, ¿por qué no te cambias? La cena está casi lista.

El asintió y empezó a girarse, pero se detuvo y sacudió la cabeza para despejar la niebla que parecía empañarle el cerebro. Tragó saliva y carraspeó.

—Holly —le preguntó con cautela—, ¿qué haces aquí?

—Estoy preparándote la cena, ¿a ti qué te parece? —dijo ella sin dejar de remover—. Espero que te gusten las almejas con alcachofas y pimientos.

—No me refiero a eso. ¿Qué estás...? —se detuvo y la miró con sospecha—. ¿Estás cocinando?

—Nada especial —respondió ella encogiéndose de hombros —. Me falta un poco de práctica. ¿Te apetece un poco de pastel de queso antes de cambiarte?

Guy dejó escapar el aire que había estado conteniendo y se acercó a ella.

—¿No habías dicho que no sabías cocinar?

—No, lo que dije fue que no cocinaba —probó la salsa con la cuchara y, frunciendo el ceño, agarró el salero—. Hay una gran diferencia. No te acerques —le dijo cuando él dio otro paso hacia ella—. Fuera de la cocina. Ya vimos lo que pasó cuando te acercaste demasiado al horno.

Holly también sabía lo que pasaría si se acercaba demasiado a ella. Las rodillas empezarían a temblarle y se arrojaría en sus brazos. De hecho, el corazón ya le latía con tanta fuerza que seguro que él podía oírlo.

Cuando él se detuvo, dejó escapar un imperceptible suspiro de alivio. Para superar aquello, tenía que mantenerlo a distancia unos momentos más, pero también necesitaba seguir hablando en el tono más despreocupado que pudiera.

—Espero que no te importe que le haya pedido a Flynn que llamara a tu oficina por mí esta mañana para saber cuándo volvías a casa —sabía que estaba divagando, pero no le importaba—. Ah, y también le dije a tu casero, el señor Wendall, que era tu hermana y que había venido de visita desde Texas. Es un hombre encantador.

—La señora Wendall —dijo Guy mientras se sentaba en un taburete— pensó lo mismo hasta que lo descubrió en la lavandería ayudando a la señora Potter, del 12A, a doblar la ropa.

—¿Qué tiene eso de malo? —preguntó ella, sorprendida a pesar de su pulso acelerado.

—Bueno, por lo visto acababa de desnudarla.

—¿El señor Wendall? —intentó imaginarse a aquel hombre bonachón y casi calvo haciendo tonterías en una lavandería—. Asombroso.

—Eso mismo he pensado yo al verte aquí. ¿Vas a decirme por qué has venido? —le preguntó, clavándole su mirada depredadora.

—Pasaba por el barrio y pensé en hacerte una visita —respondió con voz temblorosa.

Él arqueó una ceja y ella aspiró hondo.

—Yo... yo... —«te quiero», quería decirle, pero las dos palabras se negaban a salir. Tragó saliva—. Yo...

La alarma del horno empezó a sonar, pero ella la ignoró. Si iba a hacer eso, tenía que ser ahora.

Sin embargo, permaneció inmóvil. Él se levantó del taburete,

sin dejar de mirarla.

—¿Quieres que lo adivine?

—¡No! —alzó una mano para detenerlo—. Quédate donde estás.

Él arqueó ambas cejas, pero volvió a sentarse. El miedo se apoderó de ella. Aquello no era una buena idea. De hecho, era una malísima idea. ¿Cómo se le había ocurrido?

Pero ya era demasiado tarde para echarse atrás. Y, aunque estuviera a punto de hacer la mayor tontería de su vida, estaba dispuesta a hacerlo.

Volvió a aspirar hondo, contuvo el aire y se giró hacia el horno para apagar la alarma.

—¡Dios mío!

Holly oyó un golpe tras ella. Se dio la vuelta y vio a Guy en el suelo, con las piernas atrapadas entre las patas del taburete del que se había caído.

—¡Guy! —corrió hacia él y se arrodilló a su lado—. ¿Estás bien?

—¿Qué llevas puesto? —la miró intensamente mientras intentaba sentarse—. Desde luego, no es un top.

—Es un picardías —respondió ruborizándose, y se tiró del delantal para intentar cubrírselo—. Pensé... pensé que te gustaría.

—¿Que si me gusta? —volvió a desplomarse de espaldas contra el suelo—. Por Dios, ¿es que quieres que me dé un ataque?

El rubor de sus mejillas se extendió por todo su rostro y por el cuello. ¿Qué la había impulsado a ponerse tacones altos y un picardías negro bajo un delantal para sorprenderlo?, se preguntó. Pero sabía muy bien la respuesta.

El amor. El amor transformaba por completo a una persona y la incitaba a hacer las tonterías más grandes.

Y ella era la más tonta de la tierra.

Cuando Guy empezó a reír, lo miró con ojos entornados y apretó los labios.

—¿Qué te hace tanta gracia?

—Has... has venido hasta aquí —consiguió decir entre risas—. Hasta mí.

Aquélla fue la gota que colmó el vaso. Una cosa era que la rechazara, pero otra muy distinta que se riera de ella. Se había

desnudado ante él en cuerpo y alma, no sólo para demostrarle cuánto lo amaba, sino porque había estado segura de que él también la amaba. Bueno, pues si no era así, se acabó.

—Escucha, Blackwolf —se levantó y apoyó las manos en la cintura, demasiado furiosa para preocuparse de que estaba casi desnuda bajo el delantal—. Está claro que esto ha sido una equivocación. He atravesado medio país, me he comprado esta ridícula prenda e incluso he cocinado para ti —él intentó levantarse, pero ella le puso un tacón en el pecho y lo volvió a tumbar en el suelo—. La próxima vez que ame a alguien, me aseguraré de que no sea de un egoísta y arrogante hijo de...

No sabía que una persona pudiera moverse tan rápido hasta que se encontró de espaldas en el suelo, debajo de él.

—Dios... te pones preciosa cuando te enfadas —le dijo él, y cuando ella intentó pegarle, le agarró las manos y se las mantuvo firmemente sujetas a los costados—. Bésame.

—Y un cuerno —se retorció con todas sus fuerzas, pero el contacto de los cuerpos sólo conseguía excitarla, de modo que se quedó quieta—. Estás empapado. Suéltame, cretino.

—Creía que me amabas —murmuró él, y acercó el rostro al suyo.

—No, no te amo.

—Pero acabas de decir que sí.

El brillo de regocijo en sus ojos la enfureció aún más. Volvió a luchar por liberarse, desesperada por escapar antes de acabar suplicándole que la tomara, allí mismo, que la despojase de la poca dignidad que le quedaba.

—Ya no te amo, así que suéltame.

—Me amas. Acabas de decírmelo y no te permito que te eches atrás.

—¿No?

—Ni hablar.

La esperanza volvió a surgir en su interior. El pulso se le acelero y le costó respirar. Se olvidó de que sus ropas mojadas la estaban empapando a través del delantal y lo miró a los ojos. Y entonces vio algo que no había visto antes, y rezó porque no fuera una ilusión.

—Nadie tan especial como tú había entrado antes en mi vida —dijo él tranquilamente—. Nunca lo creí posible. Ahora creo que lo supe desde que te vi por primera vez, en la consulta de Doc,

pero era demasiado cínico y tenía demasiado miedo para reconocerlo.

—Dilo, Blackwolf —le pidió, temiendo sufrir un ataque al corazón si él no se daba prisa—. Por el amor de Dios, dilo de una vez.

—Estoy loco por ti —le dio un beso en la nariz y le sonrió dulcemente—. Te quiero.

Un inmenso alivio la recorrió, calentando el escalofrío que se había expandido por sus miembros y su corazón.

—¿Me quieres?

—Sí —la besó en una mejilla y luego en la otra—. Te quiero.

Holly se estremeció al oírselo decir, y cuando él la besó, con una ternura infinita, una lágrima se le escapó por el rabillo de ojo. Nadie la había besado nunca así.

—Habría ido a por ti —dijo él, tomándole las manos y besándole los dedos—. No me importa el dinero. Lo único que me importa eres tú, Holly. Quiero estar contigo.

—¿Por eso te marchaste? —le preguntó, sorprendida—. ¿Porque sabías lo de mi herencia?

—Sé que es ridículo, pero me asustó —confesó él—. Dios, diez millones de dólares... Temía que pensaras que me quedaba por el dinero y que siempre tuvieras dudas. Pero si quieres, firmaré un contrato prenupcial —se apresuró a añadir—. Sólo necesito que estés segura de...

Ella le tapó la boca con una mano y lo miró con ojos muy abiertos.

—¿Has dicho prenupcial?

Él asintió, pero como ella le cubría la boca, permaneció en silencio.

—Guy Blackwolf —dijo casi sin aliento—, ¿me estás pidiendo que me case contigo?

Él volvió a asentir y le retiró la mano de su boca.

—¿Lo harás, Holly? —le susurró—. ¿Te casarás conmigo?

¿Casarse con él? Estaba completamente perpleja, y tuvo que esperar a que el aire volviera a sus pulmones antes de poder hablar. Entonces se echó a reír y se abrazó a su cuello.

—Grandísimo idiota, pues claro que me casaré contigo.

Guy gritó alborozado y la besó con pasión. Un beso que la derritió hasta los huesos. Un beso que prometía amor y cariño para siempre.

—Holly, ¿quién te convenció para venir aquí? —le preguntó al retirarse.

—Miranda —respondió ella—. Me dijo que si te amaba, no podía dejarte marchar. Pude ver en sus ojos que una vez hubo alguien en su vida, alguien a quien amó y perdió. Estaba muy triste, Guy. Mirándola, supe que si no lo intentaba, si no venía aquí, acabaría teniendo su misma expresión y sentiría el mismo vacío el resto de mi vida —le tomó el rostro en las manos—. A mí tampoco me importa el dinero, Guy. Pero al menos ahora podré ayudar a la escuela de Twin Pines y mejorar mi tienda —esbozó una sonrisa—. Y tal vez te compre un avión nuevo.

—Mi compañía de seguros se hará cargo de eso, muchas gracias. Pero estaba pensando en establecer una base en Twin Pines y realizar los encargos por la región. Keegan fue quien me lo sugirió.

Ella lo miró con incredulidad.

—¿Cómo has dicho?

—Seguramente se dé cabezazos contra la pared por haberme dado la idea, pero va a tener que acostumbrarse a verme por allí. Entre los encargos comerciales y los viajes turísticos, voy a tener tiempo suficiente para estar con mi esposa y con, digamos, ¿tres o cuatro hijos?

¿Tres o cuatro? A Holly se le hizo un nudo en la garganta.

—¿Quieres tener hijos? —preguntó con un débil susurro.

—Desde que te vi leyéndoles a los niños aquella ridícula historia de la cebra, no he dejado de preguntarme cómo sería tener un hijo o una hija... nuestro —dudó un momento y frunció el ceño al ver las lágrimas en sus ojos—. Quieres tenerlos, ¿verdad? Si no quieres, no pasa nada. Te amo y...

Ella le cubrió la boca con la suya y vertió todo su amor en el beso. Lo tenía todo. La familia que había anhelado y el hombre al que amaba. Si era un sueño, no quería despertar jamás.

—Sí, sí, sí —murmuró, con los labios pegados a los suyos—. Lo quiero todo, Blackwolf. A ti, hijos, una casa. Todo.'

Al oír una voz masculina familiar que venía del salón; Guy levantó la cabeza y frunció el ceño.

—¿Ese que oigo es Gerald, de Storm's Cove?

—Te he grabado los dos últimos episodios, por si acaso te los habías perdido —respondió ella con una sonrisa.

—Voy a estar demasiado ocupado durante un tiempo para

poder verlos —dijo él riendo, y le deslizó una mano por una pierna—. Oh, Dios, ¿tienes idea de lo que me haces?

Holly soltó un gemido cuando la mano subió por su muslo desnudo.

—Sólo de lo que quiero hacerte —dijo, maravillada de la destreza de sus dedos con las tiras del picardías.

De repente abrió los ojos, al oler a quemado.

—¡Oh, no! —se apartó de él y corrió a la cocina—. ¡El postre!

—¿También has hecho el postre? Vaya, sí que soy un hombre afortunado —sonriendo como un idiota, se levantó y la siguió a la cocina. La vio ponerse unos guantes y sacar algo del horno. Parecía una tarta de nata, ligeramente carbonizada por encima.

Guy se echó a reír, la tomó entre sus brazos y la estrechó contra él. Ella también se rió y le rodeó el cuello con los brazos.

—La cena está lista —le dijo ella con voz jadeante, entre beso y beso.

—Más tarde —respondió él, y la sacó de la cocina para llevarla al dormitorio.

Y así fue. Mucho más tarde.